

Tray Mocha

REVISTA

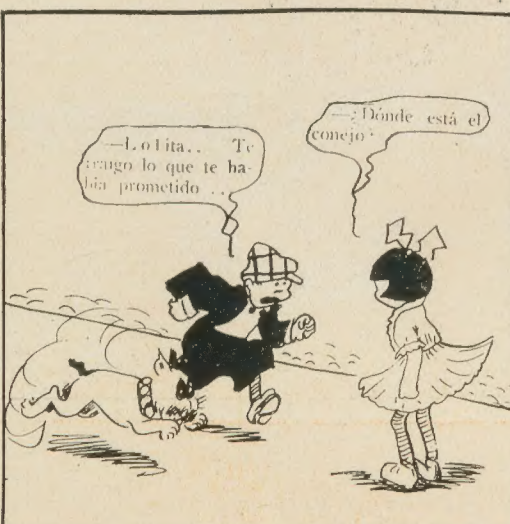
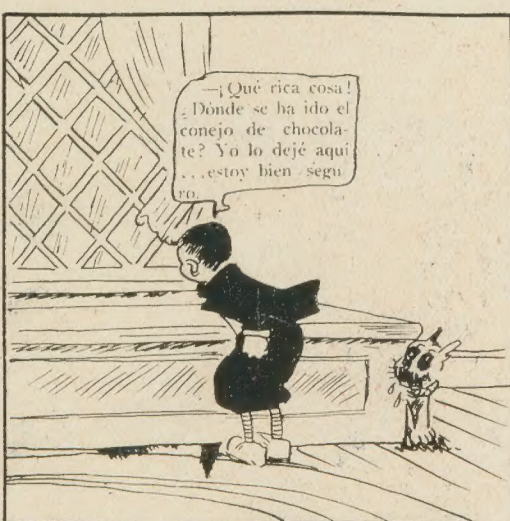
SEMANAL



“PESCADORA GALLEGA”

Por Juan Martínez Abades

N.º 840



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII

Buenos Aires, mayo 29 de 1928

N.º 840

El copetín del olvido, por Rojas



—¡Mozo! traiga otra copa,
y sírvase el que quede aún sin "disparar",
que ando muy solo y estoy muy triste
desde que supe la cruel verdad.

Ibero-Americano Institut
Berlin
Preussischer Kulturbesitz

EL NAUFRAGO

Por Francisco Camba

Cuando a la quinta de Bergando llegó la novedad de que, sobre el parque del colegio donde los Condes, desconfiados del carácter romántico de su linda heredera, habían decidido tenerla oculta, volaban los aviones de la inmediata base naval dejando caer cartitas y versos, familiares y amigos de la ilustre casa reuniéronse en consejo fulminante.

—No puede ser que Julita continúe ahí. A lo mejor, le da por enamorarse de uno de esos marinos que vuelan y estamos perdidos.

Todos, incluso la madre de la exaltada criatura, convinieron en que tío Alejandro, el mentor verdadero de la familia, tenía razón. Restituirla a la quinta pudiera ser, sin embargo, aún más peligroso. Por delante de los señoriales muros no volarían marinos, pero cruzaban automovilistas, demasiados automovilistas, que, como si conociesen a la chica, hasta en ocasiones se estrellaban galantemente contra ellos. De ahí precisamente y tan próximo ya a regresar el prometido de la muchacha, que se hubiese pensado en la seguridad del colegio.

—¿No le parece a usted, tío Alejandro?

—Yo no he dicho que se la traiga — respondió tío Alejandro, retorciéndose con mano lenta los poblados bigotes. — A mí, si acaso, lo que se me ocurre es esconderla aun más. Julita odia a Abelardo sencillamente por tratarse de un novio impuesto. ¿Tiene, no obstante, razón para este odio? ¿Conoce siquiera a su prometido? ¿Y por qué no ha de enamorarse de él tan pronto lo vea? Aun cuando hijo del barbarote de su padre, yo tengo la seguridad de que satisface todas las exigencias de una chica a la moda. Educado en Inglaterra, no hay duda de que vestirá ropa inglesa, hablará inglés y tal vez gule un utomóvil y acaso un aeroplano. Así y todo considero indispensable que estas valiosas prendas las aprecie Julita con corazón completamente libre. Enamorada de otro no hay modo de casarla. ¿Y qué dirá el padre de Abelardo? ¿Cómo se le convence de que una chiquela nos impone a todos nosotros su voluntad? Creerá rota la boda por causas muy distintas, seguramente, por habernos arrepentido de unir a la heredera de Bergando con una gente sin otra importancia social que su dinero. Y es la guerra, no tengáis duda. Y son muchos los millones de don Atilano para que no nos consideremos desde ahora vencidos.

Orador acostumbrado a hablar hasta en el Parlamento, tío Alejandro, tío del Conde, y, por esta alta razón, tío de la familia entera, calló sin darle importancia al murmullo de reverencia y aplauso. Sobre el jardín de la quinta, en aquel dulce atardecer de otoño, oyóse durante un rato tan sólo el silencio. Pero tío Alejandro aún tenía algo que añadir:

—Es necesario a toda costa esconder a la muchacha donde no exista el temor siquiera de que mozalbete alguno vaya a inquietar su corazón novelero. Hay que esconderla hasta el momento en el cual deba conocer a su prometido. Y no sólo por bien de nuestros particulares intereses, sino por los del entorno en general. Desde el mo-

mento en que a don Atilano Martínez, sin consideración a nuestra condición de familia antigua y de arraigo, se le ocurrió tentar la política, una amenaza de guerra se cierne sobre estos campos mustios. Guerra dura, que si él tiene millones, nosotros tenemos el respeto de las gentes, y guerra respecto a

vento ni en el pazo de la montaña. De los conventos yo no me fio, y por muy montañés que el pazo sea puede, delante de su portón, estropearse cualquier día algún automóvil. Tengo algo mejor.

Y miró especialmente al Conde, siempre tan callado en su presencia.

LA COPA VOTIVA

Yo soy como un artista florentino, que la árdua Copa del Amor cincelo: deja que engarce en oro bizantino tus magas piedras de mirar felino donde en iris fatal se astille el cielo.

Diamantes negros denme tus pupilas bellas si tenebrosas, y más bellas si la dulzura del amor destilas; estrellas en su noche más tranquilas, noche más honda atrás de sus estrellas.

Rojo rubí de húmedos colores como de rojas rosas, me den esos rubíes de encarnados resplandores que arden en tus dos labios tentadores, labios que son señuelo de mis besos.

Opalo y perla me dará tu mano mano que hace soñar como ninguna en el ópalo vago de un lejano cielo de otoño, y en el soberano temblor de perla de la plena luna.

Para moldear la copa luminosa tengo escondido el cándido modelo que mulles en tu clámide olorosa; límpido cáliz de marfil y rosa donde bebí los néctares del cielo.

Copa de un áureo engarce bizantino moldea en esta imagen mi palabra: negro diamante y ópalo divino, y fulgor de rubí luciferino, luce la copa que este verso labra.

Ricardo ROJAS.

cuyo resultado ya conocéis mi vaticinio. Afortunadamente, yo tuve en buen hora la idea de este matrimonio, que, como en las alianzas de verdaderos príncipes, puede hacer al pueblo el mayor de los favores. Y quiero que el contorno, en vez de afilar las hoces de la lucha, vaya preparando las luminarias de la paz. Quiero, repito, que Julita y Abelardo se casen.

Nuevamente enmudeció el orador insigne. Doña Rosaura, la madre de Julita, nostálgica ya de las gracias de su heredera, preguntó con un suspiro dónde se la pensaba ahora esconder. Tío Alejandro acudió sonriendo, inevitablemente, a sus dotes de hombre fecundo en ardidés:

—No te creas que en un con-

dejase temer los inoportunos encuentros. Y luego, poblada únicamente por una docena de familias de pescadores humildes. ¡Inmejorable! Y consultó con los ojos a la Condesa, que, sabiéndose de antemano vencida, preguntó dónde iba a vivir la pobre criatura. ¿En alguna de las chozas de aquellos pescadores? ¿En el faro? Tío Alejandro sonrió triunfalmente:

—Ni en un sitio ni en otro. En el faro tendríamos que deberle ese favor al torrero, cosa en absoluto desagradable. Y, por otra parte, Julita, nuestra Julita, hija de los Condes de Bergando y nuera de tan extraordinario señor como don Atilano Martínez, que desde la conquista de sus millones, hasta tiene una guardia a la puerta, y hay en el mundo Estados con menos marina que los buques de ese hombre, no puede, de ningún modo, vivir en una choza.

—¿Dónde, entonces?

—En la fábrica. No sé si sabéis que hace años, cuando la abundancia de sardina, tuvo allí una fábrica Nicomedes Hontoria. Pero todos conocéis a Nicomedes. Obligado a pasarse largas temporadas en Breaus, no os extrañará que haya hecho para su vivienda un verdadero palacio. En las habitaciones de Nicomedes pienso que Julita espere la fecha venturosa en la cual vosotros podáis llamarla a reunirse con su prometido.

—¿Y quién la va a acompañar?

Doña Rosaura no podía abandonar a su marido, y tal vez fuese imprudente que el Conde, en época de tales trastornos políticos, se alejase demasiado de su feudo. Era el último y ya debilísimo reparo que la madre de Julita oponía. Como hasta entonces destruyó otros más fuertes, también aquél arrojó tío Alejandro:

—La acompañaremos nosotros. Precisamente, a mi mujer hace tiempo que le recomiendan los médicos una temporada de reposo absoluto, y nada tan razonable como querer llevarse a su adorada sobrina. He ahí, además, la disculpa que a Julita debe darse.

II

No se tragó, sin embargo, la avispada heredera de los Condes de Bergando que a la tía Aldonza le hiciesen falta alguna los aires de Breaus, ni mucho menos la importancia curativa de su presencia en tales parajes. Y algo que ya pensó un mes antes, al llevarse a en pleno verano a un colegio de monjas, volvió a indignarla apenas puso en la ruda arena de la isla su lindo y breve pie.

—¡Esto es por mí, vaya! ¡Si se creerán que me chupo el dedo! Esto es por mí. Esto es para evitar que conozca a ningún muchacho antes de la vuelta de Abelardito Martínez. Pues están frescos. Conocer, aislándome de este modo, no conoceré a ninguno. Pero me parece que como Abelardito no se case con otra...

Indignada con su descubrimiento al principio rabió pateó, armó cada escándalo, que a la gente ingenua de la isla le costaba verdadero trabajo seguir ofreciendo su saludo al señorón de los grandes bigotes, secuestrador indudable de la pobre muchacha. Julita lo defendió. Acalmándose algo y convencida en el fondo de que con

—Tengo una isla. ¿A ti que te parece?

—¿Qué isla?

—La de Breaus.

—Perfectamente, sí, señor.

Por lo general, el Conde Bergando, cuando su tío hablaba, sentíase impresionado ante los resplandores de aquella imaginación insigne. Pero entonces se deslumbró verdaderamente. ¡La isla de Breaus! Una isla lo bastante alejada de tierra para que hasta allí no llegase ni amortiguado el más leve eco del mundo, y al mismo tiempo no tan perdida en el mar que fuese imposible comunicarse con la desterrada. Una isla no tan pequeña que allí Julita careciese en absoluto de bonitos lugares donde distraerse, y no tan grande que

sus escandaleras nada había conseguido, salía, ya por las tardes a recorrer los bonitos caminos de la isla. Ocurríale entonces verse detenida y preguntada, y ante el amor de aquellos ojos humildes explicó que tío Alejandro no tenía la menor culpa. Era la vida. Y ya encontrándose esta gran frase, tropezó con otra más literaria aún:

—Es que yo, hija de unos señores que hasta hoy dominaron en toda una provincia, soy, en cierto modo, una princesa, y las princesas, por lo general, no se casan con quien quieren.

Si bien la idea la enorgullecía, el descubrimiento la puso triste. Sería una princesa, pero era al mismo tiempo una chiquilla, y aun comprendiendo que tío Alejandro tuviese razón, le costaba un trabajo horrible resignarse a no elegir novio de su gusto. Todo esto se lo explicó a algunas mujerucas a quienes los asuntos de su corazón parecían interesar grandemente. Desde entonces, un viejo de grandes barbas nevadas, al que solía encontrarse en los caminos de su paseo y de quien recientemente se contó en la fábrica una historia verdaderamente novelesca, la historia de un hombre que, muy rico un día, fué arruinándose hasta no quedarle otra fortuna que su choza de Breaus, por repartir a la manera de los Reyes Magos la felicidad a lo largo de la tierra toda, sabedor de su cuita y prendado de su belleza, se la quedaba mirando como si la bendijese. Y una tarde le oyó rezongar:

—¡Qué merecedora eres de que así ocurra y el Destino no te haga traición! ¡Qué de unirte por voluntad de tu corazoncito al hombre que ese corazón elija!

Tío Alejandro, entretanto, estaba pasando una temporada radiante. Para entretenerse tenía la caza abundantísima de Breaus, y por lo que a la principal de las cuestiones que hasta allí le trajeron importancia, sentíase absolutamente tranquilo. Ya llevaba en Breaus varias semanas, y en todo este tiempo no arribó a la isla barco excursionista, más peligroso para tío Alejandro que bergantín pirata, ni supo que hubiese volado sobre ella ninguno de los aviones de la base naval de Ramil. El otoño, aquel dulce otoño que tan peligrosas hacía las carreteras del litoral, no tardaría ya mucho en acabarse y tornarse a sus ciudades de invierno los veraneantes con automóvil; podría Julita, incólume su corazón y ya sin riesgo alguno, restituirse a la casa paterna.

Y como reconociendo cuánta razón tío Alejandro tenía, al cielo dióle de pronto por entenebrecerse y al mar, apenas visible bajo la densa niebla, por sacudir restingas y acantilados, cual si quisiera arrancar a la isla de su sitio. Tío Alejandro miró en torno suyo recelosamente; las gaviotas que se acogían al abrigo de oquedades y roquedos casi le rozaron la faz con sus alas, y vio con disgusto arribar también al abrigo de la isla dornas de pescadores y lanchas sardineras. Afortunadamente, de aquellas embarcaciones no podía surgir peligro alguno. Fortalecido tío Alejandro con este pensamiento, se retiró al interior de la vivienda. Desde lejos llegaban hasta él la voz de Julita y las de las mujeres que contestaban a sus preguntas:

—No, señorita, no pase apuros que todos los barcos se han puesto con tiempo al abrigo.

—He visto que uno muy grande pasaba de largo.

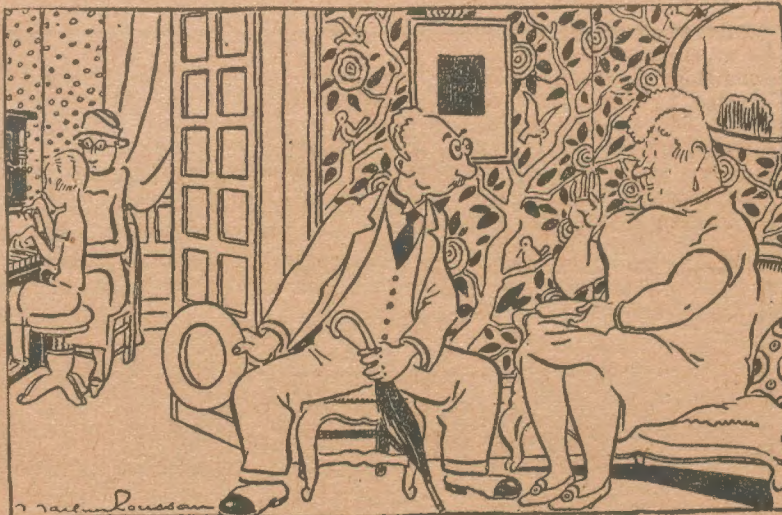
—Pero a esos así no hay temporal que los venza.

Cuidado, si acaso, hay que tenerlo por alguna dorna, si queda todavía en el mar.

Sin embargo, ninguno de aquellos barquichuelos, de aquellas en-

tanés del mar, cegado por la niebla había ido a meterse entre las rocas del faro, y allí estaba deshaciéndose debajo mismo de su luz.

Julita, aterrada, saltó del lecho. Al pasillo salió tío Alejandro; a la galería, donde encendió las velas del Sacramento, asomóse tía



—La hace estudiar el piano. ¿Quiere hacerla una "virtuosa"?
—En absoluto. Deseo que sea dactilógrafa.

debles cáscaras de nuez que por la tarde sembraban las aguas de puntitos oscuros, fué víctima de las olas. Nada, al menos, respecto a ninguno se dijo en la fábrica ni en la isla entera. En cambio, a media noche, un rumor de voces y de gritos la conmovió. Un buque enorme, uno de los grandes trasatlánticos, de los inmensos levia-

Aldonza. Las voces, allá abajo, continuaban mezcladas a un rudo fragor de remos chapoteando en las aguas, y velas de lona sacudidas por el terrible vendaval. Pronto se dieron cuenta de lo que aquello era. Los marineros que por la tarde se acogieron allí en recalada y la gente toda de la isla, sin miedo al mar furioso, volvían a meterse

EL LOCO Y LA VENUS

¡Qué día más admirable! El amblio parque desfallece bajo la mirada abrasadora del sol, como la juventud bajo el imperio del amor.

El éxtasis universal de las cosas no se expresa por ruido alguno; las aguas mismas están como dormidas. A diferencia de las fiestas humanas, la de aquí es una orgía silenciosa.

Diríase que una luz siempre en aumento, hace centellar los objetos cada vez más; que las flores excitadas arden en deseos de rivalizar con el azul del cielo por la energía de sus colores, y que el calor, tornando visibles los perfumes, los hace subir hacia el astro como humaredas.

Y, sin embargo, entre este goce universal, he visto a un ser afligido.

A los pies de una Venus colosal, uno de esos locos artificiales, uno de esos bufones voluntarios encargados de hacer reír a los reyes cuando el remordimiento y el tedio les abruma, disfrazado con un traje chillón y ridículo, tocado con campanillas y cuernos, apellotonado contra el pedestal, alza unos ojos llenos de lágrimas hacia la Diosa inmortal.

Y sus ojos dicen: "Soy el último y el más solitario de los humanos, privado de amor y de amistad y muy inferior al más imperfecto de los animales. ¡Y, sin embargo, también yo estoy conformado para comprender y para sentir la Belleza inmortal! ¡Ah, Dios! ¡Tened piedad de mi tristeza y de mi delirio!"

Pero la Venus, implacable, mira no sé qué a lo lejos, con sus ojos de mármol.

Charles BAUDELAIRE.

en sus cáscaras de nuez y se dirigían hacia las rocas del faro. Algunas dornas sólo iban tripuladas por mujeres, algunas por niños, y todas, en labor tenaz de la noche entera, allá se dedicaron a recoger náufragos, trayéndolos hasta la parte más abrigada de la isla, aquella donde la fábrica y la docena de chozas diseminadas por la ladera del monte formaban un diminuto pueblecillo, con la belleza tosca e ingenua que suelen tener los nacimientos.

Amaneció ya y pudo verse que sobre las aguas, satisfechas de su obra y casi tranquilas, no bogaba un solo cadáver. Presto el socorro, diestra aquella gente en tal clase de salvamentos y próximo el faro, que con sus destellos tan semejantes a la luz de los relámpagos iluminaba el mar sin casi intermitencias, todos los náufragos pudieron salvarse. En las chozas de la isla se encendió fuego después para secar sus ropas, y las dornas del salvamento disponíanse en la madrugada serena a llevarlos hacia tierra firme. No todos, sin embargo, podían afrontar tan pronto los riesgos del viaje. El más largo bregar con las olas había rendido a algunos. Otros, bataneados por el fiero embate del mar, tenían heridas que era preciso atenderles, y había aún quien, transido de frío, ni entraba en reacción ni recobraba el conocimiento.

Todos éstos repartieron por las viviendas de Breaus. Los de más cuidado, tal vez a la tarde ya pudieran, después de una navegación de sólo una hora, trasladarse a mejor albergue. Pero había dos que durante bastante tiempo necesitarían atenciones y cuidados, y fué Julita quien decretó:

—Esos se vienen a la fábrica.

A tío Alejandro no dejó de ocurrírsele que realmente era imposible hacer otra cosa. De no apresurarse su sobrina a decirlo, él mismo hubiera dado la orden. Así y todo, al ver ya en su casa a los dos náufragos, cárdenos del mar y aún sin conocimiento, sintió que todos los bigotes se le estremeaban. Seguro de que el azar es un pérfido y habilísimo tejedor de romances, tío Alejandro dábale ya verdaderamente a todos los demonios. Tendidos cada uno en su cama, allí estaban los dos. Uno de ellos, por su traje y sus insignias, denunciaba claramente su condición de capitán del buque. Este, con sus cuarenta años visibles y sus barbas de viejo lobo marino, no le importaba a tío Alejandro. El peligro estaba en el otro, tan joven, de tan rubio y ensortijado pelo en una faz rasurada y de líneas las más puras, y una perfección terriblemente estatuaría bajo la ropa mojada aún y destrozadísima.

II

Y en efecto, tan pronto se mudó a los dos náufragos, allá volvió Julita a la habitación, presencian- do con infinito anhelo los trabajos que entre tío Alejandro y el viejo de la novelesca historia, a quien todos en la isla llamaban tío también, el tío Rey Mago, hacían para volverlos al dominio de sí mismos. Advertíase que la pérdida de la conciencia ya no era absoluta como en los primeros instantes. El magullamiento del cuerpo, un cansancio infinito los llevaba a gustar aquel reposo y aquel aislamiento como el mejor de los bienes. Y si bien para ambos tenía Julita

miradas angustiosas, esta angustia acentuábase notoriamente al detenerse sobre el rostro del joven que por senderos tan de romance traía el Destino a su lado, y tío Alejandro, al advertirlo, acariciábase cada vez con mano más nerviosa los bigotes pingües.

¿Quién sería el joven aquél de la cara tan varonilmente bella en su actitud mortuoria? ¿Cuál su condición y su patria? ¿Qué clase ocuparía en el buque náufrago, pudiendo lo mismo aquellas ropas, ya colgadas de la percha, estar destrozadas por los embates del mar contra las piedras horas hacía, que por el lento desgaste del tiempo sobre una sola vestimenta?

Mas romántica Julita, no se fijaba siquiera en tales cosas. Preocupada tan sólo de la belleza del náufrago, hacía él iba siempre. Y si hasta entonces le contempló con maternal anhelo, pronto, ante su abatimiento y su sopor extraño, una inquietud comenzó a invadirla.

—¿Se morirá, tío Alejandro? ¿Le veremos morir a nuestros ojos?

Tío Alejandro ni se dignó contestarla. ¡Lo que él se había figurado! ¡Lo que tanto estaba temiendo! Aquello no era piedad tan sólo no. Igualmente abatido y como muerto hallábase el capitán. Pero el capitán pasaba ya de los cuarenta años, nada tenía de bonito y Julita, con toda su dulzura de sentimientos, no le importaba, por lo visto, que encima de cuanto sufrió durante la noche, viniese ahora a partirlo un rayo. Para el otro y nada más eran sus palabras todas:

—¿Qué pena!

Al fin, el capitán, que ya había abierto los ojos, incorporóse en la cama para tomar de manos de tía Aldonza un ponche ardiente. El color, poco a poco, volvía a su rostro, restableciase la vida en aquel ser, tornaba a haber hombre. Y si bien Julita corrió alegre a su lado, tío Alejandro no se dejó ilusionar. No la alegraba la salvación, ya indudable, de aquel prójimo. Era que quería noticias. Y poco tardó en pedirselas:

—¿Conoce a su compañero?

Mirando hacia la cama inmediata, el capitán sonrió como a una idea divertida. Compañero, efectivamente, no lo sabía ella bien. Compañero hasta última hora, asidos los dos hasta que los recogieron al mismo pedazo de mástil. Pero esto era poco para la sobrina de tío Alejandro:

—¿Y de a bordo no lo recuerda?

—Sí, señorita.

—¿Es inglés?

—Seguramente. Es un mozo que embarcó en Southampton, y que desde el primer momento todas las pasajeras se lo rifaban por su linda estampa y su arte para bailar; pero a quien yo, no sé por qué, no le haría cosa que valiese algo.

De repente, como a una luz reveladora que acabase de estallar en el cerebro, el capitán pidió sus ropas, aún mojadas, pendientes de la percha, y después de palparlas murmuró:

—Lo que presumía. Me falta la cartera, que estoy seguro de haber recogido, y con la chaqueta tan abotonada, no pudo caérseme al mar. ¿Quiere ver si está en los bolsillos de ese joven?

Con mano nerviosa registró Julita la ropa del otro náufrago, allá colgada en el otro extremo de la percha. Tío Alejandro comprendió

que si él no siguiese su exploración con la mirada, tal vez negase el hallazgo. Pero le fué forzoso balbucir, aunque tímidamente, temblándole un tanto la voz:

—¿Es ésta?

—Sí, señorita, y en su interior hay documentos que pueden demostrarlo.

Hablaba el español bastante bien. Su espíritu inglés, no obstante; su

dos pasos de la muerte, y, por si acaso no moría, ocurrírsele que la cartera del otro náufrago pudiera serle de cierta utilidad! Eso, en semejante trance, no a todo el mundo se le ocurre. Ya me parecía a mí. Era demasiado galante, demasiado seductor, mundano y fino de más, señorita.

La señorita dió nerviosamente unas vueltas por la estancia; tío

LA MADRE

Llegaron las vacaciones y todos los niños se fueron a sus casas. En el colegio no quedó más que un alumno, que estaba enfermo y debía esperar que viniese a buscarlo su madre. Era un niño pálido que se consumía en una fiebre rápida, como un papel en una llamarada. Todas las tardes le preguntaba ansiosamente a su maestro:

—¿Cuándo viene mamá? ¿Por qué no viene?

El maestro no se animaba a decirle que su madre había muerto. Esperaba que se mejorase un poco, para darle tan terrible noticia.

—Ya vendrá, hijito — le decía, — ya vendrá.

Volaba la primavera. En el parral del patio se retorcián los encrespados sarmientos; y en la huerta, perales y manzanos, habíanse vestido con su traje nupcial: sin duda, olvidados, creían que era aquél, su primer amor.

El colegio estaba triste, cual una jaula sin pájaros. Las pizarras limpias y los mapas de colores y las impasibles estatuas de yeso y las aulas vacías y los aparatos de experimentación, parecían expresar, como abrumados de aburrimiento, la soledad de una extraña melancolía. Sentíase un silencio de esos que sólo nacen después de un prolongado bullicio: se notaba que allí se había dejado de gritar.

Una noche en que el niño sufría mucho, levantó su cabecita de la almohada, y dijo:

—Mamá: ¿por qué no vienes?

Su madre no podía oírlo, porque dormía en una tumba lejana.

Y comenzó a delirar el pobre infante, llamando a su madre y creyendo a cada momento que la veía. Por fin, abatido, se calló, observó con espanto, las sombras que estaban sentadas en las sillas, y dió vuelta la cara hacia la pared.

El maestro, que era un viejito infantil, no sabía cómo engañarlo. De pronto, oscureció completamente el dormitorio y aproximóse al niño, con una valija en la mano. Hubiera parecido ridículo, si no hubiese estado sublime. El enfermito, ya sin conocimiento, continuaba en su delirio llamando a su madre. Y el anciano profesor murmuró:

—Aquí estoy, hijo mío.

El niño contestó, como en sueños:

—Yo no te veo, mamá; yo no veo más que a un ángel... ¿Por qué tardabas tanto? Yo no podía llegar a casa; tenía que subir una montaña negra.

Acaso en ese instante, su alma iba ascendiendo aquella montaña...

El maestro, que se ahogaba con el llanto que contenía exclamó:

—¡Hijo mío!

El niño sonrió y levantó su mirada, como si su alma hubiera querido ver el camino que iba a seguir; y mimosamente, dejó caer su cabeza celeste en el pecho frío de la muerte, que es la madre de todos.

PEDRO MIGUEL OBLIGADO

PARA
PASPADURAS
USE CREMA VASENOL

dos, dejasen ver unos ojos grandes, negros y llenos seguramente de seducción para la inocente muchachita que jamás vieron tan de cerca a un hombre extraño. No importaba que los labios, ya no cárdenos, sino enrojecidos como por una sangre nueva, mostrasen unos dientes los más blancos del mundo. Nada tenía importancia alguna, ya que, vuelto a la vida, aquel hombre pronto estaría largándose, y apenas le quedaría tiempo a Julita para prendarse de su seducción y de sus hechizos.

—¿Dónde estoy?

Lanzó en inglés la pregunta, y luego, como recordando súbitamente algo, en español, aunque con inglés acento. Y de pronto, recordó más, sin duda, y clavando en Julita los ojos, todo su rostro iluminóse con amplia y alegre sonrisa.

—¡Ay, ya sé! Hemos naufragado, y tengo el honor de que me asista esta gentilísima enfermera. Bien, capitán. Hizo usted muy bien anoche en extremar la dosis de whisky. De otro modo, con su pericia, es seguro que no estaríamos hoy aquí.

Incorporado en el lecho, seguía mirando a Julita, y la linda criatura, encendida toda de rubor, no sabía qué hacer de sus manos, ni dónde detener los pies, ni a qué sitio llevar los ojos. De repente, un grito ahogóse en la garganta del joven.

—Debo de tener este brazo roto.

Tío Alejandro acercóse a examinarlo bien, y, efectivamente, el brazo pendía flácido, como una cosa muerta. Y los gritos que el náufrago contenía los daba Julita sin rebozo, clamando por una dorna sobre la cual se fuese en busca de un médico, diciéndole a doña Aldonza si no habían traído botiquín, censurando estas imprevisiones lamentabilísimas y acercándose, por último a la cama del náufrago para ofrecerle siquiera el bálsamo de su compasión.

—¿Le duele mucho?

—Lo suficiente, señorita, para que sus buenos sentimientos puedan seguir preocupándose de mí.

Julita le miró deslumbrada, y un poco desviado tío Alejandro, metíase en la boca a puñados todos los bigotes.

—¡Bien, sí, señor! ¡La he hecho buena con traer aquí a esta insensata! Ahí está y en casa, y quién sabe hasta cuándo, el peligro que tratábamos de rehuir. Ahí está, y habiendo llegado hasta ella por caminos bien novelescos, un joven a quien no puede negarse que Julita le sirva de enfermera. ¡La he hecho magnífica, sí, señor!

IV

Aunque con el brazo entablillado y todavía dolorido el cuerpo de las magulladuras, a los tres días ya se sentaba el náufrago en la solana de la fábrica, a disfrutar el sol de aquel otoño que, mejorando poco a poco su carácter, había vuelto a ser dulcísimo. Julita, a pesar de no serle ya tan neces-

inglesa comprensión de las cosas ante el abatimiento de Julita, no pudo dejar de asomarse a aquellos labios:

—No se preocupe, que no vale la pena. Después de todo, una cosa así más bien es admirable. ¡A

Alejandro rascose pensativo todo el bigote, y sonrió, sin poder evitarlo, el capitán del buque. Afortunadamente, no tardó en iniciarse un rebullir de vida sobre el lecho del joven náufrago. No importaba que, al abrirse los pestañudos párp-

rias sus solicitudes de enfermera, ni un instante le dejaba solo. Y no valían reflexiones. No valía decirle que aquello no estaba bien en una muchacha comprometida, casi una mujer casada.

—Se trata de un pobre náufrago enfermo, al que ningún alma cristiana, casada y todo, puede abandonar dignamente.

—Tan náufrago es el capitán, de quien ya vemos cómo te ocupas.

—Al capitán no le duele ningún brazo, y no me necesita para nada.

Aquella misma tarde, en efecto, sintiéndose ya restablecido del todo, anunció tranquilamente su propósito de marcharse a responder del naufragio ante las autoridades, y alquilar, sin duda, una celda en algún presidio. Tío Alejandro le rogó que esperase aún unos días, y, aceptando, retiróse el capitán con palabras de gratitud para aquel hombre y ni una mirada siquiera para su compañero de infortunio. Julita sintió en su blando corazón como una punzada dolorosa.

—¡Naturalmente! ¡Sabe que es un ladrón!

Pero el ladrón, desde su llegada y, sobre todo, desde que pudieron ambos hablarse a solas, habíase ido metiendo demasiado en aquel corazoncito, tan sediente de amor. Y ella no era el capitán, no tenía un alma tan dura y no podía, lamentablemente, despreciarlo. Lejos de ser así, enrojeciendo toda, acabó por decirse:

—¡Qué le voy a despreciar ni a negarle la estimación siquiera! Todo lo contrario, más bien si se le ocurre robar cualquier otra cosa y necesita de mi ayuda, es seguro que la consigue. Y si se le ocurriese robarme a mí, no tendría seguramente más que alargar la mano.

Por desgracia, tal vez no se le ocurriese tal cosa. Aquel hombre, si bien parecía hallarse a gusto en su presencia, no se aventuraba nunca a decirle esas frases que toda mujer enamorada espera del galán a quien sueña con haber sorbido el seso. A veces ocurríasele pensar si no tendría ella arte para tanto, y al instante estaba rechazando la sospecha injuriosa. ¡Qué no había de tener! ¡Si la hubiesen visto días antes coqueteando al través de los hierros de la verja del colegio con los marineros de Ramil! Y éste disponía de más tiempo para verla y para hablarla, y por inocente que ella fuese bien notaba cómo en ocasiones se le encendía el semblante a la proximidad del suyo, de qué modo aquel hombre parecía beberle las palabras y cuál la emoción de su espíritu al detener en los labios alguna seguramente comprometedor.

A comprometerse pronunciándola no llegaba jamás. No importaba que estuviesen solos, que la tarde cayese en una apoteosis de fuego y que el mar se abrazase a la arena fingiendo besos y hasta suspiros. Ni con la complicidad de una naturaleza tan amparadora animábase el náufrago a más. Mordiendo sus ansias, suspiraba también melancólicamente y hasta apartaba de ella los ojos como quien rehuye la tentación seductora de un peligro. Y al darse cuenta de todo esto, el amor de Julita aumentó. Hombre atrevido y capaz de las audacias todas, ¿por qué se contenía ante ella? ¿Por qué se limitaba a ponerse triste y a suspirar? ¿Qué podía significar esto, sino que a su vez la amaba con amor noble y puro, y recordando su condición de

ratero considerábase indigno de llegar a interesarla?

Ansias de alto vuelo, que por veces agitan a las imaginaciones inspiradas, acudíanla entonces. Y soñaba con ser el hada salvadora que lo apartase de aquella existencia equivocada y lo volviese a las sendas honradas del trabajo. El, que por algo todo lo callaba respecto a su vida, que ni quién era ni apenas su nombre le había dicho, la consideraba seguramente de

necesitaba siquiera que te corrigiesen. Me gusta más verte así, no cabe duda. Pero ladrón y todo, yo te hubiera amado lo mismo.

Otros días generosos transecurrieron, y de pronto, el capitán, que ya difícilmente podía contener su impaciencia por verse juzgado y en presidio, volvió a dar las gracias a tío Alejandro y Julita, y anunció el propósito de largarse aquella tarde misma. Al fin de vencer la sugestión de nuevos re-



Jabón
Reuter
Embellrece el cutis
0.70 Cada Jabón

allí, de la isla dulce y radiante, adonde las olas, misericordiosamente, le trajeron una noche. Y tal vez aquel hombre tenía también su sueño en el alma: el sueño de marcharse apenas curado, y ya endeizada su vida hacia senderos de triunfo, volver de pronto y decirle:

—Aquí me tienes, que no te he olvidado un solo instante. Pero yo entonces era un hombre al margen de la sociedad, y no podía ligarte a mi torpe vida. Por tí, desde entonces, me he regenerado. Por tí y por tu amor soy otro, un hombre decente, un hombre trabajador, un hombre de provecho. Dime si vas a querermme en pago, y a dejarme ser siempre así.

¡Y con qué gozo, después de inventar todas las argucias para no apartarse de la isla, segura de este bien y dichosa con su espera, enrojecería al decirle:

—Siempre te he querido y no

querimientos, hasta alquilada tenía la dorna. El mar estaba tranquilo, convertido, a la luz dulce de la tarde, en una especie de mar de seda. No había, pues, el menor peligro ni razones de clase alguna que disculpasen el seguir abusando de la hospitalidad de aquellos señores. Todos, en la casa, tuvieron que convergerse.

—Pues como usted guste.

De despedida ya, el almuerzo se convirtió en un verdadero banquete. A los postres, el capitán volvió a dar las gracias, enternecido. Después, ya esperando la dorna, se puso en pie y fué, uno por uno, diciendo adiós a todos, sin exceptuar siquiera a su compañero de naufragio. Pero Julita, atenta a la escena, advirtió con dolor que, si bien el capitán le ofrecía sonrisas y palabras, ni por olvido le alargó siquiera la mano. ¡Naturalmente! Hombre de honor el capitán del buque, ¿cómo iba a estre-

char entre sus manos honradas la de un ladrón de carteras?

El ladrón, que, Julita lo sabía perfectamente, nada tenía de torpe y, por lo tanto, debió notar la actitud esquiva del capitán; lejos de enrojecer acobardado, sonreía con aterrador cinismo. El dolor de Julita aumentó entonces. Pero bruscamente hubo una sorpresa. La sonrisa se hizo más amplia, los labios manifestaron claramente que se disponían a hablar y ella sintió, allá dentro la esperanza radiante de que todo iba pronto a aclararse venturosamente. Y, en efecto, dirigía ya el capitán sus pasos hacia la puerta, cuando el otro le detuvo:

—Un momento, capitán. En mi abrigo, que debe de estar donde la señorita Julia lo puso la primera noche, hay una cartera, y esta cartera es de usted. Usted, que seguramente la creyó perdida y tal vez robada, dirá ahora que cómo se halla en los bolsillos de mi abrigo, y yo no quiero mantenerle por más tiempo en tan desagradable incertidumbre. Es que se la he quitado. Sí, capitán; no abra tanto esos ojos.

Y sonriendo aún, con una sonrisa luminosa y sana, siguió:

—Con el ajeteo de los últimos instantes a bordo, no me pude ocupar de mi propia cartera, y cuando estábamos agarrados al mástil y el mar nos batía uno contra el otro, me di cuenta de que usted no había olvidado la suya. Hágase ahora cargo, capitán. Por culpa del whisky de la noche, yo ignoraba completamente dónde nos hallábamos, y no sabía tampoco cuál iba a ser nuestra suerte. De hundirse usted antes que yo, para nada había de servirle su dinero, y resuelto a no dejarme arrebatar en brazos tan fríos como los de las olas, al salvarme solo y en tierra respecto a cuyas condiciones de hospitalidad todo lo ignoraba, ¿no me convenía ese dinero para los primeros gastos? ¿No le parece que he hecho bien? Dirá usted que pudiéramos, como ha ocurrido, salvarnos juntos y serle necesaria la cartera. No había tampoco, en este caso, peligro alguno de que se muriese de hambre. Yo soy un hombre generoso y repartiría con usted, fraternalmente, su dinero.

Calló, sonriendo aún, mostrando ampliamente aquella sonrisa luminosa y sana de hombre fuerte, capaz de las audacias más atrevidas, pero también, llegado el caso, de todos los generosos sacrificios. Al verle de este modo, el corazón de Julita parecía redimirse de un peso enorme. Desconcertado el capitán, murmuró que la cartera estaba en su poder desde la primera noche, y el otro rió amplia y es-truendosamente:

—¿Es que usted tuvo la misma idea, y me la quitó, creyendo apoderarse de la mía? ¡Admirable, capitán!

—Yo no puedo—rugió el capitán—tener nunca ideas semejantes. Yo no soy un ladrón.

Un momento se apagó la sonrisa en los labios del otro, y sus ojos relucieron con un brillo acerado y gracioso. Pero decidió volver a la sonrisa, endulzar así su respuesta:

—Ni yo tampoco.

—¿Entonces ese arte con que me la quitó, sin yo darme cuenta de cosa alguna?

(Concluirá en el próximo número)

POR SU MADRE

Por Benito Lynch

Mal montado y herido de una lanzada en el pescuezo, aquel hombre pálido cerraba la retaguardia de la fuga.

Los indios habían sorprendido la descubierta, allá, del otro lado del monte, y ahora se venían sobre el rastro como una banda de perros, cimarrones.

El campo desolado parecía un mar sin orillas y la horda, abierta en dos alas, un pájaro siniestro que volara al ras de la tierra.

Para aliviar su caballo, un tordillo chacón, que se alargaba gimiendo bajo el rigor de la espuela, el gaucho había tirado ya el poncho, la tercerola y el sable; pero, a medida que sus compañeros se distanciaban del enemigo, él en cambio, perdía terreno y veía con espanto al volver la cara, como de la masa aquella, rumorosa y bárbara, se iban destacando jinetes para apurarle "en lo limpio".

Sin embargo castigaba, seguía castigando maquinalmente, inútilmente, aquel caballo inservible, que iba a entregarle indefenso al enemigo y que corría a saltos, tropezando en las matas de puna. Es que ya solo eran la desesperación y el instinto, los que aun seguían huyendo sobre aquel caballo inútil, a través de la llanura infinita.

La indiada ganaba terreno, veía como el viento. Al llegar "al limpio", un capitanejo desató las boleadoras. El fugitivo se volvió para mirarle con la pupila extraviada. El indio montaba un picazo soberbio cuya piel espejeaba bajo el sol de la tarde. Entonces volvió a castigar desesperadamente. En su cara lívida, el polvo se mezclaba con el sudor de la angustia. De pronto el tordillo se detuvo coceando entre corcovos. Un tiro de bolas, largo y certero acababa de manearle las patas...

En medio de la polvareda y del vocerío de la indiada que llegaba a rienda suelta, con un sordo tabletear de trueno, el hombre trató de deslizarse del recado, pero un lanzazo feroz lo echó de bruces al suelo, allí entre el remolino de las chuzas y las patas de los caballos que sofrenados bruscamente, araban el terreno.

—¡Wincá, wincá, sarnoso!—gritaban por todas partes. El capitanejo del "picazo lucero", desmontó con el cuchillo en la mano.

—Delo güelta—dijo un cautivo rubio picado de viruela. Pero el indio no le hizo caso y poniendo un pie sobre la espalda del caído, le alzó la cabeza por la greña...

—¡Wincá, sarnoso!...

...Entonces el hombre, pálido, con los ojos azules llenos de tierra, no pudo más y gimió a través de los labios exangües, la humana cobardía del último recurso:

—¡Por su madre, por su madre, señor, no me degüelle!

Pero, el "señor" aquél, que lucía un kepis de soldado, descolorido y roto, se lo echó sonriente hacia la nuca, y tornando a levantar despacio la cabeza del caído, le degolló

de una manera magistral con su cuchillo...

*

...Cuando el indio repechó el médano, así, "en toda la furia" y sin tocar tan solo con el rebenque



—¿Dices que he engordado más?
—¡Un horror! ¡Si hasta la voz la tienes más gruesa!

el "picazo lucero" que montaba, sus perseguidores se miraron con desaliento y con rabia. Le habían corrido por espacio de dos leguas, turnándose para atropellarle en los

ver p'ande agarra!—Y seguido de los cinco milicos echó su caballo cuesta arriba. Las patas se hundían en la arena del médano hasta los jarretes y los animales avanzaban

ARBOLES

La acacia al sol hace susurrar los infinitos millares de sus hojas pequeñas; parece una nube de abejas verdes y blancas que agitan las alas y hacen risa. Es tan evidente, tan natural, esa como jovialidad sana que rebosa de todo el follaje de la acacia... Debajo de ella hay, abundante y uniforme, de esa hierba menuda que tanto nos hace acordar de la primavera: el césped claro de las canciones, de los cromos donde vagan corderos y una niña con un gran sombrero de paja de cinta azul enlazada bajo el óvalo del rostro y entre las manos el delantal alzado lleno de margaritas... Detrás de la acacia, un ciprés, sereno, quieto, solitario. No hace vibrar las hojas y sólo a ratos se inclina un poco y muy lentamente, pero se inclina todo entero, con su gran cono obscuro. ¡Parece una frente pensativa! Pensativa y doliente además. No en vano tiene un perfil melancólico y como protector y amigo de los meditados. Y está solo, alejado, gravemente tranquilo, mientras la acacia repite su interminable bullicio de alipás. La sombra de ésta tiembla sin cesar, salpicada de pétalos de sol; la del ciprés, no: cae firme y columnaria... ¡Dios mío, la alegría de la acacia es bella, pero la tristeza silenciosa del ciprés también es bella!

Enrique BANCHS.

No Pague 2.90

... por un tarro de goma fijadora del cabello, cuyos ingredientes no conoce. Prepárela Vd. mismo con agua y Vistina; le resultará muy superior en calidad y perfume a las que se venden preparadas y le costará sólo 70 centavos el 1/4 kilo.

Adquiera en cualquier farmacia un paquetito de Vistina y haga un ensayo.

a saltos entre gemidos de esfuerzo.

Cuando repecharon la cumbre, no vieron nada al principio, pero en seguida y cuando el sargento comenzaba ya a mascullar un rezongo, un espectáculo inesperado les llenó de sorpresa. El fugitivo que sin duda debió pegar una rodada espantosa, estaba allí, tendido en la falda del médano, medio sepultado en la arena y el caballo picazo, con una "mano" rota, y el recado torcido, arrastraba las riendas por el suelo...

—¡Ahijuna, caíste, sarnoso!—y al decir esto, el sargento, con la daga en la mano, trataba de remover al caído con la bota. El indio abrió los ojos retintos, chúcaros, agrandados por un espanto colérico de fiera acorralada. Se veía bien que al recobrar los sentidos se daba cuenta cabal de todo el horror de aquella situación sin salida. Tenía un brazo roto y quizá una pierna dislocada.

El sargento le tomó la mandíbula para descubrirle el pescuezo.

—¡Encomendate a Dios, si sabes!

Entonces ocurrió algo doloroso y extraño.

Ante la inminencia del peligro, aquel indio sanguinario y bárbaro, recurrió también en su "media lengua", al supremo argumento de ternura...

—¡Por su madre—gimió—por su madre, amigo!

Pero, el viejo sargento fué implacable. No tuvo ni una vacilación siquiera, y solo cuando la arena sedienta del médano bebía ya la sangre del vencido, se volvió muy despacio para decir a los milicos con voz torva:

—¡Cómo saben pedir también "por su madre" estos trompetas, cuando el cuchillo los apura!...

La corona

Murió el señor Rastoll en La Habana, y su viuda, que residía en Logroño, cablegrafió a un amigo en estos términos:

"Ponga en la tumba esta inscripción: tu desconsolada esposa espera reunirse contigo".

El amigo cumplió el encargo; pero al día siguiente recibió este otro cable de la viuda:

"Añada en el cielo, si cabe".

"Tu desconsolada esposa espera reunirse contigo en el cielo, si cabe".

Hacia aquella tarde mucho frío. Era una de esas tardes invernales en que la niebla mete su vaho de pulmonía por todos los resquicios y se nota su contacto hasta en la médula del hueso.

Los concurrentes al casino se apiñaban como un rebaño en torno de una chimenea enorme, donde ardían gruesos troncos de carrasca.

Las llamas doradas en la base, azules y rojas al escurrirse caño arriba, chupaban con voracidad de sanguiueta en la robusta musculatura de aquellos pedazos de árbol. Y el fuego, con su abrazo destructor, arrancaba chasquidos a la resina y producía hervores en la savia contenida por el hachazo; última protesta del leño húmedo y vigoroso antes de convertirse en brasa tranquila.

Era la hora de saborear el café y no tardó en formarse ruidosa tertulia al amor de la lumbre.

Llegó de los primeros un viejo horriblemente calvo. Luego, un caballero de ojillos grises, con barba muy recortada y un gesto entre burlón e indiferente, pegado al labio caído, como marcando a la mercancía.

Sucesivamente entraron hasta media docena de tipos sin relieve, mansos habitantes en los extensos dominios de la vulgaridad.

Llegó por último un jovencuelo peripuesto, con agudo tufillo de traje nuevo y perfume barato. Se sentó, aparentando indiferencia, pero deshaciéndose por atisbar, con el rabillo del ojo, el efecto de su terro reluciente entre aquella califa de señores deshilachados y grasiientos, de partido judicial. Como los reunidos eran ya bastantes, empezó la dulce tarea del desuello.

Un socio humorista había bautizado aquel rincón con un nombre que por sí lo decía todo: "La Aduana". En efecto, no había en el pueblo infundio, llo, ni sonada que resistiese al minucioso exámen de los contertulios de la chimenea; nada se salvaba de su fiscalización espontánea; era imposible el contrabando y solía cargarse la mano en el arancel; muchas veces se quedaba una reputación como no dijeran dueñas, entre las uñas de aquellos honorables convecinos.

El día de autos, no teniendo actualidad en qué cebarse, se optó por la historia retrospectiva.

—¿Qué será de don Emeterio?

—¡Pobre diablo!

—¡Era un tunante!

—¡Un mozo sin entraña!

—¡Un miserablón zafio!

—¡Un republicanote soez!

—¡Le estuvo bien aquella mala pasada de la fortuna!

—¡Recibió el pago que merecía!

—¡Señores, señores!—clamó un tertulio, silencioso hasta entonces.

—Caridad con el ausente: mejor aún, para con el caído...

—Y de Blasillo "el estirao" ¿os acordáis bien?—arguyó socarronamente el viejo pelado.

—"Don Blas", debió usted decir.

—¡También fué buena caída la suya.

Al fin Emeterio pulió lo que le pertenecía, lo que heredó de sus mayores. Pero, Blasillo fué un estafador de aquella pobre mujer que ligó a su existencia, para ir martirizándola poco a poco. Aquel tío era un inquisidor...

—Y perdió más de dos millones, más de tres...

—Más; ella era hija sola y su padre mayorazgo de casa grande.

—La verdad es, que en pocos

La ruina de Perico

Por Angel Alcalde

años "han caído" muchos. Porque cuidado con lo que le pasó al conde de la Laguna; y a Jerónimo el Antillano, y a don Juan José...

—¡Otros tres arruinados! de sus arcas repletas no queda ni un paves...

—Ya puede calcularse en más de seis millones, sumando lo de este y lo del otro, lo que se ha llevado la trampa en un par de lustros...

—¡El eterno poeta!

—¡El visionario incorregible!

Y sonó una de esas carcajadas que tienen filo y suelen abrir tajo en la sinceridad o en el amor propio.

—Reid cuanto queráis. El hombre puede arruinarse de muchos modos.

—Mal has podido arruinarte, cuando nunca tuvistes capitales.



—En seis millones... y el pico.
—¡Ea! yo he perdido más que todo eso...

El que así dijo era un hombre de una cincuentena de años, alto, verdoso de color, enjuto de carnes, con arrugas muy marcadas en la frente, a la que servía de encrespado dosel el pelo entrecano, hecho sortijillas; los ojos, ligeramente mortecinos, parecían mirar más para adentro que para afuera, eran ojos de soñador y solo tenían llamear fugitivo cuando merced a un soberano esfuerzo de la voluntad, aquel hombre se reintegraba al medio ambiente, sacado a la imaginación del alveolo de sus preocupaciones.

—Yo he perdido más que todos—repitió viendo sonreír burlonamente a sus contertulios.

—¡Este Perico es siempre el mismo!

—¡Claro está!—adujo el señor del labio caído.—¿Qué ha hecho usted en este mundo? Viajar algo y escribir comedias por amor al arte. Ninguna de las dos cosas le ha dado a usted provecho ni honra. Con sus viajes gastó sus pocos recursos, y con las comedias ha perdido el tiempo lastimosamente...

Entonces la carcajada fué estruendosa.

—¡Anda con esa, Perico!—exclamó el vejete socarrón, añadiendo: —Tú solo puedes presumir de que tuviste "que ver" con muchas...

—Y ya usted ve lo que le han valido: un vinagre de estómago que le hipoteca el buen humor...

—¡Anda con esa! ¡Anda con esa! Buena pulla te ha puesto ahora el señor médico—volvió a exclamar el calvete atragantado a puro reír.

COMO UNA ESPINA CLAVADA

Te mofaste
y me echaste una mirada
que llevo en mi corazón
como una espina clavada...

Te reíste
despiadada
y llevo en el corazón
tu risa mala
como una espina clavada...

La vida
me tienes apuñalada...
Yo te quiero, pese a todo,
¡malas entrañas!

Y esa pasión me consume
y me mata
porque va en mi corazón
¡cómo una espina clavada!

Vicente MEDINA

—¡Las mujeres!—dijo otro tertulio sentenciosamente.

—¡Por mí no quedaría ni la raspa!...

—Pues por mí—rugió Perico, poniéndose en pie y sacudiendo sus escarolados cabellos con majestad tribunicia—tendría cada una un altar... Y conste que hablo así después de ser ellas la causa de mi ruina. Y conste, también, que creo ser entre ustedes el único soltero. Ahora, saquen la consecuencia...

El silencio fué absoluto.

—¡Yo soy viudo!—dijo irónicamente el calvo, y añadió reanudando la conversación:—¿A cuánto, a cuánto asciende Perico, ese capitalazo que has consumido con tus favoritas?

—¿Tiene usted prisa en saberlo? Voy a darle gusto.

Asciende, a cuanto vale mi sangre, a cuanto vale mi vida, a cuanto pudo valer mi porvenir.

Todos los presentes pusieron ojos de susto y abrieron boca de a palmo. Era la primera vez que oían aquel tono y apreciaban aquella fosforescencia en las pupilas de su interlocutor.

Iban a saber algo interesante. Había caído en "La Aduana" una buena presa. Aquel era otro Perico; el Perico "de las comedias" quizá, que ellos conocían únicamente por rumor lejano de gacetilla periodística o por relato de forastero, siempre puesto en cuarentena.

—Tengo ya algunos años. Siento el cansancio de los que han amado mucho. Siento la vejez peor porque mis arrugas caen por dentro. Me han dicho infinitamente mis amigos y mis maestros, que sería siempre pobre. ¿Sabéis por qué delito? Porque nací con mucho corazon.

Yo no lo creí nunca. Cuando un hombre tiene la fortuna mayor de todas. Eso sí; ha de ser fatalmente pródigo. Y el ser rico de ese modo tiene otro peligro; la riqueza hay que gastarla con las hembras.

Pocos años tenía cuando empezó a pesarme mi renta nativa. ¡Había que derrocharla a todo trance!

Bien lo recuerdo: mi primer impresión amorosa coincidió con una lectura funesta; me sedujo el arquetipo romántico de Lamartine. Encarné en "Rafael", sentí con su alma novelesca y, claro está, corrí la primer aventura. Entonces era estudiante; al decir de muchos casi una promesa.

Yo pasaba de largo por aquellos augurios. Me escarabajaba la musa platónica, hacia endecasílabos cojos en vez de practicar el álgebra, y agradecía más una mirada de mi novia que un "sobresaliente".

Cinco años pasé en pleno idilio. Un día leí el "Werter" con voracidad y adelantado ya en mi adolescencia, sentí inquietantes plenitudes masculinas.

Mi adorada tornóse Carlota, apetejada con todo el vigor de la sangre que pasa por el rescollo de un corazón de veinte abríles.

Y cuando sufrí el primer fustazo del desdén, sentí la ola roja del suicida y llegué a pensar en la pistola del protagonista de Goethe como en un punto final digno de la epopeya.

Con el primer desengaño, mi romanticismo sufrió un golpe de muerte; pero, en cambio, me declaré luchador abierto en terreno más resbaladizo. Amé otra vez... para dejar de amar.

Cayó en mis manos Tasso. Le acompañé en sus noches y tuve una Leonor casi tan ideal como la del poeta. Me conmoví luego columbrando en sus divinas amarguras al retirado en Vanclose, y amé a una Laura que debo confesar que dió a mis pingües "caudales", el mejor pellizco.

En esta etapa fué cuando planeé comedias y dramas, comencé muchos y no acabé ninguno. ¿Cómo? Mi inspiración y mi cariño eran paralelos. No podían nunca coincidir. Llegué a leer el plan de algunas obras a literatos hechos. Casi, casi, me proclamaron genio.

—“Sí, acabe usted eso. Es una concepción.” ¿Acabarla? Dos horas sobre las cuartillas, eran dos horas de abandono para mi amante que maldecía su viudez con desmerezo felino. Y en esta lucha, entre muchas obras y muchas Lauras, vencieron siempre las segundas. Para mí tuvo más imán una sonrisa que una tirada de cuartetas...

Así llegué a los cuarenta; con un bagaje enorme de pasiones y de libros; todo a medio empezar, torpemente esbozado, a trechos con algún borrón de los que se echan en instantes de fiebre y de deseos alocados. Multipliqué mis amores, me arrojé a su corriente, fui un sportsmen de la emoción, caprichoso. Llegué a cifrar mi porvenir en una noche de placer.

Escribí lo necesario para vivir vida bohemia, para rescatar el mendrugo. Trabajé muy poco y muy a prisa para robar el menos tiempo posible a mis mujeres.

Por ellas arrostré desdías, soporté desastres, lloré muchas derrotas; pero me lo cobré a buen precio, a ellas les debo mis horas más felices.

Y aquella renta nativa se fué poco a poco consumiendo hasta que, dilapidador incorregible, sentí la atrofia del sentimiento, la caducidad de la sensación...

Hoy, ya me véis; soy un vencido. Repaso mi historia con cara tan triste como cualquier don Emeiterio, como cualquier "Blasillo" que girara inspección a sus bienes raíces desposeídos.

Se me arruinó el corazón. Perdí mi capital, un capital que podía habermelo dado la gloria, ¡lo único que no tiene precio en este mundo!

—Ahora, decidme, ¿quien ha perdido más que yo?...

Y por toda respuesta, el vejete irónico, con los ojos humedecidos, murmuró:

—Señores: ¡creo en la ruina de Perico!...

La flota funeraria de Tutankhamen

La flotilla funeraria encontrada en la tumba de Tutankhamen se compone de diez y ocho botes. Los modelos están hechos con maderos clavados unos con otros, a los que se ha dado forma y desvastado con hacha y azuela. Están pintados y dorados, y algunos de ellos profusamente decorados con brillante ornamentación.

Muchos de ellos van cubiertos en su parte exterior con planchas muy finas, presentando un casco liso y fino.

El gobernalle consistió en dos anchos remos colocados en la popa

y encajados en sus chumaceras, que se manejaban desde un asientito donde se colocaba el timonel.

Los barcos que habían de hacer el divino recorrido del sol son embarcaciones de alta obra muerta, probablemente contruidos según el primitivo modelo de las flotas de mimbres.

El fondo es redondo, sin quilla, y ligeramente achatado a proa y a popa, terminadas en punta hacia arriba, y al final, una flor de lo-

to. Su forma nos recuerda bastante a la de las góndolas venecianas.

En el centro se alza un trono dorado, destinado al regio pasajero, que viaja como compañero de Ra, el dios sol, día tras día navegando por el océano celestial y noche tras noche por los dominios de Osiris, por los túneles de Duat, el mundo inferior.

Las embarcaciones para cortas travesías son muy parecidas en ti-

LA PRIMAVERA MIA

Primavera, Juventud del año.
Juventud, Primavera de la vida.

Cuando la primavera pasa ante mi ventana y una ráfaga cálida entra en mi habitación una angustia infinita que me ahoga y me aplana tortura aquí en mi pecho mi pobre corazón.

La primavera pasa con su fragancia nueva. El aire es más sutil, más diáfano el cielo... Todo suspira y ríe y todo se renueva y la savia que nace lo pone todo en celo.

En el ambiente tibio vibran puros los ruidos y no hay noche en que un nuevo lucero no se encienda.

Los árboles retoñan y se pueblan de nidos y en los ojos reluce un deseo o una ofrenda.

¡Qué rojas son las bocas!... Y llevan las muchachas bajo las telas claras la carne palpitante... Es que la primavera llega y nos trae a rachas sus primeras caricias inefables de amante.

Llega la primavera... ¡Y en mi alma es invierno!

Mi alma que nada tuvo y que ya nada espera; mi alma que se hizo vieja en su esperar eterno y que no vió llegar nunca su Primavera.

¡Oh, Primavera mía! Primavera infecunda... Juventud fracasada de mi vida baldía... Para mí sólo has sido la alegría jocunda de los "otros" que he visto pasar día tras día.

Te siento siempre en torno latir... Ya eres la risa de una mujer. Ya el canto de niños en el corro... Dos bocas que se juntan... La mirada sumisa que una pasión nos muestra. El encanto de un corro

Un cantar que en la noche se eleva hacia los cielos...

Un volar de palomas... Un suspiro, un clamor... ¡La nostalgia fundida de todos los anhelos de mi alma, que se hace carne y vida y calor!

Yo también he querido ser feliz y he soñado con un amor que fuera la Primavera mía... ¡Y vi mis ansias rotas y vi mi afán truncado y cada primavera renovó mi agonía!

Mi juventud no amargues más, Juventud del año, con tus locos perfumes de vida y de pasión... ¡Ah, pasa, primavera!... ¡Tú no sabes que daño le haces a mi cansado y pobre corazón!...

J. QUESADA NOFUENTES

Si Usted Tiene Tos.
TOME
PASTILLAS RIN-RIN
En dos tamaños: a \$0.45 y a \$1.— la caja

po a estas últimas; pero la popa y la proa se doblan en graciosa forma hacia adentro, terminando con la familiar flor del papiro.

Los cuatro espíritus celestiales, los hijos de Horus, prepararon cuatro de estas embarcaciones para que Osiris subiera al cielo.

Los barcos para estos viajes divinos, con fines igualmente divinos, eran impulsados por agentes sobrenaturales, y, por consiguiente, no necesitaban de remos ni velas, y lo mismo ocurría con las canoas destinadas a pasatiempo y diversión del dios Horus.

Esta primitiva forma de canoa tiene muy poca diferencia con las que actualmente recorren el Alto Nilo, que aún se emplean para cazar, pescar y aun para transporte de pasajeros de una a otra orilla o entre dos puntos cercanos.

Su construcción se reduce a formar haces de tallos de papiro y luego a atarlos los unos con los otros, dándoles una estructura fusiforme para que resulte la canoa. Las extremidades de la proa y de la popa terminan en la forma egipcia característica, con la curva más o menos pronunciada, la mayoría terminando en una imitación convencional de la umbela del papiro.

Estas embarcaciones de juncos de la más primitiva construcción abundan en la actualidad en Nubia.

Las series de barcas para la peregrinación de Abidos encontradas en la tumba del faraón, cuyo nombre se ha hecho tan popular en estos últimos años, son numerosas.

Estas embarcaciones destinadas a ir al sagrado lugar y hacer el viaje de regreso tienen un mástil central con su vela, cuadrado, y el correspondiente aparejo y la forma de timón que hemos indicado.

En el centro del puente hay una elegante construcción y otros pabellones más pequeños, también adornados y dorados, que sirven de camarotes, colocados en los castilletes de proa y popa.

En el camarote de proa se ve una especie de biombo, en el que se representa al rey con cuerpo humano y cabeza de león. En el de popa, el faraón aparece en la forma de robusto toro.

Aunque estas barcas tienen una proa puntiaguda de forma especial y la proa termina en muchas de ellas como la cola de un pez, que es en realidad una flor de loto aplanada, recuerdan mucho a otras embarcaciones que también se encuentran en el Alto Nilo y en Nubia.

Las grandes barcas con aparejo completo solían remolcar a las pequeñas embarcaciones, que, como hemos dicho, no tenían ni velas, ni remos, ni otros medios propulsores.

Las formas del casco siguen paciéndose a las de las otras; pero la proa y la popa terminan en curvas mucho más pronunciadas, y sus puntas eran redondeadas o romas de gran originalidad y lujo.

Apenas llegamos, doña María Delia nos mandó un recado. Nos decía: "Vengan a ver a la vieja. La casita está como antes. Hoy hice algunos rosquetes y algunas empanadillas con dulce de batata. Los esperamos".

—¿Te hablé de doña María Delia?—le dijo a Pepita.

—Mira chico,—me respondió—ni de doña María Delia ni de doña María Corazón ni de doña María Remedios... Aquí hay Marías para elegir. ¿Sabes de quién me estoy acordando?

—No.

—Me acuerdo del cojo Serafin...

El cojo Serafin era un muchacho pazguato, cabezudo; tenía los ojos de viroque y los colmillos de perro. El cojo Serafin paseaba los callejones pidiendo limosna.

Pepita siguió diciendo:

—No me hablaste de doña María Delia. ¿Será una de esas viejecitas que al morir se transforman en mulánimas para salir arrastrando una pesada cadena?

—No, Pepita,—le contesté—doña María Delia es la comadre del señor cura; es una viejecita cariñosa, atildada.

Y vinieron a mi mente los recuerdos de la infancia: Cuando iba a la finca, desde el patio de su casita de tabla, recogida a la umbría de laureles y naranjos, doña María Delia me llamaba.—Buen día, doña María Delia—le decía, descubriéndome. Doña María Delia me cogía entre sus brazos, me hacía sentar en su regazo y me contaba viejas historietas. Después, hacía juntar naranjas, limas, sidras y limones dulces, para mi regalo. A veces doña María Delia solía decirme:—¿Me querís? ¿Me querís mucho Juanito? Te he pedido a tu padre; quiero que seas mi hijo. ¿Querís vivir aquí, con Amalia, con Julita y con la mamá vieja?—Sí, señora—le respondía ruborizado. Amalia y Julita sonreían dulcemente mirándome la cara.

—Doña María Delia,—volví a decirle—es una viejecita cariñosa, atildada. Desea conocerte. ¿Teníamos su retrato?

—Sí, sí,—afirmó Pepita—ya sé: doña María Delia, es una viejecita provinciana que lo mira todo, lo escudriña todo y que cuando se le presenta una desconocida, enmudece, finge aturdimiento y la observa de pies a cabeza.

Yo estuve largo rato preguntándole: Julita ¿era morena? ¿Cómo eran los ojos y los labios de Julita? ¿Y Amalia? ¿Y el timbre de la voz de Amalia? ¿Cómo era Amalia? ¿Y doña María Delia? ¿Cómo eran las manos que enmarañaban mis cabellos? ¿Eran suaves, tersas, frías?

Cuando Pepita distinguió una casita blanca recogida a la umbría de unos árboles corpulentos, me preguntó:

—¿Cuántos años tiene Julia? ¿Será mayor que Amalia?

—Julia, Julia...—le respondí—frisará con los veinte años; Amalia es mayor que tú.

Pepita cortó algunas rosas fra-

La casita de tabla

Por Fausto Burgos

gantes cuyos pétalos eran tenues, aterciopelados, encendidos.

—¿Y te reconocerá doña María Delia? ¿Te desconocerá Julia? ¿Se acordará de tí, Amalia?

—No sé qué decirte.

Llegamos a la punta del callejón. —¡La casita de tabla!—exclamé. Aun había verdes matas en su techo de torta y palomas de Castilla en los aleros. El seto estaba salpicado de rosas encarnadas y jazmines. El laurel, los naranjos, el caminito bordeado de madreselvas, los tiestos con geranios y tunillas,

—¡Doña María Delia!

—¡Hola!... ¡Juan! Por fin...

Doña María Delia besó a Pepita y exclamó:

—¡Qué linda! ¡qué rubia! ¡qué alhajita!

¡Y vos estás hecho un hombre! Ya ve, señora: a su esposo yo lo tuve muchas ocasiones en mis brazos.

—¿Y Julita? ¿Y Amalia?

—Ya van a salir; se están arreglando un poquito.

—¿Has visto, hijo? La casita de la vieja está siempre igual. ¿Te

cristalina y sus bosques vírgenes!...

Juan me ha llevado a todas partes; anduvimos dos días, trepando cerros y cerros. La montaña tucumana es magnífica.

—¡Ah!... Buenos Aires... Como Buenos Aires no hay otra; nos han dicho que es como París—dijo Julia.

—Mejor que París—agregó Amalia.

—Ya ve hija, cuando vino mi ahijado Luis, no lo reconocíamos. ¡Qué tonada más linda trafa!... Estaba cambiado en el genio y en la traza.

—¡Qué feo encontrará este campo, usted, señora!...

—No lo crea, Julia. Tucumán es un país encantador.

Amalia, mirándome dijo:

—Juan, tiene usted buen gusto. La señora es muy bonita.

—Un pimpollo—agregó Julia.

—Muy alhajita—manifestó doña María Delia.

—Gracias, gracias.

Yo estuve pensando: ¿Por qué Julia y Amalia me dicen "usted", "usted" a cada rato, subrayando? ¿Qué encuentran en mis ojos? Y me decidí a preguntar:

—Amalia, no seas cruel—le dije—¿por qué no me tratas como cuando éramos novios. ¿Te acuerdas? Yo tenía diez años... Y tú? —Yo... yo... Dígalo usted, mamá.

—Andaba en los nueve; creo que andaba en los nueve.

Y reímos francamente.

—Sí, sí, con el permiso de la señora; te diremos a secos vos, vos, vos. ¿Te gusta así?

—Sí, sí, sí—afirmé satisfecho.

Pepita me guiñó el ojo, como diciendo: ¡Ah! pícaro... ¡me la pagarás! ¡me la pagarás! Te arrancaré las orejas...

Amalia era una moza guapa; tenía los ojos grandes y sombreados, llevaba la negra trenza recogida en rodete. Julia era erguida, donosa, atrayente.

—Antes que me olvide,—dijo doña María Delia—les hice unas cuantas empanadillas con dulce de batata y unos rosquetes. Usted, señora, me disculpará: esta pobre vieja no tiene ninguna habilidad. Señora, para usted solita, le tenemos un poquito de dulce de lima.

—Gracias, gracias, gracias—repitió Pepita.

Doña María Delia me miró tristemente. Su mirada era turbia, apagada.

—¿Quiere conocer la casa, señora? ¿Querís verla de nuevo a la casita de antes?—nos dijo doña María Delia.

Y salimos a pasearnos.

La casita de tabla estaba como antes. Aun había verdes matas en su techo de torta y palomas de Castilla en sus aleros. El seto nos ofrecía jazmines y rosas encarnadas. El laurel, los naranjos, el caminito bordeado de madreselvas, el viejo churqui, el viejo algarrobo, el hórreo, el inmóvil trapiche, eran los mismos de antes. ¡Sólo el copudo pacará faltaba!—Lo quemó el rayo!—me dijo doña Delia. Y volvió a mirarme tristemente. Su mirada era turbia, apagada, melancólica.

Calzado "NEWARK"

VENTA DIRECTA
DE
LA FABRICA
AL PUBLICO



Precio Unico

\$15.- m/u.
EL PAR



CORRIENTES 745 - FLORIDA 245

Y CARLOS PELLEGRINI 342

el viejo churqui, el viejo algarrobo, eran los mismos de antes.

Mi mujer me dijo:

—Juan, Juan, no olvides de preguntarle a doña Delia si hace guarapo, si tiene tabletas de miel de caña y cigarrillos de chala, de esos suaves, aromáticos, como los que fuma tu abuela. Y que sea corta la visita... ¡eh? Ya sabes que a mí no me gusta esta gente tan mirona, tan recelosa, tan apagada. Las portefías no caemos en gracia, aquí. ¿Qué quieres que le diga a doña María Delia? ¿Y qué a Julia?

Golpeamos las manos.

—Pasen, pasen—dijo una voz clara, melodiosa. Y luego otra aguda, vibrante: — ¡Juan y su esposa! ¡Mamá! ¡mamá!...

Estuvimos intranquilos.

—Pasen adelante, pasen—dijeron doña María Delia, asomándose. Su voz era grave, triste.

Algo musitó Pepita que yo no escuché.

acuerdas de la quinta, del jardín, de las palomas de Castilla?

—De todo me acuerdo, doña María Delia.

—Sólo yo no soy la misma. ¿No me vis como estoy de achacosa?

Doña María Delia me miró tristemente; su mirada era turbia, apagada, melancólica. Doña María Delia estaba vieja.

Y nos hundimos en el silencio.

Repentinamente se oyó un taconeo.

—Mis hijas Julia y Amalia—dijo afablemente doña María Delia dirigiéndose a Pepita.

Pepita se animó. Platicamos largo rato.

—Tucumán es hermoso...

—¡Ah! señora, es usted muy condescendiente. ¡Cómo estará usted de aburrida! Aquí no hay diversiones; por donde usted ande se encontrará con cañaverales y monte.

—Tucumán tiene el soberbio Aconquija con sus ríos de agua



La personalidad del doctor Pablo Torello, nuevo senador por Buenos Aires.-

"Trabajar, cumplir con la alta misión confiada por el veredicto público".-

Resume en estos términos sus declaraciones a "Fray Mocho".

Figura singularmente simpática e interesante es la del ciudadano ungido en estos días representante del primer estado argentino en el honorable senado nacional. Espíritu elevado, amplio, iluminado por inspiraciones superiores, ánimo levantado y aligerado de pasiones e instintos en la altura que ha caracterizado su imparcialidad en todos los actos de su vida política. Desde su cargo como ministro secretario de estado en la cartera de Obras Públicas durante el gobierno radical del doctor Hipólito Irigoyen, supo hacer obra constructiva, reconocida por sus propios adversarios políticos, que lo conceptuaban uno de los mejores colaboradores del popular presidente. Y nadie ha podido desmentir juicio semejante. Porque contra todas las intrigas y calumnias viles que los mediocres oponen al paso de los valerosos aparece vibrante, inextinguible y poderosa la fuerza de la verdad, arma terrible que pulveriza todo aquello que la mentira prepara en su taller protervo.

Ciudadano noble, varón de una sola pieza. Amigo leal, sincero, ecuaníme. Político moderado de escuela selecta. Abogado de nota. Estudioso y observador sutil.

Tal en grandes trazos la personalidad austera del nuevo legislador argentino.

Su palabra, serena, autorizada, y orientadora, ha tenido en todo momento el aprecio y el respeto de toda expresión solicitada. En estas horas de triunfo para La Unión Cívica Radical, adquiere mayor importancia.

El periodista no puede dejar de recogerla y transmitirla al lector; siempre entraña objetivos, conceptos, sentimientos profundos que al ser propagados por el papel impreso llega a los cerebros y puede provocar nuevas ideas, distintos caminos, soluciones, que el pensamiento de un entrevistado produzca, sugiera, o inspire sentires distintos pero benéficos. La divulgación de opiniones ilustradas siempre involucra resultados halagüeños.

Esa es nuestra reflexión al llegar al estudio del doctor Pablo Torello.

UN MARINERITO BELICOSO

—¿Qué quieren ustedes? — nos interroga un mocito barbilampiño, vestido con uniforme naval.

Parece que la consigna es rigurosa. No se puede hablar con el doctor Torello.

Habremos de fracasar en nuestro justo intento de conversar con el flamante senador? Imposible. Te-



Doctor Pablo Torello, recientemente electo senador nacional por la provincia de Buenos Aires

nemos que hablarlo y nada ni nadie podrá detenernos. Tratamos de franquear la entrada. El marinero se opone. Nuestros recursos de dialéctica para convencerlo, fracasan. Empezamos a desalentarnos cuando una puerta se ha abierto y ha aparecido por ella la faz expresiva y bondadosa del político. Con un suave ademán nos indica que entremos. El marinero refunfuña, belicoso.

FRENTE A FRENTE

—Es materialmente imposible atender debidamente a todas las personas que diariamente llegan aquí — nos manifiesta, sentado en un diván junto a nosotros.

—Los repórters en su afán de cumplir con la misión encargada por el director del órgano al cual pertenecen no reparan muchas veces en los medios. Es lógico, dado que el periodismo es una institución básica en la vida de los pueblos. El es poder grande y como tal debe merecer el respeto y acatamiento de los hombres.

—De acuerdo.

Por un lado del salón se precipitan varios señores entre ellos, dos diputados nacionales recientemente electos. Uno de ellos ostenta elegante y engominada peluca color marrón.

El doctor Torello los invita a aguardar un rato.

—Estoy a la disposición de ustedes — dicen.

—Deseamos saber ¿cuál será su obra futura en el senado?

—Aún es demasiado temprano para hablar sobre ella. A medida que se vayan presentando los asuntos los encararé con el criterio que tengo formado y experimentado en las resoluciones de las cosas administrativas.

Sabemos que la acción de Torello en el alto cuerpo colegiado será decidida y eficaz. Conociendo su temperamento, su inteligencia ágil y su perfecto conocimiento de los hombres y de las necesidades y problemas que atañen al país, la deducción fluye con claridad precisa.

—Trabajar, cumplir con la alta misión confiada por el veredicto público; he ahí el programa que me he impuesto para desarrollarlo en el desempeño de mi mandato, respondiendo a la confianza que el electorado de la provincia deposita en su delegado en el Senado. Agradezco la atención de la revista FRAY MOCHO y significándole sintéticamente lo que se hará, retiro su saludo cordial.

Roque CEPEDA VERON.

BESO DE ORO

Duerme la virgen sobre el casto lecho en la dulce penumbra cotidiana, con las manos cruzadas sobre el pecho y una sonrisa entre sus labios grana.

El Angel del Pudor está en acecho; y el sol de abril, el sol de la mañana, fundido en oro y en fulgor deshecho, filtrándose a través de la persiana,

para no despertar a la dormida, de los labios impúdicos se olvida...

Y dulcemente, silenciosamente,

separando la negra cabellera, con un beso de paz signa su frente...

¡Y se desborda en luz la casa entera!...

AL PASAR

Desde el tren, por la abierta ventanilla, en un valle de olivos sombreado, contemplo un labrador, tras el arado, voleando, en los surcos la semilla.

El áureo sol, como una hostia, brilla; un vuelo de campanas cruza el prado, y en la paz del remanso sosegado parece que la tarde se arrodilla.

¡Quien fuera labrador!... ¡Ay, quién tuviera una casita blanca en la ribera;

yuntas, viñas, un huerto de manzanos,

un olivar, y tierra labrantía

donde sembrar el pan de cada día

con el esfuerzo diario de mi mano!...

Francisco VILLAESPEA.



Al cabo de tres años

Por Roberto Dieudonne

Ella lloraba. El procuraba dominarse para no demostrar su pena y para no enternecerse a última hora y perder sus energías.

—Entonces, ¿cuándo volverás?

—He firmado un contrato por tres años..., y tres años pasan en seguida...

—Y... ¿a tu regreso nos casaremos?

—¡Te lo juro!

—¿Me escribirás?

—¡En todos los correos!

—¿Qué va a ser de mí sin ti?

—Piensa que lo hago por el bien de los dos. Como aquí, en Francia, no puedo ganar lo suficiente para poder casarnos, tengo que marcharme... Debes ser razonable...

El tenía grandes esperanzas. En realidad, si no había encontrado una buena colocación en su país había sido por pereza. No se había tomado el trabajo de buscarla...

Veinte veces había imaginado que no tenía suerte, cuando lo que ocurría era que, para mejorar su situación, hubiera necesitado hacer un pequeño esfuerzo de voluntad, de lo que era incapaz.

Y se forjaba la ilusión de que los países lejanos eran Jauja.

Unos amigos le habían encontrado un buen puesto, que él aceptó alegre, sacrificando a su novia, a la que quería a su manera, pensando que la encontraría a su vuelta, esperándole, porque estaba persuadido de que no le olvidaría.

Ella era un ser resignado que creía que las lágrimas son el testimonio de un gran amor, ¡lloraba siempre! Así que cuando empezó a sollozar al anunciarla su próxima partida, su llanto no le produjo ningún efecto.

La pena que ella sintió al ver que su novio se marchaba a la Indochina le dejó impasible. Le tentaban demasiado el viaje, el descubrimiento de un mundo nuevo y el sueldo fantástico que llevaba. Ya pensaba en la alegría del regreso.

—Un permiso de seis meses, cincuenta mil francos de economías; una verdadera suerte.

Se separaron en el andén de la estación de Lyon.

—¡Amor mío!—exclamó ella.

—¡Vaya! No hagas ningún drama — murmuró él —. Son tres años... ¡Tú tienes veintiséis..., yo treinta... Hay que ser razonables...

Y él lo era para los dos.

Al partir el tren, ya sonreía a una viajera indiferente:

—¿Me permite usted que coloque su saco, señorita?

¡Tres años! Había pasado treinta y seis meses en Camboge y regresaba a Francia sin alegría. Aquella vuelta la temía más que la deseaba.

Se había acostumbrado al cargo de su nueva vida en las plantacio-

nes de gutagamba, una responsabilidad de vigilancia nada más, vi- viendo entre sus camaradas y yendo dos veces al mes a la ciudad europeizada, puesto que se encontraban en ella hoteles, bares y espectáculos ingleses.

¿Alicia?

Un afecto antiguo, casi borrado, cartas, que había leído y contestado con indiferencia.

¡Qué lejos le parecía que estaba París y qué poco le atraía!

Nunca hubiera imaginado que iba a sentir tan poco placer al regresar a su país natal.

—¿Alicia?

Ese nombre era una obsesión.

Tendría que cumplir lo prometido y casarse con ella... Era lo que le esperaba: su boda, y volver de nuevo a Camboge, porque había firmado un nuevo contrato.

La alegría de todos los pasajeros que el barco repatriaba le parecía inexplicable.

Pasó dos horas en Marsella, sin enviar un telegrama que anunciase su regreso.

Llegó a París sin prisa; y después de estar en París ocho días, y de haber encontrado en Montmartre antiguos camaradas envejecidos, se dirigió una mañana a la calle de Desrenaudes.

La portera, al verle, le detuvo.

—¡Cuánto me alegro volver a verle!—le dijo—. ¡El señor no ha cambiado nada!

—¿Verdad? Está en su casa la señorita Alicia Herbelin?

—Pero el señor no sabe la noticia?

Y la portera le miró sin saber cómo continuar.

—¿Ha muerto?—preguntó él, palideciendo.

—No, no, señor...; pero se casó hace dos meses... Ahora vive en Suiza...

—¡Ah!

—¿Cómo tomaba la noticia? No se daba bien cuenta.

¿Una liberación?

¡No! Una herida terrible... en su amor propio; y quizá notaba también herido, muy en el fondo de su alma, un resto del amor que por ella sintió.

—Sí...; en efecto... me había escrito sus proyectos...; pero no creí que los hubiese realizado ya...

No quería hacer un papel ridículo a los ojos de la portera.

—Claro, al cabo de tres años...

—Naturalmente... Yo también voy a casarme...

Y realmente, en aquel momento hubiera querido casarse en seguida, con cualquiera, para no encontrarse como se encontraba entonces, tan solo en la vida...

Se alejó despacio...

—¡Estas cosas acaban así siempre!—murmuró, filosóficamente, la portera...



¡No se lo deje agravar!

¡RECUERDE que los "resfriaditos" descuidados pueden fácilmente convertirse en una pulmonía!

¡Tome inmediatamente

Fenaspirina

No sólo alivia el dolor de cabeza, el quebranto general y las demás molestias con que se anuncia el resfriado, sino que *positivamente no lo deja agravar*, porque descongestiona los centros afectados, dificulta el desarrollo de los gérmenes y favorece la expulsión de las toxinas.

NO TRASTORNA EL ESTÓMAGO NI AFECTA LA CABEZA

Tomando al acostarse dos tabletas y una limonada caliente (un limón exprimido en una taza de agua hirviendo, con o sin azúcar) se acelera considerablemente el resultado. ¡Ensáyelo y verá!



Para la molesta obstrucción de las narices, **Rape Medicina Bayer OXAN**. Destapa, refresca, facilita la fluxión, despeja la cabeza y ayuda a cortar el resfriado.

LA ARAUCARIA

Por G. Beaumont

—Bob— preguntó a su marido la pequeña Jazmina, —¿qué es una araucaria?

—Es la hija del peral y de la ocarina— contestó seriamente Bob. —Nace con espinas en la nariz y una cinta roja en los cabellos. Las personas ricas se sirven de ella para limpiar el radiador.

Y pensaba:

—¡Es estúpida esta mujer! Irremediablemente estúpida. ¿Cómo puede enamorarme de este fenómeno de ignorancia y de imbecilidad?

Sí, pero el fenómeno de ignorancia tenía los más lindos ojos del mundo y los embriagaba con su admiración por la inteligencia de Bob.

—Bob..., ¿no te burlas de mí?

—Sí, tesoro mío. Pero no llores. ¿Quieres una araucaria? Tendrás una.

—¿Come mucho, Bob? ¿Y el propietario que no quiere animales?

—¡Pequeña imbecil! —estalló Bob.—La araucaria es una planta. Una horrible planta verde. No come nada; pero tú podrás comerla, si quieres.

Los ojos, los bellos ojos de la pequeña Jazmina dejaron escapar un torrente de lágrimas.

—Bob..., yo soy una ignorante; pero eso no me impide amarte.

El se encogió de hombros. Estaba harto de aquella muchacha y de su exasperante ingenuidad.

—Tendrá su araucaria —se dijo.—Y con una linda carta de despedida adentro. ¡Se acabó! Me divorcio...

Hizo como lo dijo. Pretextó una visita a unos parientes en provincias, y al día siguiente, Jazmina recibió del florista una planta erizada de púas y una carta. La carta le partió el corazón. Decía que un hombre inteligente (como él) no podía pasar toda su vida junto a una grulla (como ella), que el porvenir es de los hombres inteligentes (como Bob) y que la vida con una ignorante (como Jazmina) equivalía a un suicidio moral. Que iba a pedir el divorcio, y su abogado se encargaría de asegurarle el porvenir, etc., etc.

—¡Todo por culpa tuya!... —sollozó la esposa abandonada, mirando la araucaria.

Pero, no obstante las espinas, la apretó contra su corazón. ¿No venía de Bob, de su Bob?...

Qué podía hacer Bob después de haberse librado de una esposa estúpida sino dirigirse a una mujer inteligente? Encontró una que vivía entre el busto de Einstein y la tabla de logaritmos. Bastaba decirle una palabra al azar y recitaba de memoria la "Lógica", de Port-Royal. Su saber hubiera llenado una enciclopedia y no había problema de matemáticas que fuera incapaz de resolver. Por lo demás, amarilla y angulosa, recordaba mucho una regla de calcular.

—Nosotros vivimos en un plano superior —anunció a Bob un poco inquieto.—Bajo la mirada de Spinoza no seremos más que un solo pensamiento.

Y lo envolvió tan bien, que, temblando de una admiración que se parecía al terror, se casó con ella.

Fueron a pasar la luna de miel en las minas de sal y en los pozos de petróleo, cuyo mecanismo, la inteligente recién casada, quería penetrar, así como estudiar el rendimiento.

Y bien: ved si el hombre es bicho raro. Junto a su maravillosa

Cecilia, Bob echaba de menos a la pequeña e imbecil Jazmina.

En presencia de aquella mujer que sabía de memoria los noventa y cinco teoremas de Euclides, que había leído las obras de Platón en su idioma original y recitaba de memoria trescientos versos seguidos de la Eneida de Virgilio, re-

el mundo han sido, empezando por los siete famosos de la Grecia, y añorar la bendita ignorancia de los remotos tiempos en que nuestros antepasados pasaban la vida en los árboles saltando de rama en rama.

Cuando Cecilia decía:

—No me hables en este momento, Roberto, porque estoy preocupa-

DESGRACIA

Un pintor, en plena juventud y en plena gloria, casó con una mujer de la cual, con amoroso orgullo, decía:

—He recorrido el mundo, y jamás vi nada tan bello!

La adoraba. Mas, algunos días después de las bodas, el pintor cegó. Se trataba de una de esas enfermedades que, como el terremoto, se desarrollan ocultas y se manifiestan subitáneas. Gritaba:

—¡No veo a mi mujer!

Como ella partió a buscar luz para sus ojos.

Los que le vieron embarcar pensaron en los fantásticos suplicios de Tántalo, de Sísifo, de Neso.

Era un espectáculo tormentosamente inolvidable.

Así, cuando veinte años más tarde, regresó y fué a visitar a un amigo, éste, mientras le ayudaba a sentarse, imaginóse que aquel visitante, parecido a un monte por donde había pasado una tempestad, le llenaba la casa de desgracia.

Por eso, con más disgusto que conmiseración, le preguntó:

—De modo que no has curado?

—Afortunadamente, no! Tú recordarás que mi felicidad era amar a mi mujer, adorarla. Adorábala porque la veía bella. Cegué y, naturalmente, no he podido dejar de imaginármela sino como cuando era joven; no he dejado de adorarla, de ser feliz... Figúrate mi desgracia si yo no hubiera cegado: ahora vería a mi mujer marchita.

R. PEREZ ALFONSECA

cordaba con nostalgia a la otra que apenas deletreaba la sección "Policiales" del diario, y en matemáticas conocía lo suficiente como para sumar a fin de mes la cuenta del almacenero.

¡Misterios del corazón humano! La ciencia de la mujer superior que ahora era su esposa empalagó en forma tal al pobre Bob, que llegó a abominar de cuantos sabios en

da en la cuadratura del círculo. Bob imaginaba a su primera esposa, la Jazmina de ojos grandes y tiernos, y oía aún:

—Bob..., yo soy una ignorante; pero eso no me impide amarte.

Y sabía bien que, al estrechar en aquellos tiempos a Jazmina contra su corazón, no abrazaba la ciencia universal.

Un día que Cecilia había trata-

do de iniciarlo en nuevas teorías filosóficas que llegaban muy cerca a la enajenación mental, Bob tuvo que renunciar completamente. Ella lo abandonó dejándole una carta en la que le explicaba que una mujer inteligente (como Cecilia) no podía vivir eternamente unida con un hombre estúpido (como Bob), que el porvenir pertenece a las criaturas escogidas (como Cecilia) y que la vida con un cretino (como Bob) equivalía a un suicidio moral.

Le dejó esa carta y se llevó el carnet de cheques.

Sin duda deseáis que este pequeño cuento termine bien. Yo lo mismo. Es por eso que nos encontramos de nuevo en casa de la pequeña Jazmina. Era tiempo. Moría dulcemente de pena aquella mujer-cita. En su corazoncito no había lugar para las matemáticas, ni su cerebro estaba formado como para descifrar los trascendentes problemas de la filosofía, pero su ser entero se encontraba rebosante de amor sin límites por aquel ingrato de Bob, que había cometido la tontería de preferir a una mujer tan dulcemente femenina como ella, al esperpento de la sabia, dura y angulosa como un poliedro. Jazmina desmejoraba por momentos, pero el remedio de su enfermedad llegó a tiempo por fortuna. La felicidad, a Dios gracias, realizó el milagro. Y Jazmina, casada de nuevo con Bob, está en vías de curación.

Sólo que tiene, ¡ay!, algo sobre el corazón y lo confiesa humildemente:

—Bob..., vas a decirme todavía que soy una estúpida; pero nunca he podido acordarme cómo se llama esa planta. ¿Cómo es que se llama? ¡Dímelo!

Bob miró las espinas y contestó: —¡Cecilia!

FALLO LA LOGICA

El ebrio. —Yo soy el señor Muñoz, pieza setenta y dos.

El portero. —Es imposible que usted lo sea, señor. Acabo de acompañarlo a su habitación.

El ebrio. —Es verdad, pero me caí por la ventana.

TERAPEUTICA

—Doctor, mi mujer se muere.

—Pero, hombre, ¿hizo usted lo que yo le dije?

—Sí, doctor, pero por llevarme la contraria, como siempre, de la cataplasma que usted mandó no tomé más que la mitad.



—Es tanta la mala sangre que me hago, cuando peleo con mi esposo, que luego no puedo comer.



—No seas tonta, y hacé lo que te digo...



—Ahora puedes gritar lo que quieras, que con el Hierro Quina Biseri, como perfectamente.

LA MANO DE ACERO

Por Rodolfo Viñas

La ribera del Andarax... ¡Qué dulce, qué mansa, qué llena de murmullos misteriosos y de canciones milenarias! Bajan las aguas de las crestas nevadas, muy lentamente, como si no tuvieran prisa de llegar al cauce del río; bajan a flor de tierra unas veces, por caminos tortuosos que ellas mismas trazan caprichosamente; o se filtran, pudorosas, y brotan limpias y sanas, apareciéndose al viajero en fuentes de cristal...

No pasa nadie por las veredas ni por los caminos. Parece que el hombre ha desaparecido de la tierra hace algunos siglos... La ilusión se deshace bien pronto. He allí, lector, el pueblo minúsculo, levantado a un lado del río, con su alegre campanario y sus tristes y solitarias calles...

Un poco de tragedia, y el dolor que produce la miseria, la fatiga del trabajo sin descanso; la intriga, la ambición, la esperanza... ¡En fin, la vida! En el pueblo hay tres figuras sobresalientes: el médico, el cura y el cacique.

La lucha está entablada entre el médico y el cacique. El cura simboliza la paz. Es la potencia neutral que quiere hacer entrar a los beligerantes por los cauces de la fe y del amor. —No es posible transigir — dice el médico; —yo cumplo un deber, señor cura. Usted salva el alma; yo, el cuerpo... Ese hombre es nuestro enemigo común; deshace toda nuestra obra.

El cacique, en cambio, se expresa en estos términos:

—No me reconcilio con el médico, porque nos estorba a los dos. Representa a la ciencia y va contra la religión; es liberal y demagogo y quiere acabar con su poder y con el mío; hay que echarlo...

El buen cura no sabe elegir entre los dos rivales un aliado. Sabe que el médico tiene razón, pero no ignora que el cacique tiene la fuerza. Pide a Dios que le ilumine y al obispo de la diócesis que lo traslade. Ni uno ni otro se acuerdan de resolver el pleito a este buen padre de almas, todo corazón, que sufre los efectos de una guerra sin cuartel...

El cacique inventa todos los meses una epidemia; trama una emboscada; prepara una caída al doctor para justificar la expulsión en su día del odiado enemigo. Quiere que se vaya del pueblo a toda costa. Una vez le envió el siguiente recado:

—Dígale a don Luis que si se va del pueblo le pago todos los atrasos — seis mil pesos — y le regalo mi coche.

El médico escuchó atentamente al mensajero, y contestó:

—¡Qué no me puedo ir porque hay muchos microbios en el pueblo!

El cacique se mordió los labios para ocultar la rabia. La frase hizo suerte en el pueblo, y cuando cruzaba las calles oía decir a los chicos:

—¡El microbio, el microbio!

Un día fué de caza el cacique. Subió por la ribera del Andarax a la montaña. Anduvo por vericuetos peligrosos, sin lograr una sola pieza. Estaba indignado. Nada se oponía a su voluntad: sólo las liebres... Apareció, por fin, una pobre liebre, que no quiso ser irrespetuosa con el cacique. Corrió el cacique con tan mala fortuna, que resbaló y rodó por un precipicio...

A la mañana siguiente salió todo el pueblo en busca del desgraciado. Corrían infinitas leyendas. Hubo un momento de gran ansiedad cuando le vieron colgado de una piedra, casi en el fondo de un barranco. Trabajaron mucho para recoger aquel pobre despojo envuelto en sangre.

Trasladado a su casa, se planteó un gravísimo problema. El cacique vivía; se había destrozado el brazo derecho; había perdido mucha sangre; pero vivía y se daba cuenta de que había necesidad de operarlo inmediatamente. Dos hombres cultos había en el pueblo que po-

drían auxiliarle: su amigo el cura y su enemigo el médico. No quería llamar al cura... aún. Quería salvarse, vivir, mandar... Pero no quería llamar al médico. No podía perder tiempo; si mandaba el coche a la ciudad no llegaría un médico oportunamente... ¡Santo Dios!

Vino el cura, por fin. Lo recibió fríamente. —¡Aun no voy a morirme, padre!

—¡Pero se morirá si no llama usted al doctor!...

Creyó volverse loco. Pidió a Dios misericordia y al diablo ayuda. Los dolores le acosaban... Sentía venir la muerte a por sus miserables despojos, y a sus parientes para llevarse su rica hacienda...

—¡Que venga don Luis, y Dios me perdone!

Y vino el doctor para cumplir su deber sagrado. Examinó al herido, y pronto, dándose cuenta de su grave estado, ordenó que le preparasen todo para operarlo; había que amputarle el brazo.

El cacique cerró los ojos para no ver al doctor. Cada vez que le tocaba con sus manos expertas temblaba de ira y de dolor... Fué toda obra de unos minutos. La operación hecha felizmente, salvó la vida al cacique.

Han pasado unos meses. Convaleciente de su enfermedad, el cacique charla con el cura. El buen padre quiere ahora llegar a la reconciliación sincera, efusiva. El cacique, indignado responde:

—¡No, no! ¡De ninguna manera! Desde aquello le odio más. Me ha quitado todas las armas de defensa. Tendré que ser su esclavo. Dígame de mi parte que ahora estoy más decidido a que se vaya. Lo tengo todo preparado para expulsarlo. La última comunicación la recibirá dentro de unos días. Para firmarla yo he encargado un brazo a París. ¡Y he pedido que le pongan una mano de acero!

30.000

ES LA CANTIDAD DE AUTOMOVILES

RUGBY

VENDIDOS EN LA REPUBLICA ARGENTINA HASTA LA FECHA

IMPORTADORES

DITLEVSEN & CIA LTDA
COCHABAMBA 54 BUENOS AIRES

En torno a la mesa de té, en la que, retirado el servicio, quedaba sólo el búcaro de cristal rebosando claveles, alguien pronunció esta sugestiva frase: "Amor".

Casi todos aquellos rostros bellos y juveniles esbozaron un mohín de escepticismo. Y una boquita sabiamente maquillada lanzó:

—¿Cómo! ¿Es que hay todavía quien crea en esas simplezas?

María Luisa, la anfitriona, fué posando en sus cuatro amigas la mirada penetrante de sus ojos negros y brillantes, que se redondeaban fácilmente de asombro. Vibró su naricilla fina, y sus labios inquietos pronunciaron con lentitud:

—¿Cómo! ¿Es que vosotras no creéis en el amor?...

Hubo una contestación única y una negativa única.

—Es decir — explicó la boquita roja —, en el amor que podríamos llamar sexual, después de haber leído a Marañón, si creemos. Creemos, ¿cómo no?, que las mujeres gustamos de los hombres, y viceversa, y que nos necesitamos unos a otros. En lo que no creemos es en el amor romántico, o lo creemos muerto, definitivamente muerto... Ya ves, se celebra ahora su centenario. El pobre Cupido ya no es más que un cadáver ilustre.

Y la boquita roja se ensanchó para dar paso a una ruidosa carcajada.

Las negras pupilas de María Luisa giraban graciosamente espantadas, y las manos gordezuelas y niveas, manos muy 1830, se cruzaron en trágico ademán sobre la curva del seno.

—¡Calla! ¡Por favor, calla!... ¡No blasfemes!... ¡Qué horror, una criatura de veinte años hablando así!...

Se revolvió en su asiento y dijo:

—Estáis equivocadas, nenitas. El amor, tal como se entendía hace un siglo, idealizado, purificado por una llama de sentimentalismo, más potente que la de los sentidos, el amor que Goethe pintó en "Werther", el amor del "Rafael", de Lamartine, no ha muerto, os lo aseguro; palpita aún entre nosotros. Lo que ocurre es que la frialdad y el materialismo le tienen acobardado.

—Hubo un segundo mohín de duda.

¿Queréis un caso? — prosiguió María Luisa. — Yo no le habría contado nunca...; pero... va a servirme tal vez para ganar cuatro almitas para el amor, y allá va:

"Bien veis todas que yo no soy, con mis ochenta kilos, una silueta "de hoy" precisamente; que casi nunca me pongo el corsé, que visto hasta el pie, que voy peinada "con moño" y tirante el pelo hacia atrás, y que en la cara sólo me doy, después de lavarme; un poco de polvos de arroz. Pues bien; aquí donde me veis, yo he inspirado una gran pasión hace poco más de un año. Y a alguien que venía a ser como la estatua viviente y simbólica de las costumbres modernas. A... un guardia del tráfico. Era, además, lo que podríamos llamar el arquetipo de guar-

No está todo perdido...

Por Sara Insúa

dia de la porra. Parecía arrancado de una película norteamericana. Alto, enjuto, facciones correctas, un poco duras, labios finos y una apostura intachable. Yo tenía que cruzar "su zona" cuatro veces al día para llevar a mi hija al colegio — y ya supondréis lo que significa para mí el cruce de una calle de gran tránsito —, y empecé a no-

hasta la portezuela. El "chauffeur" y el guardia se volvieron, y mientras el primero me explicaba: "Que no llevó el registro, por olvido, y tendré que pagar la multa", el segundo me miraba con sorpresa y — me pareció — con emoción. "¿Es de usted el coche, señora? — me preguntó. Y como yo asistiese: "Entonces váyanse uste-

CALLES VIEJAS

Para FRAY MOCHO

Me gustan las calles calladas y oscuras, mal pavimentadas, llenas de revueltas y de desniveles, las casonas grises de portalón ancho y blasón de piedra; las calles angostas en que los balcones y los saledizos aleros no dejan ver, allá en la altura, más que exigua franja del azul del cielo; en las que no suenan ni recias bocinas ni campanilleo de esquilas tranviarias; en las que semejan, aun en las primeras horas de la noche, rudas disonancias, pisadas ligeras. (Tal es su silencio, tal es su tranquilo ambiente de antaño, propicio al que sueña.) Y me gusta, sobre los arcáicos muros bañados de plata por la luna llena, ver que se recortan, con claros perfiles y como a manera de sombras chinescas, las torres y cúpulos de un templo ruinoso y los gatos clásicos de las azoteas.

Justo G. DESSEIN MERLO

tar que el guardia tenía galanterías conmigo nada comunes. Hacía parar los coches en cuanto me veía, aunque no hubiese más personas esperando, y lo verificaba con un airoso ademán en el que resaltaba cierta expresión que parecía decir: "He aquí mi poder; uso de él en tu obsequio". Encontraba esto gracioso, y lo recompensaba con una sonrisa de amable cortesía.

Un día ocurrió algo más significativo. Aquel trayecto que hacía yo siempre a pie, como ejercicio higiénico, lo efectuaba en coche, y ved qué casualidad: al llegar al cruce de mi guardia veo que éste se acerca al "chauffeur", empieza a hablar con él y a tomar notas en un "carnet". "¿Qué ocurre?" — pregunté adelantándome

des por calles poco céntricas... De esto, nada, señora... A su disposición". Le dí las gracias. No me atreví a darle una propina.

Volví a verle varias veces; en algunas cambiamos dos o tres palabras y en todas nos saludamos.

Al cabo de algún tiempo empecé a notar que se desmejoraba. Tenía unas ojeras profundísimas, las mejillas hundidas y la expresión angustiosamente triste. De pronto dejé de verle. Pasaron días. Una mañana, en el cruce, sentí que me tiraban suavemente, tímidamente, de una manga. Me volví. Era una viejecita pulcra y llorosa. "Señora — me dijo, — ¿se acuerda usted del guardia que estaba aquí hasta hace diez días? Uno alto él..." Hice un gesto afirmativo. "Pues

está muy enfermo — continuó la anciana, aumentándose su llanto —. Está muriéndose... Yo soy su madre, señora y vengo a pedirle un favor..." Abrió el bolso. Pero ella me detuvo con un ademán digno. "No es de eso, señora. Es algo que a usted no le costará nada..." Vaciló un momento. "Mi hijo, señora, sentía por usted... una gran admiración... Constantemente me hablaba de usted... Ya ve qué fácil me ha sido reconocerla... Ahora mi hijo se muere... Sigue hablando sólo de usted, y dice: "¡Si pudiese verla!..." Entonces, señora, yo me he decidido a venir a pedirle a usted... parece tan buena... que vaya a mi casa... Un instante solo, para que mi hijo se vaya sin ese deseo, que a lo mejor le impide pensar en Dios..." Yo permanecía perpleja, sorprendida aún por todo aquello tan insólito. La anciana insistió dulcemente: "Es una visita de caridad, señora, como tantas que hacen ustedes..." Tenía razón. ¿Por qué no ir? Era una obra de caridad. Seguí a la viejecita hasta la casa, hasta la habitación limpia y no exenta de comodidades del pobre guardia. Se moría verdaderamente, creo que de una afección cardíaca; pero al verme, su pobre rostro lívido se transfiguró. Yo estaba muy conmovida, y sólo después de transcurridos unos minutos pude decir, "¿Quiere usted que llamemos a un sacerdote?" A los pies de la cama, la madre, que sollozaba, ahogó una exclamación al oír el débil "sí" de su hijo, y poco después, mientras el moribundo confesaba, me dijo: "Ay, señora, gracias; yo no creía que su influencia fuese tan grande... Aborreía la religión, ¿sabe? Luego yo le encomendé el alma, y el guardia expiró dulcemente, con la última frase de las oraciones de los agonizantes. Tenía una expresión seráfica..."

María Luisa guardó silencio, y llevó a sus ojos el pañuelo, no sin fijarse, con disimulo, en que sus cuatro amigas hacían lo mismo.

La boquita roja habló:

—Verdaderamente, yo no podía figurarme que pudiesen pasar estas cosas... Parece un cuento del siglo pasado...

—Entonces ya no dudáis de que el amor desinteresado, sublime y puro aun existe en nuestros días.

Las cuatro jóvenes escépticas movieron afirmativamente sus bellas cabecitas rasuradas. Crefan.

Momentos después, a solas con María Luisa, le pregunté:

—Dime, ¿es cierta esa historia? Con una carcajada grave y armónica, como su voz, me respondió:

—¿Qué ha de ser!... Existe, sí, el guardia atento conmigo, nada más. Yo he forjado ahora este cuento para ablandar esos corazoncitos cristalizados. Lo han creído, ¿has visto? Pues bien; mientras las mujeres crean en el amor no está todo perdido...

Y con sus manos gordezuelas y niveas, muy 1830, María Luisa enderezó un clavel que languidecía...

ANECDOTA

El sucesor del duque de Vendôme, al tomar posesión de su gobierno de la Provenza, aceptó la bolsa con cien luises que, de acuerdo con el uso le fué presentada.

Algunos magistrados le advirtieron:

—Pero, monseñor, el duque de Vendôme, vuestro antecesor, la había rechazado.

—¡Oh! — respondió el nuevo gobernador — el duque era un hombre inimitable.



Dos razones tuve para entrevistarme, días pasados, con mi distinguido y viejo amigo el Escribano Nacional de Marina don Antonio R. Zúñiga, en su residencia de Hurlingham, hermoso pueblito, situado en la Provincia de Buenos Aires, sobre la línea del Ferro Carril al Pacífico.

La primera razón, o, mejor dicho, el primer objeto de mi visita era felicitar personalmente al señor Zúñiga, por su reciente triunfo literario en los Juegos Florales de Bolívar, donde obtuvo un importante premio, donado por el gobierno de Venezuela, a la mejor Monografía del Libertador Bolívar. Y el segundo propósito, era conocer "de visu", el observatorio astronómico, el gabinete de astrofísica y la biblioteca que mi amigo posee, en la localidad mencionada, y de paso, como quien no quiere la cosa, oír la opinión del inteligente cultor de Astronomía, acerca de la estrella "Nova Pictoris", la cual, según la prensa periódica, se ha partido por el medio, como si fuera un queso de Holanda.

Encontré al amigo Zúñiga trabajando afanosamente en una obra científica que piensa dar muy pronto a la luz pública, previo un ciclo de conferencias, con proyecciones luminosas y demostraciones gráficas, en la Sociedad científica alemana de esta Capital. Luego, entregará también a la estampa su obra titulada "Bosquejo histórico de la Astronomía Universal" que ya tiene también terminada.

—No sé cómo recibiría el mundo mi modesto trabajo, — me dijo Zúñiga, — lo que le puedo garantizar es que he laborado durante quince años consecutivos, para comprobar, materialmente y dentro de los límites de lo posible, la veracidad de las afirmaciones que me propongo publicar.

—¿Y su obra es un estudio de pura mecánica celeste? — le pregunté a mi amigo.

—Mi libro tendrá por objeto simplificar notablemente la explicación de lo que han dado en llamar "enigmas del universo": abarcará un estudio compendiado del calórico, la luz, la descomposición de los cuerpos naturales o la formación y pesantéz de los gases, el mecanismo de los sistemas planetarios, los movimientos de la Tierra, de los demás planetas, satélites y de los cometas, la inmovilidad de algunos cuerpos celestes, los fenómenos terrestres, vientos, lluvias, mareas, etc. Debo advertirle que las teorías que expondré difieren, en absoluto, de los principios que constituyen los sistemas de Descartes y Newton, y abrazan la universalidad de los seres naturales, — dijo mi amigo.

—Entonces, — le objeté, — esa obra puede abrir nuevos horizontes a las ciencias que se ocupan de analizar los hechos para buscar sin descanso la verdad.

—Es muy posible, — repuso Zúñiga, — yo no hago más que poner un grano de arena en las delicadas manos de la celeste Urania.

Después de este diálogo visitamos el gabinete de astrofísica, que se halla provisto de instrumentos de astronomía y geodesia, llamándose mucho la atención una importante colección de piedras y minerales, que se halla expuesta en

Nuestros hombres de estudio

Con el señor Antonio R. Zúñiga

los anaqueles y las vitrinas del gabinete.

—Por lo que miro también es usted aficionado a la ciencia de Buffon y de Linneo, — le digo a mi acompañante.

amigo sobre dicha estrella, contéstame lo siguiente:

—No participo de la creencia que tienen algunos de que la Nova Pictoris se ha fragmentado en dos partes, porque es necesario tener



Señor ANTONIO R. ZÚÑIGA

—Es un deber ineludible de todo el que se dedica a la Astronomía, conocer ante todo el planeta en que vive, — me contesta muy razonablemente.

Pasamos, acto seguido, a la cásula — cúpula que encierra el telescopio Zeiss, de 200 milímetros de abertura. Es magnífico. Sus cristales son de una pureza insuperable; lo pude comprobar cuando horas después, observé, con Zúñiga, la Luna, la gran nebulosa de Orión, algunos cúmulos estelarios notables, y por último, la Nova Pictoris, situada en la constelación circumpolar del Caballero.

Aproveché entonces la oportunidad para recabar la opinión de mi

presente que hay en los cielos estrellas múltiples, distantes entre ellas únicamente pocos segundos de arco, y las cuales confunden sus rayos luminosos como si fueran los de una sola estrella. Esta, observada con telescopios a propósito, se resuelve en dos estrellas distintas, que se dividen y desdoblán en sus dos componentes. No son, empero, las aludidas, dos estrellas que se ven en puntos muy próximos del fondo del cielo, puesto que entonces su multiplicidad sería solo relativa y aparente sino que, al contrario, aquellas forman un verdadero sistema de dos o más astros que giran uno en torno del



Vista del observatorio astronómico que el señor Zúñiga posee en su quinta situada en Hurlingham

otro, o alrededor de su centro común de gravedad.

Ahora bien: la Nova Pictoris fué vista por primera vez en el mes de Mayo del año 1925, en la ciudad de El Cabo; surgió de improviso, como acontece casi siempre en casos análogos con esos cuerpos celestes, y es muy probable que lo que se considera una fragmentación, no sea más que otra estrella que se va acercando a la Nova al describir su órbita alrededor de ella, de conformidad con lo que antes he dicho.

Por lo demás, estas clases de estrellas, como ocurrió con la de Hipparco, tienen un determinado y breve ciclo de luminosidad, la cual, el día menos pensado, decrece gradualmente, y luego se extingue sin dejar rastros en el firmamento.

A media noche me despedí de mi amigo y regresé a Buenos Aires, meditando, durante el viaje, sobre las diversas facetas que ofrece el talento de Antonio R. Zúñiga que es: Fundador y primer Presidente y actual Secretario de la Sociedad Astronómica Argentina, Miembro activo del Instituto Científico de New York, Doctor, "honoris causa" de la Escuela Superior libre de Ciencias herméticas de París, poeta laureando una cantidad de veces, historiador, novelista, etc.; y sin embargo, su nombre no brilla, como debiera, a gran altura, porque su modestia es muy grande, y considero, por mi parte, un deber patriótico sacarlo de la penumbra en que se empeña en vivir, para que sus compatriotas lo conozcan y aprecien sus méritos indiscutibles.

José M. OYUELA

El hombre es un espacio hueco

El cuerpo humano está compuesto en su mayoría de carbón y oxígeno y de que la densidad media del cuerpo humano viene a ser la misma que la del agua, podemos demostrar, que sólo una pequeña parte del volumen del cuerpo humano está ocupada por moléculas, y el resto de él es un espacio hueco.

Los átomos están íntimamente unidos en la molécula, y no hay que tenerlos en consideración; pero cada átomo se compone de un núcleo y de uno a ciento de electrones, todos de 1.100.000 en diámetros del átomo.

Si consideramos un átomo con un término medio de veinte electrones y un núcleo, tendremos que una parte en 50.000.000.000.000 del volumen del átomo está ocupada.

El cuerpo humano, por consiguiente, se compone de una parte de materia en 5.000.000.000.000.000.

Si las fuerzas ejercidas por los electrones y los núcleos fallaran repentinamente, un hombre quedaría convertido en un montoncito de electrones de menos de una milésima de pulgada de alto.

La gracias del amor y del engaño

Para FRAY MOCHO.

*

La mujer

Enmarañada selva de pasiones
que guarda el canto del amor divino,
en cuyas zarzas deja el peregrino
su corazón doliente hecho girones.

Hay en ella panteras y leones,
pájaros suaves de armonioso trino,
voces que llevan vientos del destino,
serpientes que envenenan ilusiones.

Selva así es la mujer: nunca escrutada
tan bien que esté a la vida revelada,
nadie en su canto misterioso fie;

no se puede saber lo que atesora:
si es un ángel perdido cuando llora,
o un demonio malvado cuando rie...

*

La estrella

Brilla en el cielo de la noche oscura
como lágrima eterna de la vida,
arrancada a la gloria prometida
para hacer más divina su hermosura.

Suprema idealidad de la ternura,
confidente del alma dolorida,
a los vencidos del amor convida
a milagrosos sueños de ventura.

¡Designio sabio que la vemos lejos!
Mejor que nos alienten sus reflejos,
sin que nunca lleguemos junto a ella;

porque a su lado el alma moriría,
viendo cómo en la noche nos mentía,
con luz prestada, la lejana estrella...

*

La flor

Es el beso primero de la cita,
tras la inquietud de la ardorosa espera;
paloma de la suerte mensajera,
cuando el amor la llama margarita.

Con sus encantos de mujer bonita
y su alado perfume de quimera,
simboliza la eterna primavera
que el ensueño del hombre necesita.

Al borde de la tumba se levanta
como una ofrenda candorosa y santa
que en el dolor clavara su alegría;

¡lástima grande que en el pecho abierto
de la mujer, como en el mármol yerto,
las flores vivan lo que vive un día!...

La esperanza

Cuando llegan los hados de los males,
como cuervos hambrientos a la orgía,
y asedian el amor y la alegría
para saciar instintos criminales...

en medio de las sombras nocturnales
en que se pierde la razón impía,
alza su luz, que a los senderos guía
de imposibles venturas celestiales.

La humanidad la sabe engañadora;
pero a sus plantas se prosterna y ora
por el ansiado bien que no se alcanza;

más allá de la muerte la adivina,
y con ella en la vida se encamina,
cual si fueran las dos una esperanza...

Al sueño

Impalpable secreto en que se aduna
la noción del espíritu y las cosas:
tú eres hijo nacido de las rosas
en divino connubio con la luna.

Angel que entre las sombras nemorosas
bendices a los niños en su cuna.
Padre de las ideas milagrosas...
Señor de la grandeza y la fortuna.

A tí, que todo, como Dios, lo puedes,
y que llenas mi vida de mercedes,
que no se cumplen, sin hacerme daño,

para tu altar, de mística utopía,
ofrendo, con devota pleitesía,
las gracias del amor y del engaño...

Godofredo LAZCANO COLODRERO

A Toda Edad



Qué hacer para no toser?
Tener siempre a mano una caja de
Pastillas Iodeína
Montagu

A diferencia de lo que sucede con las muchas pastillas pectorales, que en su mayoría no pasan de ser simples bombones de confitería, la pastilla de Iodeína Montagu es un verdadero medicamento aunque, por excepción, agradabilísimo.

Calma la tos de modo maravilloso, hace desaparecer de la garganta la comezón e impide la irritación de los bronquios, hace más fácil la respiración y favorece, agotándola luego, la expectoración.

ES muy buen remedio para Resfrios, Ronquera, Bronquitis, Ahogos, Asma, Enfisema, Tuberculosis, Catarros de los ancianos, etc.

Montagu 49, Bd. de Port Royal - París

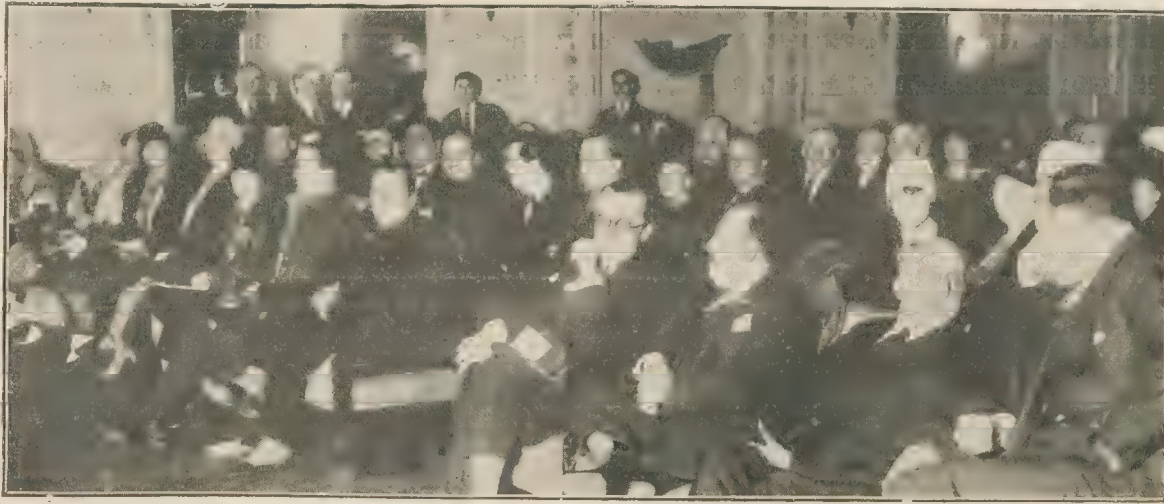
DEPOSITO GENERAL:

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida - Bs. Aires

CENTENARIO DE FRAY LUIS DE LEON



La señora del Embajador de España don Ramiro de Maeztú, acompañada por las Sras. Elvira N. de Beltrán y Sara T. de Bacigalupo, el Edecán del Presidente de la República, el Ministro doctor Sagarna, el Embajador de España, el Embajador de Méjico Dr. Reyes y el Cónsul General de España D. José Buigas y Dalmau, escuchando la brillante conferencia que sobre "Fray Luis de León" dió don Oscar R. Beltrán, en el Círculo de Salamanca. — A la derecha: el Dr. Isarria Miranda disertando sobre "La perfecta casada".

ESTACION AERONAVAL CIVIL "BUENOS AIRES"



Con asistencia del ministro de Marina, almirante Domecq García y del director del Servicio Aeronáutico Naval, capitán de fragata Gregores, inauguróse en el antepuerto norte la estación "Buenos Aires". — A la izquierda: el ministro de Marina y el coronel del arma aeronáutica italiana, teniente coronel Ernesto Colombo. — A la derecha: el almirante Domecq García y la señora Delia Crispo de Ortiz Machado, que actuaron de padrinos de la ceremonia, escuchando la alocución de monseñor Napal, vicario general de la armada.

En honor del señor Rossi



Concurrentes a la comida servida en el Majestic Hotel, en honor del señor Bartolomé Rossi, contador general de los Ferrocarriles del Estado, con motivo de su retiro de dicho cargo.

Demostración al señor Tomasi



En ocasión de su partida para Italia, el señor Ettore Tomasi, fué objeto de una demostración por parte de los miembros de la comisión directiva del Club Italiano, consistente en un banquete servido en la mencionada institución. — El obsequiado y los comensales.



Banquete al concejal señor Gandulfo



Un numeroso grupo de amigos y vecinos de la sección primera, ofreció un banquete al concejal señor Martín Gandulfo, acto que tuvo lugar en el Hotel Comercio Larre. — Vista parcial de los comensales que asistieron al acto.

Juramento de la bandera por los conscriptos de la armada



En el Arsenal Buenos Aires llevóse a cabo la ceremonia de la jura de la bandera por los conscriptos de la armada de la clase de 1907. — A la izquierda: los conscriptos navales recientemente incorporados, desfilando ante la bandera en el momento de la jura. A la derecha: el teniente de navío Bravo, jefe del batallón de marinería, pidiendo el juramento a los conscriptos con el ritual de práctica.

Conferencia patriótica en la Escuela de Policía



El asesor letrado de la policía de la capital, doctor José Ignacio Olmedo, pronunció una conferencia, de índole patriótica, en la Escuela de Policía Coronel Ramón L. Falcón. — A la izquierda: el jefe de repartición señor Wright, acompañado del alto personal de la institución y del conferenciante, después del acto. — A la derecha: el doctor Olmedo durante su disertación.

BIBLIOGRAFIA



Señorita María Angélica Méndez Caldeira, autora de "La gruta de las perlas", libro de cuentos instructivos, aprobado por el Consejo Nacional de Educación.

NOMBRAMIENTO



Nuestro compañero señor José Mauricio Peixoto, recientemente nombrado por el P. E. profesor de estenografía en la Escuela Nacional de Comercio Anexa al Colegio Manuel Belgrano.

NOTA TEATRAL



Cuadro tercero de la obra titulada "Romance Federal", original del señor José A. Saidías, representada con éxito por el elenco que actúa en el teatro Nacional.

De Tucumán



El nuevo gobernador de la provincia de Tucumán ingeniero Sorthel, leyendo su programa de gobierno, ante la asamblea legislativa, después de asumir el mando de dicho estado argentino



PERIODISMO



Doctor Emilio Bottini, nombrado para prestar asistencia médica al personal de nuestro colega "Atlántida"



ENLACES. — Señorita María Justa Palacios con el señor Carlos G. Fianza Holmberg

SOCIALES



Señorita Julieta Angélica Oyuela



Señorita Zelmira María Cobos con el doctor Roberto Caravias Vera



Señorita Mercedes Forn con el doctor Armando Trabucco



Señorita Carlota Guthmann con el teniente Enrique R. Rosenthal



Sta. María Elena Senillosa con el doctor Steffens Soler



Héctor Angel, Norberto y Alfredo Dinegro



Martha Haydée Rocca



María Carmen Bertolini



Señora Elida Rico de Luna y su hijita



Adelfa América Tenaglia



Emma Lima



Raúl Alberto Torriti



Aldo De Toffoli

Gente menuda



La desgracia de Cloriceo

Por Manrique Balboa Santamaría

Se estiran juntos desde la picada, el arroyo barrancoso y el camino bordeado de espinillales.

A la legua de distancia gambetea la culebra de agua y se vuelca a la derecha, y junto con ella se va el pajonal y el monte dejando la calle repechando un abra cubierta de flores de perdiz y rojas margaritas.

Varios ranchos se echan a un lado y otro del camino: están recién techados; ostentan colores de cielo hasta que llegue el invierno con sus garúas y mortecinos soles y torne el verde de las pajas en colores de mal tiempo.

La aparición de ranchos aislados es indicio de pueblo cercano. A las veinte cuadras, precisamente, se levanta una población cuyo origen le dió aquellas célebres caballadas de reserva que formaba el General Urquiza en diferentes puntos de la provincia cuando su ejército en persecución del General Paz, se dirigía a Corrientes.

Se empezó por hacer ranchos para los cuidadores de la animalada, y después ya apaciguada la provincia y desparramada la provisión de potros, quedó plantada una población que con el andar del tiempo se le llamó "Pueblo de las yeguas grandes", y hoy tiene ferrocarril e importantes colonias, cuyo nombre se cambió más tarde por el de "Villa Federal".

Peró dejemos a un lado los orígenes de esta aldea y vamos a entrar de lleno al episodio que nos ocupa.

Vivía en uno de los ranchos próximos al "Pueblo de las yeguas grandes", un antiguo vecino y fundador de la aldea; muy anciano ya, tronco rugoso y doblado por los años vividos, pero con el alma fresca. Unida a él desde hacía más de medio siglo, le acompañaba una anciana de su misma estirpe y de su edad, pero más ágil que él, y de temperamento altanero.

Había dejado numerosos vástagos. Unos se habían ido a rodar tierra, como vulgarmente dice el criollo. Otros, hicieron vivienda alrededor del viejo rancho de su padre. Eran todos muy unidos se ayudaban mutuamente unos a los otros. De su majadita, el pobre viejo les había repartido por partes iguales a los hijos mayores para que trabajaran.

El mayor de ellos se había amigado con una moza que trajo de otros pagos lejanos, y que le costó muchas galopeadas y malos ratos el conquistarla; pero, al fin vivían tranquilos en su rancho hecho de paja y terrón.

El nido era gaucho, daba la puerta para el lado que se inclinaban los pastos y le servían de sombra pintorescos arguaribays y floreidas madresevas.

Su mujer era una de aquellas morochas que cantan y ríen cuando

las calandrias trinan y aletean en la copa de los árboles a la hora que el sol asoma. Sus ojos renegridos se cierran en suspiros al echar la cabeza hacia atrás para arreglarse la lacia y abundante cabellera que hace flotar en las brisas perfumadas de las mañanás. Era todo amor y encanto; el carmín de sus mejillas disputaba la roja vestidura de los ceibos, y sentíase vivir y volcaba su alma de poeta en canciones y deseos de placer cuando se sentía atraída por el vibrar de la prima de una vihuela o los preludios de un estilo.

En cambio su compañero tenía la agradable suavidad de la piel de tigre. Corpulento, bonachón, lindo gaucho; jamás salió a una reunión de carreras, si su cinto no iba bien repleto de dinero y su pingó arreglado en forma, que si bien no arrastraba el "chapiao" del apero porque su fortuna era escasa, en cambio el tuse y la cola cortada a la altura del garrón, le daban sencillez y elegancia a su azulero de barriga levantada.

Era hombre que sabía serenarse en las turbias marejadas de la vida. Prudente; muchas veces las circunstancias lo habían obligado a tramarse en pelea con dos y tres a la vez. Muchas ocasiones vió venir el hachazo que había de partirle la frente y lo supo atajar con tranquilidad y maña. Ya se había probado y se sabía valiente. ¿Qué más había de pretender? Tenía mujer bonita, goza fama de honrado y corajudo en su pago, era trabajador y por supuesto, jamás le faltó plata en el cinto.

En los ratos de ocio, pulsaba la guitarra que siempre estaba dispuesta atravesada a los pies de la cama y cantaba sin preocupaciones inspirándose en estilos y vitalitas. Era un paisano feliz, llamábase Cloriceo Contreras.

Un domingo después de una farra en las pulperías del pueblo, llegó Cloriceo a su casa en compañía de un amigo que había conocido en sus andanzas por lejanos pagos. Le presentó su mujer y le ofreció su casa. Los vínculos de la amistad se estrecharon más y aquella tarde conversaron de muchas cosas, mientras Laudelina su compañera; hacía tortas fritas para obsequiar a la visita, además del mate amargo.

El mozo no era mal parecido, venía bien montado y traía un poncho de vicuña doblado sobre el hombro izquierdo, cuyos flecos llegaban hasta la caña de la bota. La vaina de su facón dejaba asomar por debajo del saco, la punta floreada en plata.

Mientras los caballos mosqueaban bajo la enramada, los dos amigos en compañía de Laudelina, tomaban mate y conversaban acariciados por las sombras de los ceibos del patio. Para amenizar la rueda el forastero pidió una guitarra y cantó; también mostró su habilidad Cloriceo para no ser menos. La voz del forastero era más dulce, y movía mejor los dedos en la vihuela, tal vez fuera su oficio. Entre canciones y estilos los tomó la caída de la tarde.

Contreras lo invitó a desensillar y quedarse, mas él no aceptó, pretextando un compromiso contraído en el pueblo, pero prometió volver.

Momentos después se alejaba al galopito tarareando una canción que interrumpía por segundos para azuzar a su flete en algunas curvas del camino, llevando la imagen en la vista de aquella morocha joven que le brindara los mates debajo del ceibo en flor. Se había olvidado del amigo, solo pensaba en su linda mujer.

No dejó de llamarle la atención a Laudelina la visita del cantor que dejó una honda impresión en su alma. Es claro, su espíritu no era para vivir tan huérfana de alegrías, cuando faltaba su marido quedaba en compañía de su perro predilecto "Jazmín" y de sus guachitos para entretenerse. También solía hablar con tres cotorras, al mismo tiempo que se le subían por los hombros zorzales y calandrias guachas.

Solía cantar a la salida del sol mientras pisaba el maíz para la mazamorra, y su cabellera suelta flotaba al viento perfumado.

Su alma coqueta aspiraba nuevas impresiones, quería más materialismo, no tenía la bondad y tristeza de los claveles del aire, al contrario era picante y fraganciosa como la flor de menta.

Cloriceo la solía dejar sola desde el día sábado hasta el lunes casi todas las semanas; le gustaban las carreras, las reuniones duraban cinco y ocho días. Es claro, la confianza que tenía en Laudelina era mucha por eso la dejaba sola; pero sí, abundante de todo.

Verdaderamente hay mujeres que son distintas de las arañitas cazadoras que tienden sus redes de tela de renuevo en renuevo para atrapar al bichito de luz que conñado viene volando por los claros de la arboleda.

Ellas se dejan cazar con el que les tendió la red porque quisieron y les gustó.

Uno de esos domingos en que Laudelina quedaba sola, llegó el amigo de Cloriceo a cumplir con la promesa que había hecho de volver nuevamente. Pero él sabía que Cloriceo no estaba en la casa; otro interés lo llevaba que no era el de ver a su amigo.

Ella lo recibió risueña y atrayente como acostumbraba. En un costado de la cabeza ostentaba un clavel encarnado. Vestía toda de celeste.

Era de tardecita. Lo hizo sentar debajo las madresevas que cubrían el mojinete del rancho, junto a la jaula donde cantaban los cardenales para brindarle un mate amargo, y mientras tanto para no dejar de atenderlo, le hablaba desde la puerta de la cocina de las cosas del pago, al mismo tiempo que se cambiaban miradas apasionadas como si aquellas dos almas fueran impulsadas por algo poderoso que ellos desconocían.

El, fingiendo entretenerla, pidió la guitarra, y para cuando ella ya venía con su primer mate, él había empezado un estilo en que decía de sus penas y aventuras en las largas andanzas por tierras lejanas.

Ella lo esperó parada junto a su banquilla hasta que terminó el cantor su lamento gaucho. Luego exclamó Laudelina:

—¿Qué lindo! Sirvase un amargo.

Nada dijo el trovero; tomó el mate con tristeza, mientras afirmaba en la pierna izquierda la vihuela. De dos sorbos acabó el mate.

—Se ha enfriado —dijo Laudelina y se alejó con el mate de plata y oro.

Volvió el enamorado a hacer otros acordes, pero fué interrumpido por Laudelina que le alcanzaba el segundo amargo.

—¿Y por qué no volvió a cantar?

—Pa tener el gusto e tomar un lindo mate e sus manos.

—Sí, ¿e no, que ese va ser su gusto; de otra, tal vez.

—Ustedes siempre son desconfiadas cuando ven que uno las quiere y es capaz e perder la vida por un cariño.

Nada dijo Laudelina y se alejó para volver nuevamente antes que se enfriara la conversación.

Muy capaz era la criolla de haberse olvidado de su fiel marido ante las gracias y piropos del forastero cantor que venía de pagos lejanos y que contaba tantas aventuras y desgracias de su vida de trovero y paladín de la selva.

Entre miradas amorosas, canciones e insinuaciones interesadas que por instantes le hacía el forastero, se les pasó la tarde, y el hombre volvió a despedirse prometiendo volver.

Cuando vino Cloriceo, nada de esto le contó su mujer, ni él tampoco lo supo.

El trovero volvió varias veces más, pero ya llamaba la atención de los vecinos, y se empezó a murmurar en el pago de que Laudelina le era infiel a Cloriceo. Llegó hasta oídos del viejo Contreras las visitas que el cantor hacía a la casa de su hijo cuando éste no estaba. Gruñó el anciano, se agarró la barba, pero nada dijo a su compañera, porque las cosas de hombres hay que arreglarlas entre hombres y no entre polleras.

Un día lo mandó llamar a su hijo y como nunca, lo invitó a salir a recorrer la costa. Cloriceo creyó que era algo de la chochez del viejo y por lo tanto había que darle el gusto. Pero se equivocaba, su padre no había perdido nada de aquella envoltura criolla de sus viejos tiempos de reñidos entreveros.

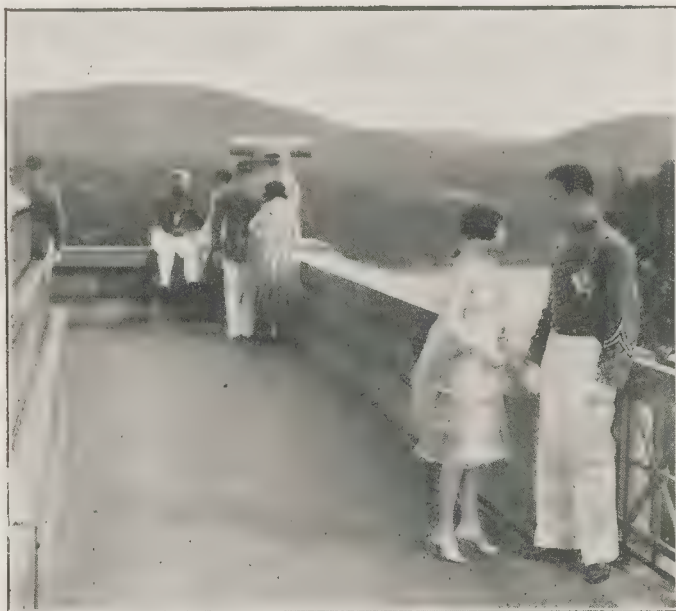
Orillaban la punta de un cañadón cubierto de floreidas achiras, cuando su padre le dijo:

(Continúa en la pág. 35)

Actualidades cinematográficas



Eugene O'Brien y Gladys Hulette en "Amor o vanidad", cinta Extra Arte que la Corporación estrenará el domingo próximo.



William Boyd y Bessie Love en "El cadete de West Point", que Glucksmann exhibe desde el viernes último.



Ninna Vanna, protagonista de "Lo que las hijas ocultan a los padres", próxima extraordinaria de la New York Film Exchange.

LAS PELICULAS

EXTRA ARTE (1928)

SON LAS MEJORES

¡No deje usted de verlas!

Estrenos del mes de Junio:

AMOR O VANIDAD

Con Eugene O'Brien y Gladys Hulette.
Estreno: domingo 3 de junio.

Esposas Inconscientes

Con Majorie Daw, Theodore Von Eltz y Raymond Hitchcock.
Estreno: Domingo 10 de junio.

Vestidos Vanidosos

Con Johnnie Walker y Gertrude Astor.
Estreno: domingo 17 de junio.

El Paraíso Terrenal

Con Charlotte Stevens, Henry B. Walthall y Pat Artigan.
Estreno: domingo 24 de junio.

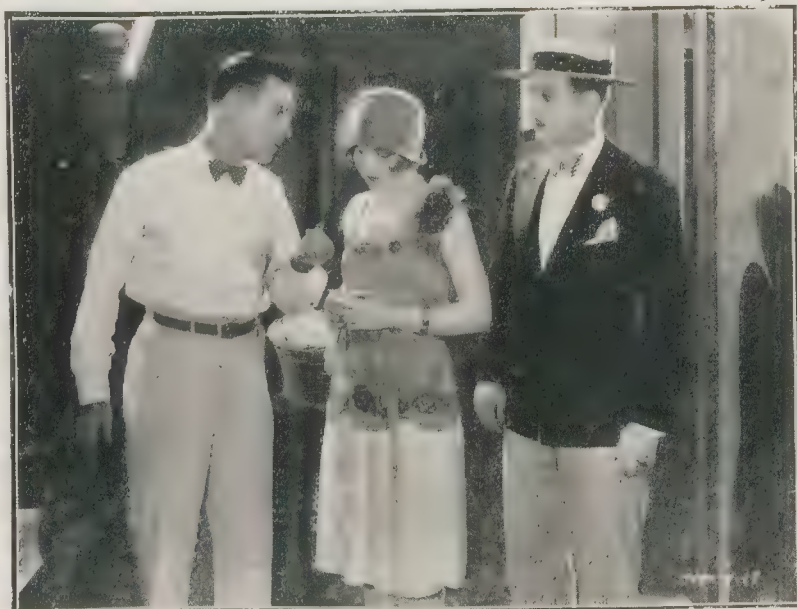
CORPORACIÓN ARGENTINO AMERICANA DE FILMS



Majorie Daw y Theodore von Eltz, protagonistas de "Esposas inconscientes", film Extra Arte que la Corporación estrenará el 10 del próximo.



May Mac Avoy y Conrad Nagel en "De segunda mano", film Ajuria que la General exhibe desde el último sábado.



Escena de "¡A vestirse, señoras!", que interpretan Earle Foxe, Virginia Valli, Laurence Gray, y que la Fox estrenará pasado mañana.



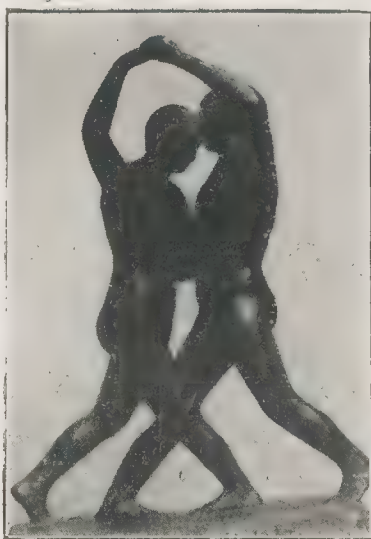
Marion Nixon, George Lewis y Hayden Stevenson en "El amor vela", producción Jewel que la Universal estrenará hoy.

Un escultor argentino en Nueva York

La exposición de Angel María de Rosa



"FONTANA"



"BAILARINES"



El escultor argentino Angel María de Rosa



"PUDOR"



"PILLUELO"

En los salones del "Art Centre" en Nueva York, el escultor argentino, Angel María de Rosa, ha expuesto, casi contemporáneamente con Quinquela Martín, un conjunto de veintinueve esculturas, casi todas ellas en bronce. Artista de positivos méritos y poco conocido aún entre nosotros, no es la primera vez que afronta el veredicto extranjero, pues ya expuso muestras que le valieron calurosos elogios en salones de Roma, Barcelona y París; y su obra "La Visionaria" conquistó un premio en el Salón Argentino de la Exposición de California. La escultura de de Rosa es de una plasticidad eminentemente clásica y llena de un contenido poético que es, quizá, su rasgo más característico. En la "Sonrisa enigmática", uno de sus últimos trabajos, se pulsa, además, la penetración psicológica de su arte, y no es aventurado vaticinar un anchísimo porvenir a quien tiene, como de Rosa, un talento creador tan sobresaliente.



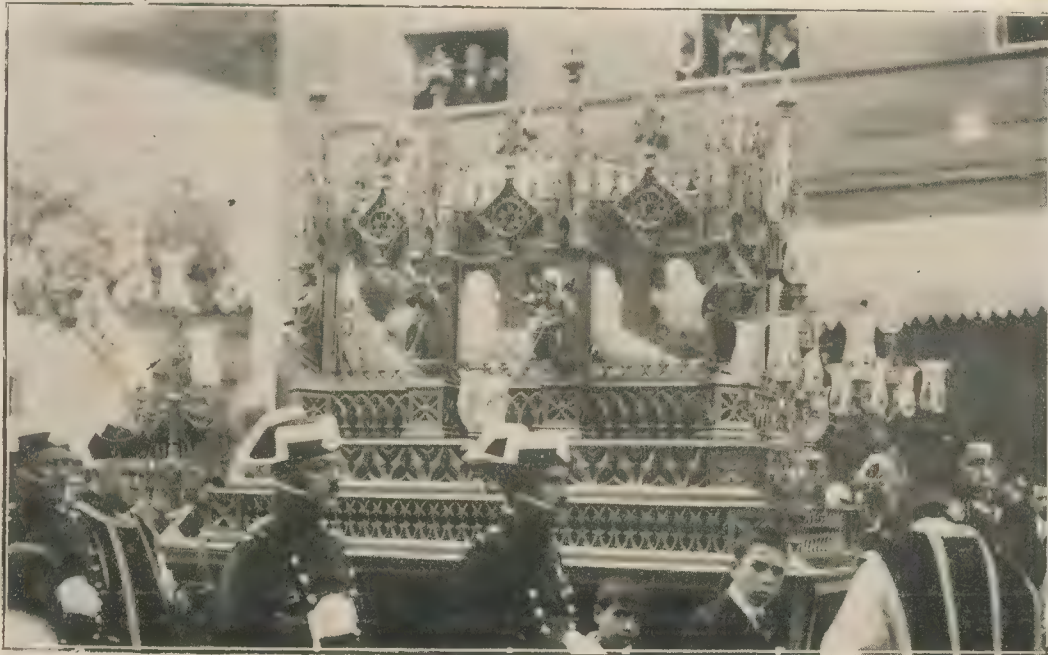
"CARGADOR"



De Washington.
Almuerzo en honor
del doctor Martínez
Zuñiga.

Ofrecido por el doctor L. S. Rowe, director general de la Unión Panamericana, sirvióse, en el edificio anexo al palacio de dicha institución, un banquete en honor de nuestro compatriota, el prestigioso escritor, doctor Gustavo Martínez Zuñiga. — Primera fila, de izquierda a derecha: Dr. Lucius C. Clark, canciller de la American University; señorita Isabel K. Macdermott, editora y gerente del Boletín de la Unión Panamericana; el novelista argentino, doctor Gustavo Martínez Zuñiga (Hugo West); Dr. Felipe A. Espil, encargado de Negocios de la República Argentina; Dr. John C. Merriam, presidente de la "Carnegie Institution of Washington"; señorita Heloise Brainerd, Jefe de la División de Educación de la Unión Panamericana; Dr. Vernon L. Kellogg de la National Research Council; (Consejo Nacional de Investigaciones). — Segunda fila, de izquierda a derecha: Dr. Henry Grattan Doyle, de la Universidad de George Washington; Dr. Thomas H. Healy, decano auxiliar de la Escuela de Servicio Extranjero de la Universidad de Georgetown; Dr. L. S. Rowe; Dr. John J. Tigert, comisionado de Educación; Dr. C. E. McGuire, del Instituto de Economía; Dr. Harold G. Moulton, director del Instituto de Economía; señor Franklin Adams, consejero de la Unión Panamericana.

LA SEMANA SANTA EN CANARIAS



Uno de los pasos de la procesión del Santo Entierro, atravesando las calles de Las Palmas (Gran Canaria), durante los cultos de la pasada Semana Santa, realizados con gran brillo en la mencionada capital.



La imagen de Cristo, obra del escultor canario Luján Pérez, formando parte de la procesión del Jueves Santo



La Virgen de los Dolores, escultura del mismo artista, que también fué exhibida en dicha ceremonia religiosa



El intendente municipal de Las Palmas, don Salvador Manrique de Lara, acompañado por las demás autoridades locales, presidiendo la procesión del Santo Entierro

De SAN LUIS



Homenaje a la memoria del coronel Pringles.—Alumnas de las escuelas depositando flores en la tumba del héroe.



Autoridades locales y alumnas de las escuelas normales, rodeando el monumento del coronel Juan Pascual Pringles, durante el homenaje que se le tributara con motivo del 133.º aniversario de su nacimiento.



La profesora señorita María Inés Francini, pronunciando una oración patriótica, en el acto del homenaje rendido a la memoria del coronel Pringles.

Sabré algún día el final de aquella pequeña novela presentida, mas bien adivinada que conservada, creada acaso por mi fantasía de soñador melancólico. ¿Lo llegaré a saber? Después de todo, ¿qué me importa? Sin embargo, ocurreme que a veces pienso más en ella que en los mismos acontecimientos de mi propia vida, cuando la estación del año es triste, como ahora, y cuando reina el otoño en nosotros y fuera de nosotros, en el cielo de las alturas y en ese cielo íntimo del ensueño, que tiene también su azul, como el otro, y sus nubes... Entonces, y tan perceptiblemente como si datara de la víspera, vuelvo a ver el primero de los tres encuentros que sirvieron de boceto a mi imaginación...

Iba yo a Alemania a oír una serie de óperas de Ricardo Wagner, y como no me apremiaba el tiempo, había decidido realizar la excursión por jornadas. Mi primera etapa era Nancy, en donde quería ver el cuadro de Delacroix que representaba la muerte del Temerario. Pronto vi el cuadro, luego el Museo y crucé la bonita plaza de verja dorada, con sus palacios, sus fuentes, su estatua, su tranquilo silencio, para entrar en el verde jardín que la termina y que en el atardecer era un oasis de frescura deliciosa. No había casi nadie en aquel rincón del parque; pero, aunque bajo los árboles y a lo largo del verde césped hubieranse aglomerado una multitud compacta, no creo que me hubiesen pasado inadvertidas las

dos personas de quienes en este momento me acuerdo, con el punzante interés que en general sólo inspiran las caras familiares. Cien veces han aparecido y reaparecido en la intimidad de mi ilusión aquellos dos rostros, sobre todo uno de ellos...

De las dos personas que encontré en una alameda de aquel tranquilo jardín, una era mujer, y un hombre joven la otra. La mujer, morena, graciosa y delicada, llevaba uno de los vestidos de viaje que indican a primera vista la clase social de quien posee el secreto de ser bonita hasta en el espejo de una fonda, mal que le pese a Alfredo de Musset.

Hay un arte de sencillez refinada, que sólo sabe y sabrá practicar una gran señora, en tanto que haya burguesas y grandes damas, es decir, siempre. Esta llevaba un traje de tela inglesa a cuadros, con una especie de chaqueta que apenas le dibujaba el talle, y una capota del mismo tono, sobre la masa apretada de sus oscuros cabellos. El cuello alto, la corbata

UNA DESCONOCIDA

Por Paul Bourget

larga, los guantes bordados y unos diminutos zapatitos acababan de darle una fisonomía algo masculina, que le sentaba aún mejor por el encanto femenino que de sus labios y su sonrisa se desprendía. ¡Oh, aquellos ojos, que eran por sí solo la más cautivadora, la más misteriosa de las novelas! Aquellos ojos de mujer amante fueron, precisamente, los que me obligaron, casi a pesar mío, a seguir a

tando adivinar qué misteriosa cita los había llevado a aquel jardín provinciano. Véase que pertenecían a una clase acomodada, a una vida opulenta y superior.

Por el timbre de la voz de ella, que oía yo a intervalos, la hubiera tomado por una inglesa; pero, ¿cómo juzgar de la nacionalidad de una mujer de su edad, cuando forma parte de esa sociedad europea en que tanto se confunden las

me refiero se apoyaba en una mano enguantada? ¿Dónde aquellos ojos hermosos? ¿Dónde aquella cabellera? Pero la negra cabellera había encanecido por mechones y los ojos estaban cercados por amoratadas ojeras y el noble perfil conservaba huellas de penas por mucho tiempo soportadas, y la boca amarga no debía ya abrirse a menudo con sonrisa de dicha, como años atrás.

Sí, era ella, en efecto, y a pesar de los estragos de los años y no obstante la expresión de laxitud impresa en sus facciones todas, reconocí, bajo el sombrero caído, aquel rostro de mujer que con tan complaciente mirada siguiera yo bajo la capotita de viaje de color de aquel vestido.

Pero, ¿con quién estaba en aquel palco de un teatrillo a donde hubiera ido dos meses antes, si fuese verdadera parisiense?

Examiné con singular curiosidad al hombre que la acompañaba, y que parecía ser su marido. Si no era su esposa, era, con seguridad, una mujer que le dejaba completamente tranquilo e indiferente. Con los codos en la roja barandilla del palco y con el torso moldeado por la levita, también él enfocaba de vez en cuando los gemelos hacia la sala, formulaba alguna observación e inclinándose luego hacia atrás se acomodaba indolentemente en el sillón, bostezaba, sin tomarse siquiera la molestia de taparse la boca con su manaza.

Como nadie fué al palco en los entreactos, me afirmé aún más en la creen-

cia de que eran forasteros, y como la mujer estaba tan triste, como parecía tan abrumada, tan ajena a toda gloria, yo que la había visto tan embelesada y satisfecha, pensé involuntariamente en el joven a quien en otro tiempo me pareció que ella amaba tanto y que debía ser su novio.

¿En dónde estaba él? ¿Qué hacía? ¿Había muerto? ¿Se hallaba ausente?

¿Era infiel? ¿Existiría entre ellos la inevitable separación del sepulcro o bien la de la voluntad, más cruelmente aún?

No; no fué ella la primera en dejarle; no tenía, ¡ay! edad para ello, y, sobre todo, no era su alma propensa al abandono. Sus ojos mentían maravillosamente, si no era constante y segura. Me complacía en evocar la novela esbozada cuatro años antes por la fantasía. Llegaba a los últimos capítulos, los de la ruptura, en donde todo fué alegría del corazón se trueca en martirio. Adivinaba el período horroroso en que el enamorado espera y desespera alter-



los dos paseantes, o mejor dicho, a seguirla a ella. Ojos vivos, de cuyo color no me acuerdo, porque sólo vi de ellos la mirada. Impregnábalos una felicidad que irradiaba por todo el rostro y acababa de hacerse visible por una sonrisa de divina dulzura, por un abandono de todo su ser en el modo de andar.

Iba apoyada en el brazo de su compañero, y sentíase que cada movimiento que ejecutaban juntos, comunicábase a ella una tierna emoción.

Ya no era muy joven, y aunque su belleza se conservaba entera, la sola expresión de sus facciones bastaba para mostrar una indiferencia de cerca de diez años entre ella y aquel a quien parecía amar tanto, y que era ya hombre de veinticinco. El era, a su vez, de aspecto simpático, delgado, un tanto pálido, y estaba como agradecido de ser amado de aquel modo. Tenía delicados ademanes; sus ojos y su sonrisa correspondían a los ojos y a la sonrisa de su amada. Caminaban, y yo los seguía inten-

más-extremadas diferencias de razas?

Cuatro años habían transcurrido desde entonces, cuatro años durante los cuales había yo visto muchas fisonomías humanas y tomado parte en las vidas íntimas de muchas almas, presa de esa extraña curiosidad de la sensación del prójimo que se exalta con el tiempo en vez de apaciguarse.

Aquella noche me hallaba yo en París; sentado en una butaca de orquesta de un teatro, y durante el entreacto, registraba con mis gemelos toda la sala. Se daba la quincuagésima representación de una opereta en boga, y en aquel teatro de verano no veía una sola cara conocida, acerca de la cual pudiera dar un nombre y señalar algún carácter... Y he aquí que mis gemelos se detienen en un palco donde estaban solos un hombre y una mujer: el hombre, de unos cincuenta años, pesado, macizo y de cara brutal; pero la mujer... ¿Dónde había visto yo aquel perfil, que en el instante a que

nativamente y en que la novia no sabe confesar ni ocultar la transformación de su cariño. Con la historia de una de semejante agonía compuso Benjamín Constant el "Adolfo". La leonor de su terrible novela tiene dos alegrías en su desesperación y puede morir de ella, mientras que las Leonores del mundo continúan viviendo.

*

La observación tiene sus felices y sus desdichados azares; con más frecuencia los primeros, porque el siempre tiene los ojos abiertos recoge toda clase de detalles invisibles para la mayoría de los transeúntes de la vida, tan semejantes a los transeúntes de la calle, por su diferencia y su falta de curiosidad. ¡Si habré perdido horas en el rincón, sentado ante una mesa de fonda, de pie en la acera de una calle, en fin, dondequiera que el animal humano se deja ver! ¡Si habré perdido horas en descifrar lo mejor que me era posible el carácter y el destino de personas de quienes nada sabía, a no ser por el aflujo de la sangre a sus mejillas, la contracción de sus labios en una sonrisa y de sus párpados al pestañear, su metal de voz, sus labios en una sonrisa y de sus párpados al pestañear, su metal de voz, sus movimientos y sus vestidos!... ¿Perdido? A veces, sí; a veces, no; y seguramente me inspiró mi genio bueno cuando, tres meses ha, empecé a pasear por el bosque de que va de Boloña o Folkestone, en vez de contemplar el mar. Y, sin embargo, ese mar tranquilo era de un azul claro, divino y suave, que tiene sus mejores días y que contrasta con el azul suave, pero muy claro, del cielo. Iba ya o Inglaterra, y ya el puente del vapor me anticipaba el sabor local de las estaciones londinenses, por la singularidad de los vestidos, por la tez colorada de algunos pasajeros. ¿Con cuántas copas de Oporto habrán adquirido ciertos súbitos de su Majestad británica el rojo ardor de todo su rostro?

Precisamente al lado de uno de estos caballeros que asemejan la estatua viva y ambulante de la apoplejía, tropieza mi mirada y le reconocí al punto—con el joven del parque de Nancy, el antiguo enamorado de la dolorosa forastera que vi noches antes en el teatro. Apenas había variado, a pesar de haberse afeitado el bigote; conservaba la misma elegancia de actitud y de modales; pero los ojos, los hermosos ojos de la paseante del jardín verde ya no estaban allí para acariciarle de continuo. Una mujer, sin embargo, estaba junto a él, joven, rubia y bella, pero con esa belleza que procede de la edad y tras la cual trasluce ya la sequedad futura y la dulzura de la fisonomía. Sus ojos eran azules; pero si los ojos azules son los más bellos, son también los más fríos, y los suyos eran laciales. Ambos estaban apoyados en la borda del buque y miraban hacia un objeto lejano. ¿Pasaría alguna vez por las pupilas de aquella mujer el destello luminoso de la emoción íntima?... En aquel momento, tanto los ojos como la mujer permanecían insensibles a la atención del joven, que se veía que estaba muy prendado de su compañera. Le hablaba con una preocupación de complacerla, que apenas la obligaba a ella a distraerse de sus pen-

CUENTOS ALEGÓRICOS CLARO DE LUNA

La plateada Selene, rielaba quedamente camino del alto cenit, escondiéndose a huriadillas tras las nacaradas volutas de los nimbos y cada vez que su fulgurante rostro asomaba, por entre los nubosos claros, enviaba su lampo de argentea lumbré sobre la luz de la tierra bañando, con su polvo de plata encendido, las sierras, los valles y las selvas, penetrando el claro reflejo hasta el fondo mismo de las malezas; llevando a ras de tierra, bajo las perlas y las setas, una leve onda luminosa que ponía en movimiento emocionado a todo el microscópico mundo que vive y braga por la existencia, bajo las diminutas y tiernas ramitas, las débiles briznas y las humildes piedrecillas.

Y aquel ritmo de sombras y claros que bajaba del cielo, eran como los besos de luz que, acompasadamente, le enviaba la hija Selene a la madre tierra animándola en la jadeante, eterna marcha hacia las lejanías siderales.

A mis pies, entre las briznas y las zarzas, remanadas de diamantinas gotitas de rocío, penetró furtivamente uno de aquellos indiscretos rayos de luna y mis ojos, siguiéndole inconscientemente, pudieron contemplar el admirable espectáculo de todo un mundo de criaturas minúsculas que se agitaban bajo el impulso de sensaciones e instintos que lo mismo flagelan la carne de los príncipes de los hombres como la de aquellos ínfimos seres que libran sus batallas por la vida y sufren de sus dolores y ambiciones, en aquel mundo microscópico, que bulle bajo el amparo de una hoja caída...

Tornó la luna a enviar otra onda de su suave resplandor y atento pude admirar la cruel realización de un intenso drama. La vida con sus pasiones y necesidades imperativas, labra allí abajo, tras unas caídas ramitas de zarza, el pulimento de su evolución; la pasión y el interés jugaban su perenne partida de estimulantes antagonismos... En aquel pequeño dedal de tierra húmeda y sombría, se planteaba, también, uno de los magnos problemas de la existencia: — La luz y las tinieblas, el sustento y el amor, sacudían la vida orgánica y social; — La fuerza del derecho a la vida de los débiles y el derecho de la fuerza de los poderosos, chocaban sin cesar en el perenne combate por la existencia. Asiris y Tifón tienen vida eterna en su eterna batalla. Ormuz y Arimán, la luz y la sombra, el Bien y el Mal, tenían en tan reducido espacio amplio campo para librar su ruda lucha por el dominio del universo. Cain y Abel, no habían derramado la primera, ni la última gota de sangre fratricida... Bajo la trémula rama del breñal también se asesinaba por miedo a la luz y por los mandatos de la fiera ambición.

Absorto en el panorama de la naturaleza, que nos presenta entre los nimbos celestes la lucha sangrienta de los cóndores por la posesión de un picacho o la brega feroz entre insectos que en la oscura grieta se degüellan por la búsqueda de una larva—, volví mi vista hacia el breñal y apartando las tiernas hojillas esperé que un nuevo lampo de luz lunar me permitiera leer aquellas breves y — profundas frases que me ofrecía el libro inagotable de la naturaleza.

Pasó fugaz un cirrus sombrío.

Luego la onda luminosa llegó hasta la entraña del yerbal.

La suave brisa recorrió las tiernas ramitas y puede contemplar sobre el verde tapiz de moho, como si fuera la arena ensangrentada del coliseo de los césares, la mole de un sapo obeso, frío y pesado, de bocaza enorme y ojillos opacos, que se arrojaba sobre una esbelta y pequeña luciérnaga y la aplastaba con su viscosa barriga.

El luminoso insecto gritaba a su verdugo:

—¿Por qué me matas?

Y el batracio, ufano y victorioso, creó esta frase:

—¿Porque brillas...?

Al mirar, conmovido, el fondo del oscuro breñal, pude admirar los encendidos puntitos, móviles y expresivos, de multitud de chispeantes ojillos de alimañas que regocijadas festejaban la cruenta e injusta muerte del encantador bichito de luz, que yacía, patitas arriba, sobre la esmeraldina alfombra de yerbas recamadas de perlas de rocío.

El pequeño mundo estaba emocionado. Una nueva era se abría a su porvenir: el sapo poderoso, había muerto a la indiscreta y peligrosa chispa de luz viviente que perturbaba el reino de las tinieblas...

Juan DOMENECH

samientos, y a contestar con la punta de los labios, destinados a ser algún día labios muy secos y repulgados. ¿Era su prometida o era su mujer? Opté por la segunda hipótesis, a causa del aspecto de perfecta discreción que se desprendía de toda su persona, vestida indudablemente por algún modisto en boga, pero sin ese algo personal que la otra, la paseante de Nancy, tenía hasta en sus menores movimientos. De ella me acordaba yo, en efecto, y acechaba en la faz del hombre desconocido un vislumbre triste, un pesar, una melancolía. Sabía yo, aunque no pudiera decir ni su nombre, ni su patria, ni su historia, que había sido amado y que ya no lo era. Pero él me parecía recordar que había conocido horas más dulces. Después de todo, si, como parecía, amaba a aquella niña fría y bella, ¿no era más feliz junto a ella de lo que lo fué junto a la otra, puesto que de esta otra era más amado de lo que él amaba? Y no puedo menos que pensar en esta última siempre que llegan estas tardes veladas por la muerte del año. ¿Quisiera hallarme una vez más en su camino y recibir de ella una confidencia que, sin duda, nunca habré podido hacer y que yo acogería con tal dulce emoción y con una piedad casi religiosa! Pero nunca obtendré tal confidencia, y continuaré mucho tiempo sintiéndome el amigo desconocido de una amiga desconocida y que no conoceré jamás.

Original legado

Eugenio Lacosta se ha encontrado con una fortuna por ser concurrenente asiduo a la Biblioteca del Vaticano. Pidió para consultar, una obra de Emilio Fabrier de Revisa, y al abrir el libro se encontró con un papel que decía lo siguiente: "El que encuentre esta nota debe de llevarla a casa de mi notario y rogarle que mire su registro L-I, número 162. La nota estaba firmada por el autor del libro, y llevaba las señas del notario y la fecha 5 de febrero de 1874.

Creuyendo el estudiante que se trataba de una broma, quiso seguirla hasta el final, e indagó en Roma cuál era el notario encargado del archivo del que se mencionaba en la nota.

Eugenio Lacosta se presentó en la notaría, entregó el billete, y, cuál no sería su asombro al ver que el notario le entregaba un cheque de ocho millones de liras.

El depositario de la fe pública le dió la siguiente explicación de aquella fortuna llovida del cielo: El libro en cuestión fué, a parecer, una crítica hostil, y su autor, creyéndose víctima de persecuciones, decidió colocar la nota en uno de los ejemplares, el de la biblioteca vaticana, para ver si los ataques de la crítica le restaban o no lectores.

Los temores de Fabrier de Revisa debieron de ser ciertos, puesto que durante tanto tiempo nadie pidió su obra en la Biblioteca del Vaticano.

En el momento en que Fray Martín de Villarosa abría con curiosidad un viejo tomo con tapas de pergamino que encontrara en la cueva del antiguo convento donde se hallaba la biblioteca, oyó — como eco de un trueno lejano — un raro rugido impresionante.

En seguida la tierra se estremeció bajo sus pies.

El estruendo y el temblor de tierra repercutieron extrañamente en el alma del fraile que empalideció repentinamente, dejando caer el libro abierto sobre los arabescos rectángulos de pizarra que pavimentaban la cueva.

Repitieron luego, a breves intervalos, las sacudidas producidas por el terreno y el miedo que destañó el rostro de Fray Martín creyó, convirtiéndose en terror.

Si lo hubieran visto sus compañeros del convento, no habrían en verdad reconocido en ese viejo tembloroso al aún gallardo monje que imponía respeto a todos y era el espanto de los rapazuelos que no se atrevían a dirigir a él las burlas con que perseguían a los otros frailes — casi todos viejos — cuando transitaban por las calles del barrio popular y agitado de aquella vieja ciudad española.

Pero nadie podía tampoco imaginar la tragedia que el terremoto representaba para Martín de Villarosa; pues nadie conocía la historia hondamente triste del mismo.

Historia que ya no pertenecía al pasado, en aquella noche de terremoto, puesto que había vuelto, de golpe — con todo el dolor que encerrara — al espíritu del viejo fraile.

El había amado, treinta años antes, a una dulce criatura que más tarde viera morir.

¿Pero habían pasado, esos treinta años? El *había amado*, o bien *amaba*? ¿Había muerto, ella? ¿Pero no estaba, entonces, allí presente, en la noche de terror? — La había querido mucho, a esa niña rubia y apasionada, y también él había sido amado por ella, hasta que, una noche, el terremoto se la había matado, aplastándola cruelmente, bajo unas piedras enormes que Dios sabe de dónde caían mientras él, herido y deshecho por el dolor, nada podía hacer para salvarla. Después, cuando curado de las heridas del cuerpo pero sumido su espíritu en el dolor, habría podido comenzar nuevamente la vida, él había pensado que eso — *la vida* — “fata Morgana” que a veces creemos plena de promesas, no existía, y para acabar de morir se había encerrado, sin ilusiones al fin, en aquel convento.

Desde entonces, sin pedir más nada a la vida, en la que ya no creía el “fraile-espectro” (como alguien le apodara) perteneció solamente a la muerte.

Ahora él sentía la llegada, repentina casi, aunque anunciada por los rugidos que en sus oídos resonaban como roncós tambores, de la muerte verdadera; aquella que, según lo expresara otras veces, era la verdad única que podía oponerse a la ilusión que los hombres llaman vida. ¿Por qué, entonces, el terror había hecho presa de él? No comprendía.

No era quizás terror, esa impresión, pero tenía sensación de algo misterioso, de un algo tenebroso, en apariencias, que se esclarecía ante su espíritu.

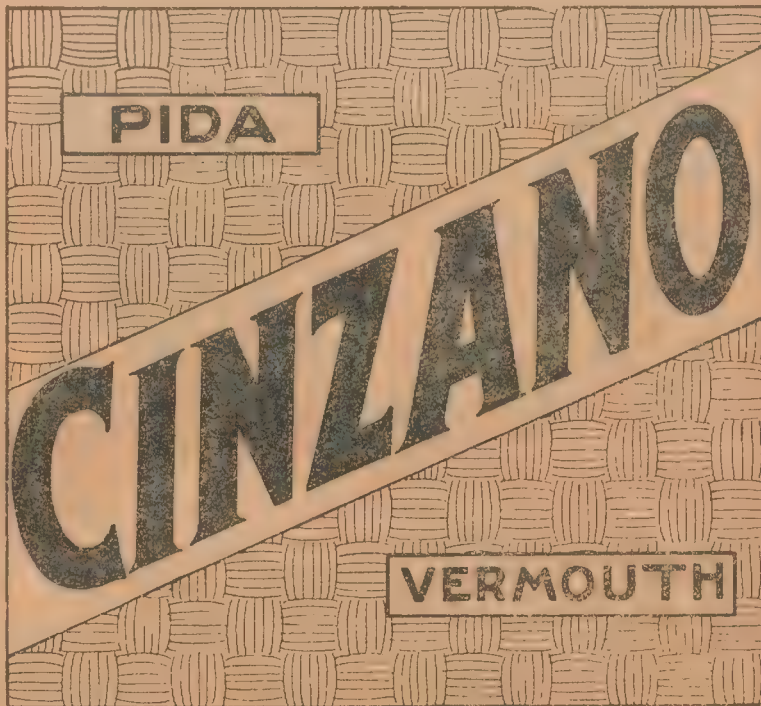
La voz de “Claridad”

Por Luis Enrique Rezzo

Era que él comprendía como nunca que la *vida*—ilusión—hecha de *tiempo*—otra ilusión—era igual a la nada; es decir, *no era*.

Pues los treinta años no habían pasado.

que los hombres no conocen: La Muerte; bellísima cosa que ahora Fray Martín comprendía por que se evidenciaba en él—invitación hechicera a la que no se puede resistir—y tenía que seguirla.



En vano sus cabellos habían encanecido, en vano treinta veces los cerros se habían cubierto de nieve y treinta veces se había celebrado, en la noche, la bajada a la tierra del Niño Redentor. Todo en vano: las fechas no podían existir, el tiempo era ilusión, la vida era un instante sin pasado y sin otro porvenir que no fuera la muerte.

Esto solamente era verdad; esto

Por lo tanto, él que tenía una historia ahora comprendía no tenerla: la noche en que la mujer amada había muerto era esa misma noche, con los mismos rugidos subterráneos, con los mismos temblores, con la muerte—como entonces—presente. Y también *ella* estaba. Su novia, a la que él llama *Claridad*, estaba allí; y quiso, antes de morir, volver a oír aquella

voz adorada. Pues la voz de *Claridad* no había muerto nunca. Durante esos treinta años de ilusión (vida-tiempo) él la había oído todas las mañanas. Esa voz continuaba existiendo en la voz de la campana antigua de plata y bronce con la cual los frailes tocaban, a cada salida del sol, el matutino.

La primera vez que la oyera, probó tan honda impresión que sintió, renacer en su alma el dolor grande y reciente, creyendo volver a oír, en esa armonía de campana antigua, la voz de *Claridad*. Más tarde, acostumbrándose, esa voz se convirtió en su único consuelo, en su alegría más íntima.

Claridad le hablaba por medio de esa campana y él escuchaba, casi en éxtasis, esa voz, interpretando en los flébiles sonidos, palabras de amor, de esperanza, de paz.

Ahora el fraile espectral corría por los tenebrosos corredores de ese viejo convento cuyos muros temblaban casi sin cesar, mientras afuera la destrucción del terremoto era tremenda. Y subía escaleras de piedra, atravesaba claustros y galerías y celdas enormes, terrazas y viejos balcones en los que algunas columnas ya se habían precipitado dejando como suspendidos en el vacío anchos cornisones amenazadores; subía aún otras escaleras, tembloroso y pálido, como en busca de inalcanzable meta entre vista en sueños.

Llegó al campanario. Subió todavía. Contempló desde una alta plataforma el terror de aquella noche.

Las casas se desmorronaban en la obscuridad.

Muy lejos, se percibía una pálida claridad. Pronto, después del breve crepúsculo de la mañana por venir, habría llegado el alba.

Cayó de rodillas.

La cuerda de la campana estaba cerca de él, como invitándolo.

Pero no tocó aún.

Resó sin palabras recordando. Es decir sintiendo presente el pasado. Si; aquella noche horrible de treinta años antes, era esa misma noche. Volvió a ver a *Claridad* cerca de él, golpeada, antes, por leños que se derrumbaban hiriendo su rostro de cera, con los cabellos rubios enredados en las ruinas enrojeciéndose en la sangre. Vió después la enorme piedra que, última en aquella noche, cayó aplastando el cuerpo de la mujer que era para él toda la vida, todo el amor. Quiso volver a oír la voz gentil, la voz de *Claridad*, de la mujer, de la campana, de entonces, de ahora...

La voz dulcísima saludaría el nuevo día que amanecía sobre el dolor.

Se levantó de golpe.

Asió el cordel para tocar el matutino.

Era, sí, la voz de *Claridad*; su amada le hablaba aun, estaba allí, cerca de él, en él, como siempre.

Una más fuerte sacudida hizo desmorronar la parte superior del campanario. *Claridad*, la campana, cayó de lleno sobre el fraile.

Quedó tendido sobre la plataforma, cubierto por la campana que le aplastaba el pecho.

Estaba muerto.

Y las piedras que se desprendían de las paredes en ruinas del alto campanario, cayendo golpeaban sobre la campana, arrancándole sonidos extraños y armoniosos...

EL GALLO FINO

Rasurada la testa, en esqueleto el fino cuerpo que al gallero encanta medida la ración y, por la planta, como un esclavo mísero, sujeto.

Sonando sus amores vive inquieto en triste soledad, y cuando canta el grito que resuena en su garganta es a la vez imploración y reto.

¡Yo te admiro, Quijote visionario que a la sangrienta arena, temerario te arrojas con ardor a la pelea

y buscas del contrario el exterminio para gozar tú solo el predominio de una desconocida Dulcinea!

Ramiro HERNANDEZ PORTELA

¿Quien, de los que frecuentan nuestros círculos científicos no conoce a don Carlos Bruch? ¿Quien no ha oído hablar de su célebre colección de coleópteros, una de las más completas del mundo, por la cual una entidad científica norteamericana le ha llegado a ofrecer cien mil dólares? ¿Quien no sabe que aún hoy, gozando de los justos beneficios de la jubilación, don Carlos Bruch sigue siendo un trabajador incansable, el eterno curioso que sin cesar, investiga en el mundo misterioso de los insectos? ¿Quien, de los que se interesan con los problemas de la biología, no ha leído sus admirables descripciones de la vida de las hormigas, fruto de una paciente y larga ob-



Coleóptero mirmecófilo, que mide poco más de dos milímetros, y que el doctor Bruch considera como el ejemplar más interesante de su colección

servación, en las regiones más diversas del país? ¿Quien no conoce sus protestas en contra del poco trabajo que se realiza en los museos, en contra de los sabios oficiales, que tratan de impedir que los naturalistas sinceros trabajen? ¿Quien no ha aprovechado de su bondad, científica, de su erudición, de su especialidad — única en el mundo — en la microfotografía?

Don Carlos Bruch es una figura gloriosa de la ciencia argentina; ha hecho conocer el nombre de nuestro país por el mundo entero; sus trabajos, reproducidos y citados en las más célebres publicaciones entomológicas europeas, pusieron de manifiesto ante el mundo que también aquí nos preocupa la ciencia.

El Dr. Bruch es hoy miembro correspondiente de la Sociedad Científica Argentina, de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba y de Academia de Ciencias Naturales de Chile; miembro honorario de la Sociedad Entomológica Argentina; socio honorario de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales y Benefactor del Museo de Historia Natural de Buenos Aires. Es profesor jubilado de la Universidad de La Plata, donde fué también, en el Instituto del Museo, jefe de una sección y hoy es jefe honorario del Departamento de Zoología del mismo. Tantos homenajes no son más que la manifestación de aprecio de nuestro mundo científico hacia la labor del doctor Bruch. En la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales su nombre figura junto a los de los maestros: Holmberg, Gallardo, Carlos Ameghino, Spegazzini.

Una caracterización típica de Bruch la encontramos en el discurso con que respondió a las palabras del presidente de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, al ser designado socio honorario de la misma, donde dice que si

Nuestros hombres de ciencia

Doctor Carlos Bruch, entomólogo de fama universal



Doctor CARLOS BRUCH, en la actualidad

ha trabajado c o n s i d e r a que no es más que el cumplimiento del deber que pesa sobre t o d o hombre: el deber d e l trabajo.

Ha trabajado con fe y con entusiasmo y se inició en nuestro país cuando las ciencias naturales estaban en su infancia. L e preocupa intensamente la continuación de su labor. Su carrera científica ha sido una sucesión de triunfos,



El doctor Bruch sobre las mesetas patagónicas del lago Buenos Aires, acompañado del árbitro inglés, coronel Holdich y del perito Moreno, con cuya ayuda pudo tomar vistas panorámicas durante los vendavales que soplaban allí.

muy bien ganados. El Dr. Bruch, e n más de cien trabajos, ha hecho verdadera ciencia. Nació en Alemania en 1868, y llegó muy joven a nuestro país, al cual se ha asimilado completamente, y cuyo suelo y bellezas naturales conoce mejor y ama más que muchos argentinos nativos. Toda su vida la ha dedicado a la ciencia, sin que jamás le hayan preocupado la fortuna, ni

la política. Una vida pura, noble, ideal, del verdadero sabio. Autodidacta, ha aprendido solo todo lo que sabe, más que en los libros, en la naturaleza misma, que siempre lo atraía y lo embelesaba.

Inició sus viajes de estudio por el territorio argentino en 1894, cuando el doctor Moreno — otra figura de argentino esclarecido, de una vasta cultura — lo nombró miembro de la Comisión de Límites con Chile, cuya enorme labor fué publicada luego en una histórica memoria, habiendo estado toda su parte gráfica a cargo del doctor Bruch.

En 1901 fué nombrado jefe de la sección de Zoología del Museo de La Plata, donde llevó a cabo



Uno de los documentos fotográficos más difíciles de obtener: hormiga común podadora, en el momento de poner un huevo. Al lado: una pequeña honguera.

toda su obra científica, hasta el día de su jubilación. Aún hoy suele visitarlo muy a menudo.

En 1904 visita, en compañía del doctor Moreno, el norte del país y el Paraguay, recorriendo el Chaco, Misiones, Jujuy y llegando hasta la frontera boliviana.

En 1906, juntamente con el célebre antropólogo argentino, doctor Lehman Nitsche, hace una expedición a Jujuy, donde recogen datos interesantes de la vida de los aborígenes de aquella región. Luego visita Catamarca y Tucumán, y publica un grueso tomo con observaciones arqueológicas. En 1912 recorre San Luis, haciendo estudios de zoología y en 1918 lo encontramos en la provincia de Entre Ríos, en busca siempre de material de estudio, con su inextinguible afán de encontrar siempre cosas nuevas. Además de estos viajes grandes ha realizado otros, todos los años, a Córdoba, al Tandil, a la Sierra de la Ventana y a otras regiones. En todos estos viajes el Dr. Bruch ha recogido más de cien mil insectos argentinos.

Dice en una parte el ing. don Carlos Lizer, al referirse a Bruch: "Pero no es este insólito guarismo que debe admirarnos; no, es otra cosa lo que admira el que conoce la colección Bruchiana: es la maravillosa disposición, el orden perfecto, la alineación sin par que guarda en sus respectivas cajas todo aquel mundo de insectos alfilerados". "Por esto, quien traspasa los umbrales de su pieza de trabajo hallará sobrado orden, nimia pulcritud, arreglo estético; ahí, más que en ninguna otra parte he pensado en la verdad del aforismo: "Cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa".

El egoísmo general de los naturalistas no lo encontramos en Bruch: está dispuesto a ayudar siempre y a quien acude a él en

*Los mejores años de mi vida
se los pasó explorando apartadas regiones
argentinas y dedicados al estudio de
nuestros insectos.*

*Ahora estaría feliz, si supiera
quien continuará y perfeccionará
el futuro mi labor realizada.*

Olivos 2. II. 1938.

C. Bruch

Autógrafo del doctor Bruch, para "Fray Mocho".

busca de informaciones. ¡Hasta libros regala!

Su labor tenaz, durante tantos años, ha dado magníficos resultados; ha determinado más de dos mil especies nuevas de insectos; ha creado infinidad de géneros; los sabios del mundo entero le han dedicado sus creaciones; la subfamilia "Bruchomia" tiene este nombre en su honor; con su nombre hay nueve géneros de coleópteros, y más de cien especies. También le han sido dedicadas en todas las partes del mundo, 23 especies de hormigas; trece de abejas; siete de dípteros, seis neurópteros, tres hemipteros; además, seis criptógamas, dos ácaros y un mamífero. Su labor, por otra parte, ha sido gigantesca: el número de especies conocidas de coleópteros argentinos, cuando él inició sus trabajos, era de 600 y hoy sobrepasa los cinco mil. Lo mismo en formicidos, cuya biología ha estudiado también, dándonos a conocer — Maeterlinck de las hormigas — los misterios de su vida y de su organización social. Su catálogo de Coleópteros argentinos es una obra

de universal aceptación. La entomología argentina cuenta en él a uno de sus más preclaros representantes. No es, como otros entomólogos un simple clasificador de formas; a Bruch le interesa siempre la vida misma del insecto que describe y así, nuevo Fabre, menos poeta pero más científico, se ha pasado días y semanas observando la vida de los insectos para descubrir el misterio de su instinto al través de sus costumbres. No hay más que leer su "Contribución al conocimiento de las hormigas de San Luis" o sus "Estudios mirmecológicos" para darnos cuenta que es un verdadero sabio el que habla; los grandes maestros europeos, entre ellos Forel, y norteamericanos, como Wheeler, lo llaman maestro. Una tarde de Mayo resolvimos, sin anunciárselo, hacerle una visita al célebre sabio. Mientras íbamos en el tren, hacia Olivos, reflexionamos acerca de la vida fecunda e interesante de don Carlos Bruch, cuya grandiosa obra, iniciada por él, no tiene aun continuadores. Del autógrafo que le pedimos luego barruntamos que a

él el problema le preocupa hondamente.

Lo encontramos en su escritorio, cuyo orden nos deja admirados. En las paredes, además de grandes fotografías de especies descriptas por él, vemos retratos: Ameghino, Gallardo, Lahille, Wheeler. Una limpieza admirable.

Después de conversar un rato, nos muestra parte de su maravillosa colección. Aquello es algo indescriptible. Vemos cartas de los más célebres maestros del mundo entero. De todo se desprende una tranquilidad y una dulzura tal, que recordamos las palabras del célebre rey: "¡Cuán dulces son los caminos del verdadero sabio!"

El maestro, como siempre, trabaja. Nos dice que desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche está entregado a la revisión y al estudio de su célebre colección, que él quiere con extrañísimo fervor. Cada insecto le recuerda un día de su vida, una aventura corrida, algún paisaje argentino, de los tantos que han observado sus ojos en el país. Es un hombre de una admirable sencillez y de una

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

conversación siempre interesante. Pensamos que si en nuestra patria hubieran existido unos cuantos hombres como Bruch, talvez ya nuestra fauna entomológica tendría su completa descripción. Al entregarnos la fotografía de un insecto, el doctor Bruch nos dice:

— "Es el más interesante de mi colección. Su extraño parecido con las hormigas, siendo coleóptero, es inexplicable. Vive junto con ellas, en los hormigueros, pero esto no basta todavía para explicar su misteriosa adaptación mirmológica. Es uno de los tantos secretos que la naturaleza presenta al hombre para que éste aguce su ingenio."

José LIEBERMANN

Pasaba el tirano, rodeado de sus esbirros y seguido de sus cortesanos, cuando un joven se adelantó, y lo más cerca que le fué posible, hizo un disparo de pistola. Pero había apuntado muy alto y el proyectil sólo atravesó la toca del tirano.

Dos esbirros se habían apoderado ya del agresor, cuyas muñecas sujetaban hasta romperlas, y se oían gritos de "¡A muerte el asesino! ¡A muerte!"

El tirano observó que los que gritaban eran gentes de su servicio y unos cuantos sujetos, de los que abundan en todos los regímenes, aun en los más democráticos, y cuya principal misión consiste en organizar las manifestaciones espontáneas.

Sonrió, y, desdeñosamente, ordenó:

— Traedme a ese joven. ¿Cómo te llamas, pequeño?

— Ludmilius.

La voz era demasiado aguda para ser de un hombre. La línea del jubón acusaba un pecho exuberante.

— Mientes. Debes decir Ludmilia. Tienes los cabellos cortados como los de un adolescente y gastas calzones, pero eres una mujer. ¿Por qué has querido matarme?

— Para vengar a mi esposo, señor, al que habéis condenado a muerte, sin juzgar, la semana pasada.

— Sabes que he suprimido los jueces en lo criminal. Ahora soy yo el único juez, y si me equivoco, es asunto a ventilar entre Dios y yo.

— Pues esta vez, señor, os habéis equivocado. Lo juro por mi salvación.

El tirano reflexionó.

— ¿La semana pasada?... ¡Ah!, sí. Ya me acuerdo. Tu marido conspiraba contra mí.

La mujer y el tirano

Por Jacques Cesanne

— Mi marido era inocente. No nos ocultábamos nuestros pensamientos, y los suyos eran puros...

La joven no pudo terminar. Los esbirros la sujetaron con tal fuerza, que jadeaba de dolor.

— Soltad a esa mujer y dejadla libre en sus movimientos. Que tu marido fuese inocente o culpable, el hecho es que has querido atentar contra la vida de tu soberano. ¿Es verdad?

— Sí, señor.

— Puedo hacerte ejecutar ahora mismo.

— Lo sé, señor. En ese caso, alguen de los míos procurará tener mejor puntería otra vez.

— ¿Amenazas?

— No, señor. La verdad.

— ¿Y si te perdono?

— Volveré a empezar.

— ¿De verdad?

— De verdad.

El tirano sonrió:

— Apartaos, esbirros. Dejad libre a esta mujer, haga lo que haga.

Fijó sobre la joven su mirada imperiosa y voluptuosa.

Y apartando los brazos, presentó el pecho a su agresora.

— Dices que si te perdono volverás a empezar. Pues bien, dispara. Otra ocasión como ésta no volverás a encontrar. Porque yo te perdono de antemano y ordeno

que aunque me mates quedes en libertad.

Los esbirros y los cortesanos se habían acercado como para proteger al tirano, pero éste los apartó con un gesto altivo. La multitud contempla absorta el espectáculo.

— ¿Vamos, Ludmilia?

La joven había sacado la pistola del cinto y apuntó al tirano, que seguía impassible. De pronto, dejó caer el arma al suelo, y ocultando su rostro con las manos, prorrumpió en sollozos.

— Lloras, mujer. Tienes el valor que da la pasión; pero ese no es el verdadero valor. El verdadero valor es la frialdad con que se afronta el peligro.

— ¿Señor!...

— Y ahora, Ludmilia, te digo que no condené injustamente a tu marido. Era culpable y no te había confiado sus pensamientos secretos; pero había escrito a uno de sus cómplices y éste, para salvar su vida, ha entregado sus cartas. Y ahora, vete; eres libre.

Los esbirros, los cortesanos y los organizadores de manifestaciones espontáneas quedaron inmóviles; pero la multitud prorrumpió en una clamorosa ovación a su soberano. Por primera vez desde que había usurpado el trono se sentía en comunión de alma con su pueblo. Saludó gravemente a la muchedumbre que lo aclamaba y cogiendo a uno de sus familiares por el brazo:

— De sobra sé—le dijo que me acechan las balas, el puñal y el veneno. Es el riesgo del oficio; pero creo que durante algún tiempo este incidente aleja todo peligro de mi camino. Vamos a respirar el aire puro de esta mañana de primavera.

Y añadió, pensativo:

— ¿Era bonita la chiquilla!

MI PALIDA

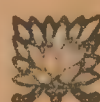
La virgen que los ojos soñadores admiran en mis lienzos ideales, no reza en las vetustas catedrales ni danza en los alegres corredores.

No juega enamorada con las flores, ni escucha tras las puertas ojivales las zambras de las guzlas orientales. el canto de los viejos trovadores.

La virgen de mis lienzos aletea donde el bajel sin mástiles estalla, murmura donde el ábrego vocca,

palpita donde choca la metralla, sonríe donde el rayo centellea y duerme sobre el campo de batalla.

Francisco DIAZ SILVEIRA



Las señoras aristocráticas, apenas se les hace saber que pronto van a ser madres, asumen una actitud "interesante". No se mueven más que en ciertas formas, no se levantan más que a determinadas horas, no se arreglan más que en ciertas maneras.

Estudian el paso, la palidez de las mejillas, lo morenuzco de los ojos, el lunarito sobre la blanca espalda rosada.

Se abandonan en determinadas posiciones melindrosas. Remolonean, endulzan la voz, hablan a monosílabos y obligan a la humanidad a seguir el desarrollo del "tesoro" que llevan en su seno.

Un dolorecito, una puntada en los riñones, un forunculito sobre la cadera opulenta, una indisposición cualquiera, bastan para hacer llamar al médico o a la partera.

Tienen antojos extraños a cada momento. Exigen el helado, las frutas, los espárragos, las alas de faisán, las colas de langostas, una copita de Chably, una taza de cocoa y muchas otras cosas más.

Delante de ellas no admiten más que caras simpáticas, que cabellos enredados, que ojos centellantes en el negro, que labios de coral, que hoyuelos en la barba, que carne sana. En los últimos días, es un vaivén que no termina. La servidumbre está en confusión como si se tratase de un gran acontecimiento.

La grávida está completamente asediada de cuidados. Quien le temple la intensidad de la luz, quien le facilite el cojín, quien le arregle la almohada, quien le alcance el abanico, quien el frasquito para hacerle aspirar el opoponax, y quien el libro donde ella va anhelante en busca de las pinceladas a fuego que respondan a su ideal.

Envuelta en el cándido batón con algunas rosas rocó en el escote, violetas o flores de acacia, sabiamente recostada sobre la *dormeuse* cubierta de paño oriental, espera adormecida los movimientos susurrosos o pulsantes, para apretar el botonecito de la campanilla eléctrica que ha de anunciar la inminente llegada del mesías.

El cuarto matrimonial es un nido que encierra todo lo que hay de más elegantes, de gentil, de perfumado.

Frente a la parturienta está la cuna *bijou* rellena de algodón, cubierta de raso amarillo, solferino o azul, superada de un regio angelito dorado que sostiene el pelotón de las puntillas preciosas.

La mucama, los íntimos, el marido (cuando no deja el puesto al amigo), la partera, el médico, hacen círculo alrededor de la paciente, hablan quedamente y miran con redoblada atención.

—¡Silencio!

El ansia se halla en el corazón de todos. La partera se acerca, el doctor compone los labios a manera de mueca y los demás comprenden el latín.

Felicitaciones, afectuosidades, lá-

GOTAS DE TINTA

Por Oreste Ciattino

grimas, besos, abrazos, Ha nacio! ¡Ha nacido!

Al recién venido, después de la ablución, se le seca, se lo empol-

va, se le perfuma, se le envuelve en los paños de lino y en las fajas candidas y se entrega a una ama robusta, membruda, firme sobre sus

caderas, con un regurgitar de promesas en el seno y una expresión de salud en los ojos.

Destetado, el nene pasa a los brazos de una niñera gentil. En verano el pequeñuelo respira el aire de los campos y hace sus dormiditas bajo el tupido follaje verde que lo defiende del sol que calcina el cerebro del labrador.

En invierno, en cambio, entre la confusión de lanas y de pieles, crece en el templado ambiente de la casa, comiendo pancitos a la manteca, alimentos suculentos y masitas azucaradas.

A la niñera se añaden las maestras y maestros.

Comienza parir la filtración de los primeros ensayos. Poco por vez, en medio de las comidas y del fasto, encaprichándose, riendo, amenazando, crece en los goces burgueses.

Los padres le dan confianza, le dan capiroteos, le regalan con almendras y lo idolatran.

Una estúpidez que diga, una travesura que cometa, un vidrio que rompa, un mordisco que dé, para ellos equivalen a signos seguros de sus facultades precoces.

Entreven un ingeniero, un arquitecto, un poeta, un doctor, un presidente de la república, un... papa.

Si mujer, aprende a bordar, la música, los principios de urbanidad, las bellezas de los grandes poetas, el baile, la geografía, los proyectos del bello escribir y de la religión cristiana, las poesías más en boga y alguna noción de francés.

Si varón, entrará como pupilo en algún colegio, estudiará francés e inglés, aprenderá a cabalgar, la gimnástica, la instrucción militar y varias cosas más.

Crecen con idea supersticiosa en la cabeza, con impacencias en las piernas, con ciertas iras en el corazón. A los diez y seis o diez y ocho años, tanto el uno como la otra son *blasés* de todo.

Saben vestirse a la moda, calzar los guantes, fumar el cigarrillo, ejecutar al piano, tararear una romanza, coquetear con los ojos, galantear con la sonrisa, golpear las manos desde un palco de teatro, pronunciar *bons moas*, escribir cartitas galantes, cabalgar un *ponney*, guiar un automóvil, comandar o danzar un *cotillón*, reverenciar a una *miss*, saludar a un caballero.

Y entran en el *bailamme* de la comedia humana, llenos de egoísmos, hinchados de orgullo, con grandes ambiciones, con tendencias al derroche, con sueños de conquista, con apetitos inmoderados, en busca de un marido, de una dote, de una vía que conduzca a la opulencia excesiva y a la gloria máxima.

Esto, con algunas variantes, es el tirocinio de los hijos de ricos. Veremos, en otras gotas, como nace y crece el hijo del pobre.

MUJERES DE MI TIERRA

No son las más lindas...

Las mujeres hermosas están en todas partes.

Florece en los jardines de Francia. Vibran en el alma de Italia. Decoran los paisajes del Asia. Reinan en las fiestas de España. Amanecen en los horizontes de América.

Bajo todos los cielos hay mujeres hermosas.

A semejanza del dolor, las mujeres hermosas están en todas partes.

Bajo mis ojos y sobre mis anhelos han desfilado mujeres de todas las latitudes.

Españolas del sud: Torturantes y divinas. Inefables y sánicas.

Españolas del norte: Mansedumbre de abismo. Besos en flor. Crimen en capullo.

Francesitas con primavera en los labios.

Inglésitas rubias y frías, como nieve reflejando sol.

Italianas de cuerpos retadores y sonrisa bulliciosa de luz.

Americanas del norte, que deslizan su vida en carcajadas y tienen en los ojos un delirio de estrellas.

Americanas del sud con ardores de trópico disueltos en la sangre.

Bajo mis ojos y sobre mis anhelos han hecho su camino mujeres de todos los climas.

Mis labios han exprimido en besos el limón del amor que se da, del amor que se compra y el amor que se vende.

Mis dedos han sido tenazas para muchas carnes enrojadas de lujuria.

Y en la dolorosa cátedra del amor nunca satisfecho, he aprendido que las mujeres hermosas no tienen patria.

¿Cuál es la patria del llanto?

Luego, las mujeres de mi tierra...

No son las más lindas.

Pero tienen para mí, el encanto de haber nacido bajo el mismo sol que me vio nacer. De haber llorado bajo el mismo cielo que me vio llorar. De haber tenido, por testigos de amor, las mismas estrellas que fueron testigos de todos mis fracasos. Y de tener, como yo, un gigante cariño por las cumbres y la carne tostada por el sol.

Las mujeres de mi tierra son las únicas que nunca me han querido.

Digo mal. Ninguna mujer me ha querido. Las mujeres de mi tierra son las únicas que no han dicho para mi vanidad la palabra amor.

Tal vez porque nunca me han mentido, las quiero mucho más.

Y porque nunca han escuchado los gritos de mi corazón, las busco más que a todas.

Las quiero más que a todas, porque mis labios penan por la presión de los suyos y por la dulce mordedura de sus dientes.

Porque mis dientes, doctores en el martirio de carnes, penan por el rojo y ardiente regalo de sus labios.

Porque mis brazos, cadenas que fueron para el talle de todas, tiemblan por sus cuerpos.

Porque mi cuerpo, que fué cautivo en muchos brazos de seda, sufre por el abrazo moreno que jamás le dieron...

Mujeres de mi tierra...

Sangro mis ensueños en homenaje al amor que nunca me ofrecisteis.

Para vosotras canto mi canción, que es siempre canción amanecida.

Para vosotras digo el secreto más grande; tan grande, que con él está saturado el mundo.

Para vosotras la complicada sencillez de una palabra, que es palabra de vida y de muerte, de infancia y de vejez.

Yo, viejo a fuerza de ser joven; cansado a fuerza de ser infatigable; torturado a fuerza de ser alegre; que sé bañarme de luz y de tinieblas; que aprendí a reír, ante el silencio de las tumbas y a llorar ante la algarabía multicolor de los jardines; yo, suave de tanto limar mi aspereza en la aspereza de los otros, digo mi homenaje a las mujeres de mi tierra.

Y en el silencio torvo de mis horas, desgrano para ellas el cascabel emocionado del recuerdo...

José R. LUNA



El sueño de Fátima

Por R. B. Girón

La preocupación del Pretor romano aumentaba a medida que las masas vocingleras del azulado pueblo judío se iban estacionando en las puertas del Pretorio. El temperamento de Pilato era enérgico duro y casi cruel, cuando se trataba de alteración de orden, rehusando cuando se opusiera al más estricto cumplimiento de los preceptos y leyes romanas que él en Jerusalén representaba y estaba encargado de hacer cumplir. Por eso, pues, ha maravillado y sigue extrañando su actitud conciliadora, interesado, en pro del Mártir del Gólgota.

Obedecía, según unos, a la actitud digna, simpática y tranquila de Jesús, al serle presentado; según opinan otros, el estado de ánimo de Poncio era a consecuencias del miedo. El miedo a los suyos, el miedo al pueblo sanguinario, y el miedo al mismo, a quien pudiendo amenguar sufrimientos, con sólo aprobar la sentencia de muerte que sobre El pasaba, no le hacía matar, y estando en su mano el salvarles no le libertaba.

Que todas las potencias de su alma estuviesen, en aquellos momentos, prescindiendo de su carácter y temperamento, sujetas a una labor colosal; que se encontrasen como atrofiadas, en fuerza del repetido martilleo de encontrados sentimientos, que el corazón se revelase contra la infamia que se le exigía, condenando a un inocente; que la conciencia, aunque fuese de conquistador, rechazase las criminales exigencias de los Pontífices y sacerdotes judíos; que el orgullo del vencedor ¡y del vencedor romano! se alzase, y que la conciencia y tal vez el temor le obligaran a pasar, a medias, por lo que no quería, es muy posible. Pero lo cierto, lo positivo, lo seguro, y ella es algo más que tradición cristiana, es que si Pilato no firmó la sentencia redactada por Anás contra Jesús y presentada por Caifás, fué porque llenaban todo su cerebro, ocupaban toda su conciencia y oprimían su corazón las palabras que su esposa Fátima le había dicho, rela-

tivas al Nazareno, aquella madrugada.

La hermosa matrona había visto, en sueños, a Jesús que se le acercaba entre aureolas de luz celestial; siendo tan grande y tan dulcemente grata la impresión que le causaba la presencia de Jesús que, a partir de aquel instante fué creyente. Completamente desvelada saltó del lecho y esperó ocasión de poder comunicar a su esposo la aparición y sus sentimientos, previniéndole, de paso, para cuanto pudieran intentar los judíos contra Jesús Nazareno.

Y tan luego los gritos de las turbas que conducían a sus víctimas ante Pilato llegaron a oídos de Fátima, ésta penetró precipitadamente en la habitación de su esposo gritando con desaliento:

—¿Oyes, oyes? ¡Ya vienen!... ¡Ya se acercan, sedientos de la sangre del inocente!...

Asombrado Pilato, no pudo menos de interrumpir a su esposa, al propio tiempo que con tierna solicitud intentó hacer sentar junto a sí:

—¿Qué es eso? Esa exaltación me hace temer... ¿Estás enferma?

—Sí, enferma y muy enferma: pero tú, con una sola palabra, puedes curarme.

—Vamos, tranquilízate y dime de qué se trata.

—¿No lo has adivinado? Se trata de defender, contra la furia de los judíos, la víctima inocente que pretenden inmolarse. Se trata de que tú no accedas a sus pretensiones, de que no secundes sus propósitos inicuos.

—Bueno, bueno... Cálmate, procuraré dejarte complacida...

—Sí, sí; hazlo, si en algo tienes mi amor... ¡Tú no le has visto! —prosiguió con calor la hermosa matrona. ¡Tú no has experimentado los efectos de su mirada, que llevan al alma dulzuras indecibles! ¡Tú no has escuchado su palabra persuasiva... santa! ¡Tú no has podido apreciar su doctrina, esa doctrina niveladora, justa, como emanada de Aquél único y sólo Dios!...

—Fátima! —interrumpió Pilato. —No te asombre; digo lo que pienso... Y tú pensarás como yo, si me escuchas...

—No; no puedo, déjame; el pueblo me impacienta y no quisiera tener que recurrir a violencias que tanto me repugnan.

—¿No quieres escucharme?

—No puedo...

—Ve, pues; pero ofrece antes a tu esposa, a tu amada Fátima, que no condenarás a Jesús; que no pondrás tu firma autorizando la injusta sentencia.

—¡Mujer...! ¡mujer!

—Promételo, Poncio, te lo ruego, de esa manera evitarás que la sangre de ese justo caiga sobre nuestras conciencias.

Pilato salió dispuesto a satisfacer los deseos de su esposa: y ya sabido que apeló a todos los medios y a todo su imperio para salvar a Jesús.

No lo logró, porque no podía negarlo.

La crucifixión tuvo lugar cumpliéndose, con ello, lo dispuesto en la Sagrada Escritura. El último suspiro de Jesús había de ahuyentar las tinieblas, salvando al mundo con la luz progresiva de su doctrina... ¡y lo salvó!

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cia.

Bme. Mitre 1259

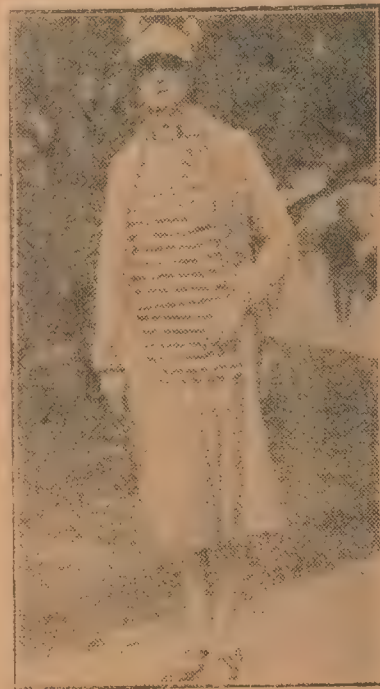
Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 2589

Letras argentinas

Nuestra distinguida colaboradora, la poetisa Adela García Salaberry, que preparó la reedición de sus obras "Momentos sentimentales" y "La gloria del corazón", ofreciéndonos, como novedad, la publicación de una novela titulada "Revelación"; una recopilación de interesantes artículos que denominará "Mi carnet de periodista"; y un nuevo libro de poesías que, posiblemente llevará el nombre de "Consagración".

Enunciamos todo esto con honda satisfacción, pues vemos que nuestra compañera es incansable en su labor intelectual.



LA CANALLA ARTERA...

¿Por qué, cielos, fundáis en la amargura la inexorable ley del alma austera, y el encanto anuláis de la quimera con el tormento de la desventura?

Si es noble y es divina la locura que en la conquista del Ideal impera... ¿Por qué contra ella la canalla artera forja la perversión de la impostura?

Mi alma es un cáliz de emociones cuando, su culto a la Belleza consagrando, en torno a su fervor la insidia brama;

Pues hay para mi mal dulce consuelo... ¿No lucen bellos astros en el cielo sin que los ciegos gocen de su llama?

Adela GARCIA SALABERRY.

ANECDOTA

Un literato mediocre, pobre y obscuro, obtuvo, por intermedio de una persona allegada a Leopoldo II gran duque de Toscana una audiencia con dicho príncipe, al cual se presentó timorato y tembloroso, pidiendo una ayuda para sufragar los gastos del libro que acababa de poner a la venta.

—¿Cuántos ejemplares vendió usted? — preguntó el soberano.

—Ni uno, alteza.

—Muy bien. Yo salvaré la situación.

Tomó una hoja de papel y de su puño y letra extendió una orden al ministro competente, disponiendo que se prohibiera en su Estado el libro de marras, añadiendo el nombre y la dirección del impresor y editor. Luego despidió al suplicante diciendo, con una sonrisa socarrona:

—Acabo de ordenar que se prohíba la venta del libro de usted. Cuando mis súbditos se enteren de mi decreto... acudirán en masa a comprarlo...

Y el grato pronóstico se cumplió.

CAPITULO V

SORPRESA AGRADABLE

La casa de las de Malvarez, amplia y ricamente alhajada, tenía en los fondos un precioso jardín.

Coralito cifraba su mayor alegría del día en pasear por los caminitos de ladrillos rojos, recogiendo flores o vigilando ansiosa el fruto temprano que aparecía en los árboles.

Aquella tarde, una tarde de Enero con un cielo maravillosamente azul y unas flores más frescas y lozanas que nunca, de esas que parecen contagiarnos la alegría de todo lo que nos rodea, paseaba Coral acompañada tan solo de Chichí, el perrito negro de Pomerania, que pasaba sin miramientos sobre el césped, comprendiendo sin duda los privilegios de su finísima raza.

Coral soñaba. ¿Quién no sueña bajo este cielo tan azul, tan nuestro, del que debíamos siempre enorgullecernos?

La interrumpía a menudo la voz chillona de Socorro, la nueva sirvienta que le hacía preguntas desde adentro.

Un momento después, al levantar distraídamente la cabeza, vió por la ventana abierta de la despensa al gato, que tranquilamente se disponía a tomarse la leche de una jarra.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ven pronto!—gritó.

Y calló enseguida, temerosa de que algún transeunte acudiera equivocadamente, al tiempo que una voz partía del jardín vecino:

—¿Señorita, puedo servirla en algo?

Coralito enrojeció; alzó la cabeza y observó a un joven apoyado en las plantas que rodeaban la verja.

Se apresuró a responder:

—Muchas gracias, señor. No me pasa nada; estaba llamando a la sirvienta.

Trató de estar amable para hacer menor la confusión, que Enrique no sufrió puesto que ya sabía perfectamente.

—¿Ah, sí? Debería prohibirse a las criadas tener semejantes nombres.

La jóven no se sintió disgustada por la risa que sonó en lo alto de los transparentes.

No podía tachársele de atrevido.

Y, ¡cosa extraña! Coral que rehufa casi siempre las conversaciones con personas apenas conocidas, no sintió deseos de alejarse, y se afirmó en la opinión del simpático desconocido.

—De todas maneras, muchas gracias por su ofrecimiento. ¡Qué casualidad! que estuviera usted allí para oírme!

Enrique no podía confesar que hacía rato que la estaba mirando por entre las plantas; de manera que explicó:

—Loable casualidad que me permitió conocerla a usted. Mi afición por todo lo que revela mejor la Naturaleza me trajo hasta esta casa, la de mi gran amigo Bobby Holkins.

—¿Ah! ¿Le gustan a usted las flores?—preguntó la niña.

—Muchísimo, señorita. Sin embargo nunca corto una sola; será una tontería pero me parece que han de sentir un dolor muy grande al verse arrancadas de la tierra. ¿No ve usted cuántas ansias de vida parece agitarlas?

LIBROS URUGUAYOS

“SENDAS CONTRARIAS”

Por Adda Laguardia



Adda Laguardia

La jóven autora de esta novela es una gran observadora de las emociones y una estudiosa sagaz de los caracteres. Tiene ya dos obras estimables. Conozco la primera nada más que por reflejo, pero la última me ha dejado directamente muy buena impresión. Tiene capítulos — pocos, más suficientes para que asome ante nosotros la vigorosa personalidad que guarda el porvenir a la escritora — en que olvidamos la edad y la vida plácida del ser que nos lleva del espíritu hasta sentimientos complejos y situaciones difíciles. Nos parece asistir al desarrollo de una novela que se ha visistado con vehemencia. Y Adda Laguardia es una mujercita a la que están esperando todas las cosas hondas del espíritu. Pero tiene intuición y un notable sentido para el análisis de los sucesos. Su intuición y su inteligencia le permiten incursiones audaces que cumple con gallardía. Con un estilo cuidado iría mucho más lejos. En un ambiente desprejuiciado y con experiencia de su propiedad, haría obra grande. Es una gran esperanza.

En “Sendas Contrarias” hay armonía casi completa: armonía de fondo y de forma que únicamente tiene una pequeña interrupción en esta última, interrupción que tal vez quede compensada con creces en varias páginas admirables, de construcción sobresaliente, que acaso no fueran mejor escritas por novelistas de fama y práctica largas. Me refiero, principalmente, a ese delicioso capítulo cuyo nombre es “Sorpresa agradable”. Está hecho con verdadera justeza, con mucho don psicológico, con perfecta capacidad de artista, pues abarca un motivo sublime pero tan vulgar, sin embargo, que se hace cursi en cuanto revela deficiencia la mano que lo describe. Adda Laguardia lo salva. Cierta es que el tema se acerca a su hora más que ningún otro...

Y aquí se robustece mi esperanza: cuando esta simpática compañerita llegue a sentimientos más complicados, consecuencia de las escaramuzas tan bien expuestas por su pluma en “Sorpresa agradable”, va a sentir que el momento de su triunfo definitivo llega amplificado por todas las alegrías. Mientras tanto, vivir, vivir con intensidad, es el mejor consejo que podemos darle desde la esperanza que quiere hacerse existencia.

Alicia PORRO FREIRE

—Tiene razón. Y yo que las arranco, soy mala—afirmó.

—¿Usted mala?—habló él con vehemencia—No; puesto que la flor sentirá por sobre su dolor, la satisfacción de ser acariciada por sus manos.

Ella estuvo tentada de preguntarle:

—¿Es usted poeta?

Pero no lo hizo; y pensó:

—¿Estaré en camino de perder mi timidez? ¡Tanto mejor!

El entusiasmo con que Enrique había hablado, por poco le hace perder el equilibrio. Había escalado la verja y a duras penas se sostenía en las plantas que oscilaban alarmantes.

Pensaba con horror en una caída.

—¿Viene usted a menudo aquí?

—preguntó ella.

Siempre que mis tareas me lo permiten.

Coral sonrió, interrogando con cierta malicia:

—¿Seguramente era usted... o su amigo quizá, el que estaba ahí ayer por la mañana?

El iba a responder afirmativamente, pero por prudencia habló:

—No... recuerdo.

—Sí;—charló locuaz Coralito — me proponía solazarme con un interesante libro, y vana idea! Uno a uno cayeron sobre las páginas una innumerable cantidad de carozos de guinda, que arrojaban desde el otro lado. Le aseguro que era todo un terrible granizo.

Enrique recordó perfectamente ser el causante de aquello, pero como le era mucho más cómodo echó la culpa al otro.

—¡Pero qué inaudito es eso! Ese Bobby es muy distraído.

—¡Y de buena estómago!—comentó Coralito—Por lo menos sería un kilo de guindas.

Enrique contuvo la risa.

—No tato; creo que no era tanto. Siempre he dicho que Bobby moriría de una indigestión. ¡Qué muchacho!

Pero le urgía decir algo más, y sacó nuevamente el asunto de las flores.

—¡Cuántas rosas tienen ustedes! Como le decía, a mí me gustan mucho. Tal vez sea por una graciosa coincidencia. Mi apellido es Flores. ¿Qué casualidad, no?

No había manera más exquisita de decir su nombre.

Coralito así lo comprendió.

—¿Usted se llama Coralito, no?—dijo él de pronto.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Oí decir a la sirvienta: señorita Coralito.

Ella inquirió extrañada:

—¿Ah! ¿Estaba usted ahí, entonces?

Enrique se vió apurado.

—Sí; este... estaba mirando las violetas...

Ninguno de los dos (aunque comprendieron perfectamente) extrañaba que en el jardín de los Holkins hubiera violetas en verano.

Era algo sin importancia.

Entre tanto Chichí, el perrito negro que dormía tranquilamente arrullado por la conversación, despertó y parándose apoyó sus elegantes patitas en las plantas, para observar mejor al intruso.

En lenguaje canino:

—¿Quién será éste que está conversando con mi amita? Voy a ver si consigo que se caiga.

Enrique profirió:

(Continuación de "La desgracia de Cloriceo")

—Mi hijo, usted es honrao, y no tiene puande errar, y por eso aguanté lo que su padre le va a decir.

Hable nomás, tata — y siguió mirando los pastos aplastados por las resacas del cañadón.

—Usted, mi hijo, tiene una mujer que le anda fayando, y lo traiciona con el forastero cantor. Ansina que proceda como lo hacen los hombres delicados, y honraos como tuito los de su familia. ¿Ha oído, mi hijo?

—Ta bien, tata.

Cloriceo sintió como si le entrara al corazón la punta de una daga; pero era su padre el que hablaba y no podía mentir. Tranquilo como siempre, siguió al lado de su padre, haciendo trotar su caballo.

Al regreso, de mitad del camino se despidieron y cada uno volvió a su casa.

Cloriceo nada de esto dijo a Laudelina, quería ver las cosas por sus propios ojos. Disimuló su dolor todo lo que pudo; pero ya notaba la culpabilidad de ella. Se conducía atenciosa y cariñosa como nunca. Todo lo toleró Cloriceo y esperó disimulando hasta el sábado que se despidió como de costumbre, diciendo que volvería el lunes. Ella lo creyó, y por la noche esperó a su cantor para entregarle el alma y el cuerpo como otras veces.

Cuando las sombras cubrieron el monte, apareció su amor dejando el caballo escondido a orillas de las palmas del abra.

Cloriceo vigilaba la guarida como el tigre con cría. También escondió su caballo para no ser visto.

Esperó que saliera la luna; que se alzara muchos metros por encima del palmar y que las sombras no atajaran sus miradas cuajadas en sangre.

Cuando la luna enfrentó a la puerta de su rancho y la oscuridad se convirtió en plateadas luces, el gaucho resueño se lanzó a esperar o "vichar" lo que hubiera de cierto, pero sí, pronto a la venganza.

Llegó al patio de su casa en puntas de pie; sus perros lo conocieron y no lo torearon. Encontró la puerta de su rancho floja, vió el principio de la infidelidad de su mujer. Desenvainó el facón; abrió la puerta y los rayos de la luna penetraron hasta el lecho donde dos cuerpos se agitaban. Pronto se fué encima Cloriceo y clavó hondo a los dos cuerpos en el preciso momento de la culpa.

Hundió la daga sobre dos corazones juntos hasta tocar el colchón de la cama; y con su puño robusto y el cuerpo retirado para no ensucarse con la sangre que bullía de la herida, se sació largo rato teniendo a los traidores ensartados en su facón cual dos ranas pinchadas a la vez. Luego arrancó el arma de entre las carnes tibias, y apuñaleó las pajas del quíncho para limpiarla de sangre...

Ya todo estaba concluido. Salíó afuera, miró la luna que serena se perdía entre las fajas de nubes, y se alejó en compañía de sus perros al lugar donde escondiera su caballo horas antes.

Sin pérdida de tiempo se presentó a la policía del pueblo, entregó el arma con que mató, y contó lo sucedido.

Al día siguiente lo pasaban por la calle que moría en la picada, y por cerca de los ranchos de sus padres. Ellos salieron a la calle a despedir al hijo que llevaban a la cárcel.

—¡Mi hijo, — le dijo balbuceando el anciano — ha lavao su mancha como hombre, caray!

—Sí, tata, maté; voy tranquilo, no me llevan por ladrón — respondió Cloriceo, y siguió en compañía de los soldados taloneando su pingo compañero de infortunios.

—¡Ay llámelo usted! Sinó dentro de poco estaré a sus plantas. Coralito lo llamó riendo y exclamó:

—¡Vaya una manera tan bonita decir que se va a caer usted!

Su risa brotaba límpida y clara. —¡Qué bien se rie! — pensó él. ¿Qué si soy poeta? No; pero lo siento, porque de lo contrario le cantaría a usted; y a su nombre. ¡Qué lindo es su nombre! Dígame usted, Coralito — y la miró.

Ella no se ofendió ni le mandó que se callara, y respondió con naturalidad:

—¿Qué?

—¡Qué tarde tan hermosa he pasado! ¿Es usted, o es el cielo, Coralito?

—Será el cielo — habló ella prudente.

—¡Hum! — e hizo un mohín; no estaba muy seguro. Sentía unos deseos locos de pronunciar aquel nombre, Coralito, mil y mil veces.

—¿Confía usted Coralito, en las amistades repentinas?

—Dicen que son las mejores — dijo ella muy bajito y ruborizándose.

Socorro apareció en el dintel de la puerta.

La señora Elena ha llegado — anunció.

—¿La señora Elena? ¿quién es la señora Elena? — inquirió él.

—Mamá.

—Entonces... se va usted? — preguntó disgustado.

—Sí — respondió ella con alguna pena.

Y como quería marcharse de cualquier manera, dijo horrorizándose de sus propias palabras:

—Yo también he pasado una tarde muy agradable...

El la miró hondamente y le rogó con ansiedad:

—Coralito, deme usted la mano para sellar nuestra amistad.

Ella se la dió complacida, y penetró en la casa. Y cuando Socorro volvió a sus tareas, le dijo afectuosamente:

—No hagas nada, Socorro; hoy tienes "derecho" a descansar...

El gatito se lamía contento los bigotes, mojados de leche...

Adela LAGUARDIA

AMOR QUE SALVA

Por Ramiro Sierra

Satanás observó un día que en su reino se habían dulcificado mucho los réprobos y que Belial, su segundo jefe, descuidando el importante ramo de los tormentos, se entregaba más de lo conveniente a viajes secretos, de los que siempre venía de mejor humor y menos actividad.

Belial iba a la tierra a pervertir a los humanos, como era su deber o se iba humanizando él?

Decididamente, urgía poner remedio a mal tan grave, y Satanás dedicóse a buscar sustituto a su negligente secretario.

Necesitaba un auxiliar enérgico para su eterna obra de perdición y de crueldad; pero un auxiliar fiero y duro como él, como él insensible al bien, sordo a las humanas quejas, ciego para la belleza, soberbio con los grandes, cruel con los débiles, ajeno siempre a toda virtud, sin enmienda ni arrepentimiento posibles.

En el lindo pueblo de X. halló Satanás a su hombre.

Allí, en aquella tierra linda, limpia y alegre como ninguna, encontró el diablo donde escoger.

Entre los mozos del pueblo, honrados y trabajadores, había los también perversos hasta lo inconcebible.

Decíase de alguno que, impaciente por disfrutar los bienes de su padre, asesínole alevosamente en el tranquilo hogar; a otro señalábale la opinión pública como verdugo de inocentes criaturas estranguladas por sus traidoras manos; aquél, era tildado de corruptor incorregible de tiernas muchachas; tal cual, huésped abonado a cárceles y presidios, era sin embargo reputado entre aquella calaña como tímido novato, en tan "brillante" carrera, y entre todos ellos, como su jefe indiscutible, al que propios merecimientos y ajenos aplausos habíanle concedido tan suprema distinción, descollada el "bravo" Rogerio, criminal empedernido, mozo cruelísimo y feroz, que desde sus primeros años mostró sus sanguinarios instintos, maltratando animales, saqueando tumbas, asesinando mujeres y niños y que más tarde, educado entre la "taifa", fué el espanto y terror de la comarca, por sus singulares e inauditos crímenes.

A él dirigióse Satanás, seguro de

su elección y orgulloso de su futuro colaborador.

Pocas, pero expresivas palabras bastaron entre ambos; ambición, soberbia, crueldad implacable, eterno odio a Dios y a la humanidad y guerra a la virtud. Tales eran los servicios que prestaría el nuevo secretario, a cambio de tener bajo su yugo a todos los condenados. Satanás por su parte, contaba de antemano con el alma de Rogerio.

—Mira, Rogerio, ó tu ó yo nos hemos equivocado. Allí, en el mundo, te creí "malo"; hoy sospecho que me engañas. Tus crueldades son pasajeras, tus castigos leves, tus odios platónicos; entre Belial y tú hay mucha diferencia: mientras él rabia y maldice, tú ries y sueñas; él castiga sin piedad, tú acusas sin rencor; él odia a los humanos, tú te acuerdas demasiado de la tierra. ¿Qué te ocurre? ¿Estás arrepentido de tu nuevo cargo?

—No, mil veces no. Quisiera tener entre mis manos la vida entera de la humanidad para ahogarla en sangre de inocentes; si yo pudiera, borraría del corazón de la madre hasta el amor a sus hijos, y de la mente de Dios hasta la idea de la justicia. No, no es lo que tu supones... Mira; hay en aquel rincón del mundo donde me encontraste, una mujer rubia como la mies en estío blanca como la nieve que cubre los picos de la sierra, como el copo antes de posarse en el fango de la calle, inocente y pura como el sueño del hijo en el regazo de su madre, que desde niño fué mi único temor; de hombre, mi solo consuelo: cuando todos me despreciaban, ella me sonreía, y al acariciarla yo, temblaba de gozo entre mis brazos, como los pétalos de la rosa que el viento agita...

—¡Basta! — rugió Satanás. — ¡Estás enamorado de esa mujer! ¿No es cierto?

—¡Oh, sí, enamorado, loco; nada hay que pueda borrar de mi su dulce recuerdo.

—Pues bien; vete, imbécil, vete; no me sirves aquí. Yo soy todo odio, pecado brutal, irredimible, y el amor es luz, esperanza, redención: no, no me sirvas, huye de aquí; estás enamorado, tú te salvarás algún día y yo no puedo admitir aquí más que incrédulos y desesperados.

ANECDOTA

Cuando se estrenó "La Traviata", el público recibió con desagrado la obra, hasta el punto que determinó el fracaso del estreno. En esa oportunidad, su autor, el insigne compositor José Verdi escribió así a uno de sus amigos:

"Ayer "La Traviata", un fracaso completo. ¿Es culpa mía o de los cantantes?... El tiempo lo dirá".

Y el tiempo dió la razón a Verdi y culpó a los cantantes.

Entre las numerosas voces de poetas que en ambas orillas del Plata cantan la gloriosa tortura del amor, Ricardo M. Llanes, el autor de "Por la gracia de Helicón" y "Felicidad", alza la suya, sencilla y temblorosa de emoción humana, para cantar al fruto del amor logrado, al Hijo. Desdeñando los temas exóticos o complicados, de fácil brillantez, este poeta se recluye en su hogar venturoso para clamar, rodeado de los suyos, la clara palabra de su dicha fecunda. Y esta palabra es tan sincera, está tan traspasada de emoción, nace tan de lo hondo, que apenas necesita reforzarse con el poder del verso para conmovernos e interesarnos. Es, no tanto la voz de un poeta, como la voz de un padre, la que oímos en este libro, tan plenamente rotulado "Felicidad", y en el que un grande y sincero sentimiento no podrá menos de hallar siempre la expresión oportuna, aún cuando sólo se manifieste en un balbuceo enajenado y torpe, en una vaga y tierna canción de cuna. Siempre nos parecerá de una gran belleza el gesto de este padre que arma para su hijo esta casita lírica; siempre seremos sensibles a su humana emoción, y sólo un abuso desdichado de mala retórica podría deslucir y malograr la simpática sugestión de este libro, que encierra en sus páginas una caricia para los niños todos y que no tiene muchos compañeros en nuestra literatura. Con razón escribe el ilustre Alberto Nin Frías en sus bellas "Palabras": Los niños? Los queremos acaso aquí, en este ambiente, donde el caballo de carrera idealizado y la diosa Azar se llevan todas las más serias y continuas preocupaciones de los hombres?... Decía, y con criterio fino, un escritor cuyo nombre no recuerdo, pero que debió de ser muy grande, que dos cosas malas había en el mundo: un pájaro en manos de un niño, y un niño educado por padres españoles. No puede repetirse sino lo propio de estas hijas de Iberia, y así es de chato y ruin su destino. Muy otras son las ideas de Ricardo M. Llanes: ¡es él padre amoroso en extremo, y su libro de versos va dedicado a su hijito! Un espíritu así orientado sólo puede merecer plácemes de los que piensan, como yo, que el niño es el más huérfano de nuestros huérfanos, tanto en lo físico como en lo moral. Cual de nuestros poetas se agacha a auscultar los anhelos de esos corazoncitos, cuál de nuestros escritores teje hermosos cuentos para ellos?... Esta interrogación deja vibrante su saeta de reproche sobre nuestra literatura contemporánea, en la que se podrían señalar páginas aisladas consagradas a los niños, poemas sueltos estremecidos por alguna vibración infantil; pero en la que vanamente buscáramos libros como "Cuore" del italiano D'Amicis, o "La Luna Nueva" del indio Rabindranath. Entre nosotros se ha cantado al amor y a la mujer, y precisamente en América la lírica erótica se ha enriquecido con clamores y balbuceos extraordinarios. Pero si se ha dado el caso de un libro entero dedicado a la amada, como "La Casa de la Primavera", de Martínez Sierra, no podría señalarse un nido o una cuna construido verso a verso por un padre poeta para el hijo de su amor y de su esperanza. En general, el grillo del hogar ha cantado

Un juicio del prestigioso escritor R. Cansinos Assens, sobre el libro "Felicidad", de nuestro colaborador Ricardo M. Llanes

poco en nuestra lírica, y si una inspiración sensual y pesimista ha ensalzado a la mujer, elevándola sobre las aras de las antiguas diosas fatales, rara vez ha tenido una frase de ternura para la esposa honesta y su sencillez cortejo de familiares atributos. Acaso el pudor habrá cohibido a los poetas para clamar sus domésticos júbilos fuera del hogar y darles la pública resonancia del verso; quizá sea

hijos — por un poeta que no tenía el sonrojo de su honestidad. Me refiero a "Estrofas" (1907), ese tierno antifonario en que Ricardo J. Catarinéu, un poeta tempranamente arrebatado a la vida, y para cuyo pleno florecimiento fué un obstáculo el ejercicio crítico, supo expresar hondamente esa poesía familiar, que si no ha de encaramarse en el coturno, tampoco ha de calzarse por fuerza las vul-



—¿Lo ves? Cuando te encuentres entre dos filas de "autos"..., quieta en medio. ¡No pasa "casi" nada!

también que la dicha, demasiado profunda, está falta de voz y de expresión; pero es lo cierto que mientras abundan los libros elegiacos, los madrigales fúnebres, escritos sobre las tumbas de las esposas muertas — al modo de "Dolores", de Balart, o "In Memoriam", de Villaespesa —, son raros estos otros libros en que, como en "Felicidad", de Ricardo M. Llanes, un padre dichoso entona bravamente la canción de su alegría, asociando en ella a la esposa cual en festivo y doméstico rito. En nuestra lírica contemporánea sólo podríamos señalar un libro de versos consagrado casi exclusivamente a glosar la sencilla dicha doméstica — el hogar, la esposa, los

gares pantuflas.

Tal elogio puede hacerse también de Ricardo M. Llanes, este argentino o español emigrado a la orilla del Plata, que ya con su primer libro de versos, "Por la gracia de Helicón" — acreditóse de fino poeta en una República de tan finos cantores. Un sagaz sentido de artista le previene contra el peligro de insistir demasiado con palabras sobre una poesía que ha de estar toda ella en la emoción. El celebra su dicha en notaciones musicales ingenuas y espontáneas, semejantes a los arpeggios que salen del buche de un pájaro gozoso. Sus estrofas, a veces, no tienen más valor que el de una algarabía de trinos y gorjeos junto a los nidos,

de un alborotado batir de alas entre los verdes árboles de la primavera. Es algo alegre y fresco, que nos comunica su júbilo y su claridad, haciendo que nos sintamos felices ante la felicidad del cantor. Felicidad plena, absoluta, que no se empaña en ningún instante con la menor sombra de inquietud. Este ruiseñor del hogar entona su trova sobre una pauta de jovial optimismo, sin que jamás se advierta en ella ese trémolo que en otros poetas felices da un valor precario a la alegría. El autor de "Felicidad" respira ventura a plena boca, y en sus labios el goce de vivir no es una sonrisa hercónica o transcendente, sino risa espontánea y natural, que difunde su expresión por el semblante todo. Al proclamar su doméstica dicha, Llanes se abandona por entero a su dulce presente y recoge toda la luz del día para pintar el venturoso cuadro, sin evocar futuras que le brindarían un patetismo fácil. Su voz es plenamente afirmativa. Cuando posa la mirada en el hijo, sólo alegría le llega a los ojos y al alma de ese ensueño hecho carne. Nunca, cual otros poetas que circunstancialmente han puesto guirnaldas de versos en la frente de un hijo, desliza entre las rosas de la infancia las mustias hojas otoñales de una edad tardía, asombrada o contrita de haber engendrado una primavera. El no siente ante el hijo el dolor o el remordimiento de haberlo traído a un mundo hostil y a una vida triste, y en vano buscaríamos en su verso esa vibración melancólica que no falta en la mayoría de los poetas modernos cuando evocan al hijo, y que puede percibirse, con su dejo de desencanto, en las estrofas paternas de Rubén Darío, y exaltada hasta la más desolada amargura en los líricos acentos con que nuestro bohemio Carrère pide perdón al hijo por haberle engendrado. Este pathos pesimista, heredado de los poetas franceses finiseculares — desilusionados de la carne triste y de su fruto — de los cantores del amor exquisito y estéril, no es el del autor de "Felicidad". El no piensa que su hijo sea la obra nefasta del instinto, sino la coronación de sus sueños más puros, el florido brote del ideal y del amor. El lo esperaba desde que empezó a amar y a sentir la poesía, y puede decirse que fué su expectación lo que le hizo poeta. Ya en su primer libro "Por la gracia de Helicón" hallamos estos versos proféticos dirigidos a la esposa: "Por las futuras flores que esperamos, — por todo lo que Amor nos inculcara, — reflejemos la dicha en nuestros ojos — y aguardemos la espléndida mañana, — que magestuosa — con su alborada — pondrá la realidad con su sol de oro — en el más dulce sueño de tus ansias".

Luego, logrado ya el anhelo de su amor, su verso prorrumpe en interminables letanías de júbilo y de agradecimiento a la vida, que no pierden nada de su sentido pánico por estar dirigidas a Dios. ("Con su llegada se terminaron mis amarguras, — volaron todas mis desventuras; — pájaros negros, buitres hambrientos, — lejos de mí. Se fué mi angustia despa- vorida, — se abren las flores, — cantan las aves sobre mi vida, — ¡Señor, por tí!") La presencia en la casa del hijo, largo tiempo esperado, le enajena con emoción de

ANECDOTA

En cierta oportunidad en que se discutía un plan de campaña en el cuartel general, el mariscal Foch observó que un jefe de menor graduación no se atrevía a exponer su opinión, quizá por respeto a sus superiores que allí estaban. El mariscal se acercó a él, y, afablemente, le ordenó que dijera su parecer.

— "Las opiniones — le dijo — no tienen grado militar. Son malas o buenas, nada más. Y las buenas, como las malas, lo mismo puede decirles un mariscal que un simple soldado."

maravilla, una maravilla que no pierde su prestigio con las palabras, siempre renovadas, que la expresan. Todo el libro es como una misa de Navidad entonada entre alborozados sonos de rabel por un padre feliz que da un sentimiento mesiánico al advenimiento del hijo. Este hijo es el noble mensajero que trae un evangelio de ventura: su nacimiento ha coincidido con la fiesta del Noel religioso, y en su modesta cuna se identifica con el niño Jesús del pesebre santo de la leyenda. Y su padre canta junto a la cunita: "Venid, niños míos. Contemplad la cuna. Un cuerpo rosado dejó la fortuna — agita sonriendo sus divinas alas — la felicidad!". El estro ingenuo de los villancicos revolotea en torno a la cuna de este nuevo Hijo del Hombre, murmurando estas tiernas letrillas: "Supieron las aves — el alumbramiento, — en trinos sonoros — lo dieron al viento. Y el viento lo dijo — por todos los lares, — por cielos y tierras, — por selvas y mares. Bajaron a verlo — querubenes dichosos, — pifanos sonaron — salmos jubilosos, — y todo fué gloria — por su nacimiento; — laureles y risas — en mi sentimiento!". Luego de festejado el natalicio de este niño de ventura, asistimos a su bautizo y oímos ponerle el nombre que mejor pudiera convenirle: Rubén Amado. "Yo te doy este nombre en honor de Darío — y en recuerdo de Nervo, suspirado hijo mío!". De esta suerte su nombre será un poema, al par que un augurio y un acto de devoción. Y el padre canta: "Tu nombre es un poema: apréndelo, hijo mío, — en recuerdo de Nervo y en honor de Darío". Qué nombre mejor para el hijo de un poeta, que será poeta también? Porque Rubén Amado ha nacido con la predestinación lírica, y ha

de dar a los mortales la suprema alegría del canto: "¡Tú serás poeta, — hijo de mi vida! — ¡Tu nombre ha vibrado por todo el planeta — en el verso alegre de la bienvenida! — Tú serás poeta, porque te conjuro — sobre las auras de mi fantasía". Y es hermoso

de una dulzura nueva. Su presencia aviva más aún la ternura que el padre siente por la esposa en cuya compañía esperó el prodigio, y que "es mi vino, y mi rosa, y mi verso, y mi estrella". Luego el amor al hijo se convierte en amor a todos los seres, por la na-

de ternura, — Dios ha modelado!"

Todo el libro viene a ser así como un sacro misterio de la fecundidad que se pone bajo el amparo del mito cristiano como el más próximo al poeta; pero que es capaz de recibir un sentido múltiple — pagano o búdico, — pues todos estos villancicos que aquí entona un padre han sonado en torno a las cunas de todos esos niños predestinados de la leyenda, y todas las criaturas han sido invitadas a alegrarse con el prodigio de esos natalicios, que, a su vez, sólo expresan, magnificadas, las esperanzas que el hombre ha conseguido siempre al nacimiento de un hijo, magno y jocundo suceso que está en la base de todas las grandes religiones y de toda gran poesía. El poeta, no obstante el mito bajo el que se cobija, restituye aquí al sentimiento mesiánico su verdadero sentido y realiza su mejor interpretación sustituyendo al sacerdote en esta misa del hogar. Por ello resulta su libro un sencillo evangelio humano de amor y fecundidad en el que no es de las cosas menos dignas de notarse el que el niño predestinado sea un poeta — lo que en último término es Jesús para la simpatía de quienes no aceptan su divinidad. Pero estamos dotando de trascendencia a un libro cuyo mayor encanto es la ingenuidad alborozada con que proclama la festiva frase litúrgica — "Nobis natus est Puer". Terminemos, pues, aquí esta glosa, estremecida por un fresco hábito de infancia con los mejores augurios para ese niño predestinado que lleva los nombres de dos grandes líricos y que ha tenido un padre poeta para entonarle su canción de cuna.

R. CANSINOS ASSENS.

Madrid, Abril de 1928.

y humanamente conmovedor este gesto con que el padre poeta parece poner en la cuna del hijo, de igual modo que pondría una corona, este otro atributo menos espantable; una lira.

Mas no terminan aquí los trinos de alborozo por el advenimiento de Rubén Amado ni los tiernos arrullos con que el amor revolotea junto a su cuna. Niño mesiánico, ya empieza a esparcir sus gracias por el hogar en raudales de una belle-

turalidad comunicativa de todo gran afecto y porque todas las criaturas, hombres, aves o mariposas, son invitadas a gozarse en la sin par belleza de Rubén Amado. "Hay niño más lindo que Rubén Amado? — No, dicen las flores. Nosotras le dimos de nuestros colores". Y las mariposas y los pajarillos, interrogados sucesivamente, responden luego a una: "¡No hay niño más lindo — que Rubén Amado — porque su belleza, — ebrio

No solamente en nuestro país se han introducido en el habla corriente ciertas palabras que a nuestros abuelos les chocaba oír en labios de sus nietos, hoy ya familiarizadas en los hogares criollos, y hasta me aventuro a decir que son ¡insuperables!... Me refiero a esas palabras nacidas en boca de un criollo de pura cepa y que se pronuncian con orgullo por ser genuinamente nuestras; esas que no llegan a enlodarse en el fango del arrabal, por ser demasiado refinadas para descender hasta allí.

Veamos lo que dice al respecto la conocida escritora inglesa Frances Sherry, y que yo me permito traducir al castellano:

"Hay palabras que son "cosas extrañas", palabras feas, que se han abierto camino entre el lenguaje nuestro en distintos periodos, y aunque nuestro sentido común las tache de malas, esto lo pasamos por alto, cuando nos son necesarias para rotular o especificar algo preciso".

"Palabras que son insustituibles. Otras las hay de un "instinto" hermoso, noble, que agrada el sentir las pegándose al oído de inmediato, porque dejan la impresión de un exquisito timbre, una unión de sonidos bellos, poéticos, argentinos... Los poetas tomaron la dulzura de esas palabras, cual abejas trabajadoras, e hicieron con ellas la miel para quienes no podían por sí solo elaborarla".

"América del Norte, ha trabajado con ahínco por nuestro vocabulario, y debémosle gratitud".

Donde las dan las toman

ALGO SOBRE LEXICO

"Ella no nos habrá dado muchas palabras melosas, pero nos ha enriquecido con aquellas que son infinitamente expresivas, con ser feas, o diré, rústicas. Hay tanta sencillez en algunas de esas nuevas palabras, que se han introducido en nuestro léxico común, sin sentir, adueñándose de nosotros sin producir la menor molestia con su entrometimiento".

"Hemos tenido, hasta hace poco la costumbre de desacreditar las más nobles de estas palabras, tachándolas de vulgares. Pero ellas son vigorosas, y nos han vencido al fin".

"Además, el significado de estas palabras vulgares, en el comienzo de su forma original, no es motivo suficiente para manchar con un borrón a la gran nación democrática americana, diciéndole con menosprecio: "típico del vulgo" "usado por el vulgo", a aquella gran masa humana que se individualiza, y que citan los demás países como hombres de trabajo, de negocios y de progreso".

"Muchas de las palabras americanas son cariñosas, afectivas, sinceras, y guardan el calor directo de una fuerza viva. Ellas ahorran

tiempo con su sencilla expresión; algunas veces suelen ser fragancias del gran espacio abierto en el nuevo continente, y otras... manifestaciones de ternura y dulzura en quienes las han concebido, dándole vida y cuna en esas grandiosas "cities", sin dejar, por esto, de ser siempre firmes y viriles, y a las que un yankee no se avergüenza, nunca de recurrir para su uso, desafiando el qué dirán, por estar seguro de lo que dice".

"Carecen de esa afectación de las palabras francesas que se han trepado a nuestro lenguaje para encubrir algún pensamiento hipócrita".

"Complican algunos platos de comida con sus nombres retumbantes, en los cuales hay que estar a la pesca de los pocos condimentos alimenticios que contienen. ¡Esos menús franceses con sus ridículos nombres! He aquí uno de los peores ejemplos del indigno uso de palabras extranjeras entre nosotros".

"Alemania, nos ha mandado una prolija colección de términos científicos envueltos en profusión de consonantes."

"La farmacopea está llena de esa

latín endemoniado para ocultar al público los ingredientes impuros de que están recargadas las dosis."

"De todo esto nos olvidamos cuando nos quejamos, y sonreímos del fluido mágico de las expresiones norteamericanas y de sus descriptivos epítetos, los cuales aunque estropean el inglés puro, son sin embargo, necesarios".

"Nuestro idioma, ya mestizo, está recopilando palabras frescas, viriles, e insustituibles, de una nación que si bien no nos ha de aventajar con su mucha límpidez para adición a nuestra "historia gramatical y literaria", nos ahorra el decir aquellas que son ásperos silbidos de una rancia aristocracia, ofreciéndonos, a cambio, otras precisas, grandes en su sencillez, y sin ningún doble sentido".

Nosotros, los criollos, también tenemos, como los norteamericanos, palabras únicas, y eso de creer que está feo el decirles ¡es una macana! No seamos "retobados" con ellas, abrámosle, cordialmente, nuestro pecho para que se "apichonen" en nuestro corazón, y ahí críen alas ¡para volar hasta España!...

Imitemos a los yankees que ya han exportado sus palabras a Inglaterra.

¿Acaso no es esto mejor que intercalar las gringas a nuestro idioma?

Donde las dan las toman.

Ciriofó PEREYRA DE GOICOA.

Conocimientos útiles ::

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Tinta dorada para ropa lavable.
1.a. Una parte de cloro-aurato de sodio, 10 partes de agua y 2 partes de goma. 2.a. Una parte de ácido oxálico, 5 de agua y 2 de goma.

La parte del tejido en que se vaya a escribir se prepara con la solución 2.a, y una vez seco el sitio, se escribe con la tinta de la fórmula 1.a. Después se estira sometiendo a gran presión y luego se lava.

Las manchas de iodo se quitan, frotándolas con amoníaco líquido, aclarándolas después con agua fría y lavándose por último, con jabón.

Para dorar zapatos para teatro y otros objetos de cuero, se empieza por dar al material una mano de clara de huevo. Cuando se ha secado ésta, se frota bien el cuero con la mano poniéndose en la palma un poco de aceite común, y en seguida se colocan los paños de oro y se pasa un hierro o una plancha caliente, teniendo presente que el oro sólo quedará adherido en los puntos por donde se haya pasado el hierro; el resto se quita con solo pasar un cepillo.

Receta contra las hormigas. — Para desembarazar los muebles, armarios de pared, etc., de las hormigas que los invaden basta depositar en tales sitios limones podridos, para lo cual se dejará estos frutos en una cueva hasta que el moho haya cubierto la cáscara de una capa verde.

El olor que se desprende, muy parecido al del éter sulfúrico, hace, que al cabo de uno o dos días, hayan desaparecido y no vuelvan nunca a sus incursiones.

Para quitar el óxido del hierro se emplea en América un buen sistema.

Las partes manchadas se untan con una disolución fuerte de ácido tártrico y se ponen al sol.

Una vez secos los objetos, se lavan con lejía jabonosa caliente, se frotan las manchas con zumo de tomate crudo, vuelven a ponerse al sol, y cuando ya estén casi secas se lavan de nuevo con lejía de jabón.

Las alhajas de oro y plata se limpian con agua caliente a la que se ha agregado un poco de amoníaco. Luego se frotan con un cepillito blando, y se pulen con una gamuza nueva hasta que queden limpias y brillantes.

Para que la polilla no ataque a las pieles ni a las ropas tómese 125 partes de alcohol y otras tantas de trementina, y disuélvanse en la mezcla 30 partes de alcanfor. Esta mixtura se guarda en una botella. El líquido hay que agitarlo al usarlo. Las pieles se envuelven en tela blanca, y en los cajones donde vayan a guardarse se ponen papeles secantes humedecidos con la citada preparación. En los armarios donde se guarda la ropa colgada, pueden ponerse pelotas del mismo papel. El olor tan penetrante que despiden la mixtura, ahuyenta a los insectos y has-

ta los mata, y tiene la ventaja de disiparse en seguida, exponiendo al aire las prendas. El procedimiento debe repetirse todos los años, y siempre da muy buen resultado.

Para dorar el cobre, latón o bronce se introducen los objetos a los que se quiere dar la apariencia de oro en un baño hirviendo compuesto de:

Cloruro de oro	12 ptes.
Bicarbonato potásico	900 "
Agua común	1600 "

o si se prefiere esta otra mezcla,

que según parece es algo mejor:	
Cloruro de oro seco...	3 ptes.
Pirofostato sódico	160 "
Agua común	2000 "

Un sobre pegado con clara de huevo, no puede ser abierto exponiéndolo al vapor de agua, porque el calor aumenta la adherencia de aquella substancia.

Para pintar de plata sobre tela. Se hace una solución de nitrato de plata y se le añade un poco de goma, para dar mayor estabilidad al líquido. Después, con un pincel

de pelo de camello o una pluma gruesa que no esté usada, mojado en la solución, se dibuja en la tela lo que se quiera, arabescos, guirnaldas, etc.

Seco ya el dibujo, se pone la parte pintada sobre una vasija que contenga agua, cinc y un poco de ácido sulfúrico. Al poco tiempo, la plata, reducida, se habrá adherido fuertemente al tejido.

Lavado de las mantas. — Se deshace media barra de jabón amarillo en dos litros de agua y se vierte en una artesa grande llena de agua tibia, añadiendo una cucharada grande de amoníaco por cada cuatro litros de agua. Se lavan en este agua las mantas frotándolas bien, se enjuagan después con agua tibia, se retuercen para escurrirlas y se tienden, procurando aprovechar un día de sol y de aire para que se sequen más pronto.

Tinta para escribir en porcelana y cristal. — Si se quiere que la tinta sea negra: se toma 1 ó 2 partes de salicilato de sosa y 1 de sulfato de bario. Consérvese en botellas herméticamente cerradas: es conveniente agitarlas antes de hacer uso de ellas. Se escribe con plumas de acero.

Cemento para pegar loza. — Tómese una cucharada grande de cal viva y mézclese con una clara de huevo. Por separado se mezclan partes iguales de leche y vinagre. Esta mezcla se va echando gota a gota sobre la primera mientras se bate perfectamente, y el conjunto debe formar un cemento bastante claro. Cuando se va a usar, se calienta ligeramente el cemento, así como los bordes de los trozos de loza que se quieren pegar.

Los paraguas de seda se limpian muy bien frotándolos con una esponja empapada en cerveza. Esta debe emplearse un poco caliente para que dé buen resultado.

Para impermeabilizar el hormigón se recomienda como muy eficaz un procedimiento, que consiste en disolver dos kilogramos de potasa y dos kilogramos y medio de alumbre por cada 10 litros de agua destinados a hacer el mortero de cemento que se aplica como enlucido a las superficies de hormigón.

La molestia que causan las picaduras de los mosquitos, se quita frotándolas con un dedo humedecido é impregnado en ceniza de tabaco. Después, se quita la ceniza friccionando la parte atacada con un pañuelo.

Con tan sencillo procedimiento desaparecen el dolor y la irritación.

Las manchas de resina, de pez ó de cera, y en general todas las producidas por sustancias resinosas, se quitan empapándolas bien con alcohol rectificado y frotándolas con suavidad.

A falta de alcohol puede emplearse esencia de trementina, agua de colonia, esencia de espliego ó limón, siempre que los tejidos y los tintes no sean alterables por dichas sustancias.

LA "CAÑA"

Habían ofendido al paisano quich, en un arrebato de ira, juró castigar al que le "faltara".

El diablo le afiló el puñal y mientras le ensillaba el caballo le empezó a calentar la cabeza y hacerle hervir la sangre para que se vengara.

El gaucho montó a caballo y galopó en busca del enemigo, pero la distracción del viaje, la serenidad del cielo, la paz de los campos, le fueron infundiendo en el alma ideas de amor.

Se bajó a beber en un manantial y el agua buena lo aconsejó:

—Perdona.

El diablo se vió perdido; apuró su caballo y se fué a la casa de la víbora:

—Buen día, comadre, véndame un poco de su leche.

Voló a la madriguera del zorro:

—Viva, compadre, deme un poquito de mañas y de malas artes.

Llegó a la cueva del tigre:

—Oh, compañero, cédame unos gramos de rabia.

Pasó por el chiquero del chanco y compró pereza; pidió al gato traición y a la urraca ardid para el robo...

Se fué al camino por donde debía pasar el paisano y en la calavera de un carnero puso a hervir todos los ingredientes adquiridos. Les agregó raspaduras de sus cuernos y sus pezuñas y en tanto se ponía a punto, levantó una casa muy bonita sobre la cual puso un gran letrero:

"BOLICHE"

Cuando el gaucho la enfrentó, él, vuelto comerciante, le hizo una meliflua invitación:

—¿Vendrá cansado? amigo; baje a refrescarse, a tomar alguna cosita...

El paisano no se hizo rogar y pidió agua.

—¡Agua! — se escandalizó el diablo que conoce la debilidad del cristiano.

El agua es para las mujeres... Tome una "caña" que es cosa de machos. Y le servía el menjurge infame.

El, — para eso era hombre, — se la bebió "de una sentada" sin pestañear, aunque le quemó la garganta.

—Buena, aprobó.

La sangre le corría más a prisa.

Pensó en el enemigo.

Se tocó el puñal.

El diablo, jubiloso se frotaba las manos.

No era preciso recomendarle venganza.

La "caña", su aliada, se encargaría de ello.

Montiel BALLESTEROS.

INAUGURACION DE UN ESTUDIO DE IMPRESIONES. — La Corporación Argentino Americana de Films a fin de ofrecer a los Empresarios lo que el público quiere y no reparando en gastos, ha construido en Buenos Aires, el estudio de impresiones más completo y perfecto que existe en Sud América. Dicho estudio ha empezado a trabajar el día 1.º de Mayo, pudiendo así dentro de poco tiempo ofrecer al público argentino un conjunto de películas parlantes con artistas y sobre temas netamente nacionales.

FRANCISCO P. DONADIO. — El señor Francisco Pablo Donadio, célebre director argentino que se ha destacado, no solamente en producciones nacionales, sino también en muchas europeas y principalmente italianas, contando en su haber la dirección de películas tales como "Teodora", "Hamlet", "Napoleón", y otras producciones de la renombrada filmadora Ambrosio, acaba de hacerse cargo de la dirección artística de los estudios de impresiones de la Corporación Argentino Americana de Films.

LA PRIMERA EXTRAORDINARIA. — En el número anterior hemos anunciado como primera Extraordinaria de la Corporación, la película "THE HAUNTED SHIP", la que se iba a denominar "EL VELERO MISTERIOSO". Se ha resuelto cambiar el nombre a dicha película, y ponerle en cambio "EL FANTASMA DEL MAR", título mucho más comercial y que evitará confusiones con otros films, que llevan nombres muy semejantes al primero.

CHARLES ROGERS, en la Universal. — Charles Rogers, cuya popularidad se acrecentó después de su trabajo en la película de Mary Pickford "My Best Girl" ha sido designado para acompañar a Marion Nixon en la película "Crean of the Heart", argumento de Percy Marks, la cual el conocido director Melville Brown ha comenzado a filmar en Universal City esta semana.

"MI AMIGO EL HINDU". — Glucksmann ha comenzado a exhibir, desde el 20 del actual, la cinta del título, una desopilante farsa, de intrincada trama, cuya situación fundamental, de la que derivan las peripecias cómicas, es la de un joven "globe-trotter" que

Notas cinematográficas

se hace pasar por príncipe hindú. Brillante interpretación de Franklin Pangborn, Elinor Fair, Jeanette Loff, Tom Rickets, Ethel Waler, secundados por un notable conjunto.

conjunto admirable por su animación y eficacia.

William Valentine (Franklin Pangborn) "globe-trotter", al salir del hotel tropieza con Bernice (Elinor Fair), y, como ella, en la

EL REPROCHE

Alma mía: ¿qué has hecho para que así te olviden, para que así te dejen envuelta en niebla oscura?... Tú eras grande y tenías lo que los hombres piden: manantial de consuelos y ofrendas de ternura.

Alma, tú eras inmensa porque tenías todo, y yo, firme creyente, por tí he soñado tanto que traspasé los muros de mi exaltado lodo ¡y te encontré, deshecha, ya más allá del llanto!...

Quizás vas a contarme la realidad, mezclada con esa bondad cálida que es tu fantasía, quizás a este reproche de mi boca cansada quieras besar, sonriendo, cuál hermanita pia!

pero ¿qué de tristezas en mi dolor informe!, ¿qué de desesperanzas sin tregua ni medida!... ¡Creer que hacemos algo junto a la vida enorme y ver que nada hicimos para dorar la vida!...

Carlos María PODESTA.

El argumento de "Mi amigo el hindú" se puede contar en dos palabras: lo que resulta inenarrable es su desarrollo rebosante de situaciones, de escenas, de detalles cómicos de un efecto irresistible, valorizados por una interpretación de

calle pierde un tacón de su zapato, él se apresura a arreglar el desperfecto. Entre ambos nace una gran simpatía.

A la vez el hermano de Bernice, Charles (Ben Hendricks) ama a Marion (Ethel Wales), pero sin

ANECDOTA

El cochero de Federico el Grande, en cierta oportunidad, cayó con carroza, caballos y regio pasajero en un foso cubierto de lodo. El soberano, indignado tras grandes esfuerzos, logró salir de situación tan embarazosa, y, enfurecido, bastón en alto, dirigióse hacia el poco precavido servidor.

—¿Qué hay de extraordinario, señor, en esto que acaba de acontecer?—le dijo, impertérrito, el cochero.—Si hemos caído en el foso es porque los caballos no me han obedecido. ¿Acaso Su Majestad, siendo tan buen general como yo cochero, no ha perdido más de una batalla?

fortuna, por la oposición de la familia.

Una serie de circunstancias hace que Charles y Valentine traben relación y que este último se decida a disfrazarse de príncipe hindú para servir los propósitos del enamorado Charles.

Se realiza una brillante recepción del príncipe en la casa de Marion y al fin la superchería es descubierta, pero Valentine consigue su objeto de ser feliz al lado de su adorada Bernice.

"LOS CONQUISTADORES DEL AIRE". — Desde el viernes 18 del actual, exhibe Max Glucksmann esta interesante cinta.

Dos cómicos de la pantalla de los más populares: George Sidney y Charlie Murray, en los papeles de los protagonistas de este film consiguen mantener en constante hilaridad al espectador.

"Los conquistadores del... aire", ofrece, además, un espectáculo impresionante y original de aviación.

El argumento gira en torno de Cohan y Cohn, dos peluqueros que están lo que se dice chiflados por Minie la manicura de la casa. La joven, por su parte, tiene chifladura por los aviadores. Cohan y Cohn celosos, deciden, cada uno por su cuenta, entrar a una escuela de aviación. Esta escuela está a cargo de un rival de ellos, de un galán enamorado de Minie.

Las escenas cómicas se entremezclan con las de aviación en las que se realizan las más impresionantes hazañas, presentadas bajo aspectos originales y que constituyen un espectáculo brillante.

MADRINA de GUERRA

El legionario José María G. Coello Burgos, que presta servicio en el ejército español destacado en Marruecos, nos escribe pidiéndonos que, por conducto de FRAY MOCHO, hagamos público su deseo de encontrar "una mujercita que se brinde a ser madrina de guerra o de paz" (son sus palabras) entre las lectoras de esta revista.

Complacemos el pedido del solicitante, cuya dirección postal es la siguiente:

José María G. Coello Burgos.
Representación del Tercio.
Melilla (Marruecos).

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

U.T. 0428, B. Orden.

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
N.º suelto \$ 0.20	N.º suelto \$ 0.25	
N.º atrasado \$ 0.40	N.º atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12 —	\$ 3.70
chico	" " " 8 —	3 —
Tapas sueltas	" " " 9 —	2 —
chico	" " " 6 —	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

LA FUERZA DE UN SOPLO

Los chiquilines hacen unas bolsas de papel que llenan de aire y las hacen estallar con gran ruido.

¿Ha pensado alguien en la fuerza que puede desarrollarse soplando? Si; pero por fortuna a nadie se le ha ocurrido aplicar esa energía a la industria. De lo contrario tendríamos infelices individuos que valdrían tantos o cuantos "caballos de vapor".

Ampliando el procedimiento que les sirve para divertirse a los niños, podemos obtener una comprobación de la fuerza de nuestros pulmones.



Se hace una bolsa de papel resistente, larga y estrecha. Colocada sobre el borde de una mesa — dejando la parte abierta de la bolsa frente al que vaya a realizar el experimento — se ponen encima de la parte cerrada libros voluminosos, diccionarios o guías comerciales; se sopla hinchándose el saco de papel, y los tomos, que representan un peso no despreciable, caerán fácilmente.

N.º 59 — COMPRIMIDO

B: oo

N.º 60 — JEROGLIFICO

NUEVO CONSEJO VIEJO

N.º 61 — CHARADA.

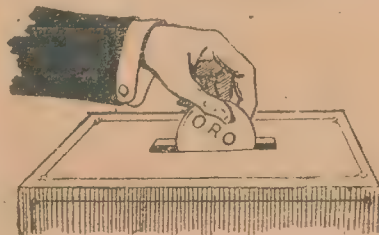
Si te piden un favor mostrando gran interés y *tercia prima segunda*, al *prima segunda tres* (o todo, como tu quieras porque también todo es), deberás hacerlo para no pecar de descortés.

N.º 62 — JEROGLIFICO

DIOS

COSAS COSAS
COSAS COSAS

N.º 63 — FRASE HECHA



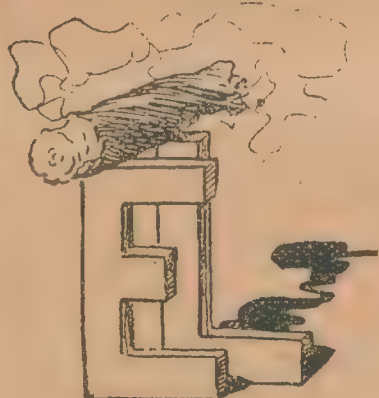
N.º 64 — CHARADA

—Segunda *tercia prima segunda*, y verás qué bien te sienta.

—¡Qué asco! ¡Si parece *cuarta terciat*!

—No importa; pero es muy bueno para el todo.

N.º 65 — FRASE HECHA



N.º 66 — COMBINACION ALFABETICA

A A A A

Agregando tres consonantes forman el nombre de un pueblo de la provincia de Buenos Aires.

N.º 67 — CHARADA

—¿Conque *prima prima cuarta*, tu hija, le ha *quinta cuarta quinta* mil pesos su tío? ¡Qué *segunda terciat cuarta*!

—Ya era hora de que yo fuese todo alguna vez.

N.º 68 — JEROGLIFICO

Que BIEN Que SE QUIER CON

1 Que , BASTA

N.º 69 — REFRAN

Gustos

N.º 70 — CHARADA

—*Prima prima*, me ha dicho aquel hombre de la faja *cuarta segunda* que le dejase coger un *prima terciat cuarta*.

—Ese parece *todo* y se mete en casa.

N.º 71 — ADIVINANZA

Me fabrica un zapatero, me destroza un cazador, me usan dama y caballero, me adereza un buen tornero, y me esgrime un jugador.

N.º 72 — JEROGLIFICO



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 44—Ni pares ni nones.
" 45—Un féretro.
" 46—Encanto.
" 47—Dorotea.
" 48—Enemigo cuerdo vale más que amigo loco.
" 49—Amortiguado.
" 50—Parlamentos.
" 51—Partido por el eje.
" 52—Vivir entre animales.
" 53—Charada.
" 54—Le traen un baúl cerrado y un paraguas abierto.
" 55—Hambre.
" 56—Dos temas de igual importancia.
" 57—Condenar una puerta.
" 58—Locomóvil.

PENSAMIENTOS

La bondad es todo en el hombre. — BOSSUET.

No mereció nacer quien cree haber nacido sólo para sí. — METASTASIO.

La piedad no consiste en levantar el rostro hacia Levante o Poniente. Piadoso es el que socorre a los huérfanos, a los pobres; rescata los cautivos, observa la oración, da limosna, es paciente en la adversidad; el que es justo y teme a Dios clemente y misericordioso. — MAHOMA.

—La educación del niño es la educación de la sociedad. — QUINTILIANO.

—La cólera es una corta locura. — HORACIO.

—En general, el hombre no puede echar en cara al hombre su destino. ¿Quién se atreverá a jactarse de su dicha y a insultar la desgracia ajena, si el que es afortunado hoy no sabe si lo será mañana. — DEMOSTENES.

—Salvar la civilización es salvar la vida de un pueblo. VICTOR HUGO.

—Acostúmbrate a escuchar con atención lo que te dicen, e intérrnate cuanto te sea posible en el alma del que hablare contigo. — MARCO AURELIO.

—La palabra no dicha es nuestra esclava; la que se acaba de decir es nuestra dueña. — AB-EL-KADER.

—Nada es tan peligroso como la adoración del pasado. LABOULAYE.

"Expansiones", por Francisco Gallardo Sarmiento. — Agencia Gral. — Librería y Publicaciones, — 1928.

Bajo este epigrafe, el poeta señor Francisco Gallardo Sarmiento, acaba de publicar un interesante libro de sonetos, ochenta en total que han de ser justamente valorados; pues, unen a la gracia de expresión, el acierto del vocablo empleado, en la mayoría de ellos, como así también el concepto de belleza que éstos encierran.

Y, si aún fuera poco, lo que dejamos dicho, léanse si no, las composiciones tituladas: "Viejo querer", "¿Qué será?", "Noble ambición", "El bohemio", "Amanecer en la aldea", "Nostalgias", "El buen barquito de mi vida", "Palermo", "Parece que fué ayer", "A mi hijo", "La casa vacía" y "De la raza", entre otras, y se verá que no exageramos si decimos, que el señor Gallardo Sarmiento es un buen sonetista que se expresa castizamente, poniendo en sus versos mucha sinceridad y emoción, que encantan al leerlos.

A propósitos de éste, he aquí ahora, un valioso juicio del señor Juan José de Soiza Reilly, con respecto a "Expansiones", que gustosos transcribimos. Dice así:

"Su hermoso libro me ha venido a dar los 'buenos días'. Lo he leído con sorpresa, con placer, con envidia. Es usted un héroe!... En pleno siglo estóico, canta usted con entusiasmo juvenil. Y en plena madurez de espíritu sigue usted creyendo en los amigos.

Sus versos parecen aires frescos de la mañana. El delicioso Fray Luis de León tiene en "La Perfecta Casada" una página inmortal. En ella describe la gracia de una mañana que nos queda en el alma para siempre... "Así los hombres concertados y cuerdos — dice en el capítulo VII, — aun por el solo gusto, no han de perder esta fiesta que hace toda la naturaleza al sol por la mañana; porque no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos, porque la vista se deleita con el nacer de la aurora y con la frescura del aire y con el variar de las nubes; a los oídos las aves hacen agradable armonía; pues el fresco del aire templado con gran deleite el humor calentado con el sueño y ería salud y lava las tristezas del corazón..."

He aquí pues, el secreto de su libro. Un libro de amanecer y de ternura que ve noble y buenos a los hombres que no merecen ni cariño ni amor. Es usted un héroe, puesto que siendo un sufridor y un doliente de pesares y de angustias terrenas, cabalga en su pegaso y mira desde las nubes la tierra con ojos de Francisco de Asís.

¡Qué ejemplo da usted a los jóvenes de las nuevas temporadas! Ellos, juveniles y frescos, viven como ancianos, cansados de ellos mismos. Usted, a la edad serena en que cada año equivale a una vida, canta, canta, canta... Su libro "Expansiones" es una ventana abierta al campo y yo me imagino a sus hijos asomados a ella para ver en la belleza de las flores y de los yuyos, el alma de su padre".

PAPEL Y TINTA

"El espejo cóncavo", por José M. Braña.

Bajo este sugestivo título, el conocido escritor, don José M. Braña, acaba de dar a publicidad un original y divertido libro de cuentos tragicómicos, el cual, a nuestro entender, es la primer obra de esta índole, escrita entre nosotros.

Este libro de cuentos — dice su autor, — como esos espejos cóncavos que se exhiben en algunas salas de diversiones, refleja las personas y los hechos completamente desfigurados.

Así por ejemplo, los titulados "Aventuras de un hombre honrado y un sobretodo", "En favor de los pobres de Villa Equis", "Un éxito literario", "El remedio eficaz", "Un valiente y su admirador" y "La tragedia del hombre que fué una vez a afeitarse", entre otros, son tan felices y entretenidos, que en verdad nos encantan, a la vez que nos mueven a piedad.

En suma, "El espejo cóncavo", del señor José M. Braña, son de aquellos libros que deben ser leídos con frecuencia; pues, al par que deleitan, nos muestran y co-

de marfil — dice Nirvo, en uno de sus arrebatos — y olvidar las miserias de la vida. No debemos vivir sobre sepulcros blanqueados que esconden un mundo de corrupciones, de miserias y de injusticias. No debemos pasar frente a ciertas puertas, frente a ciertos hombres, frente a ciertas ilusiones, con desdénoso gesto de nobleza.

Por estas razones, y por la sinceridad que pone en sus palabras al expresarse ante sus hermanos, Carlos y Raúl, o frente a sus padres sobre este o aquel asunto de discusión, o puntos de vistas, referente a la capacidad de ciertos grandes hombres, le llevan a chocar frecuentemente con fulano o Zutano, apareciendo ante los demás como un ser extraño, díscolo o jactancioso, cuando no un punto negro en la familia de los Saldavel.

"La locura de Nirvo", cuyo autor se oculta bajo el seudónimo de Rodolfo del Plata, está escrita con soltura, y acusa en su autor un vigoroso temperamento para abordar estas clases de temas, de suyo escabrosos.

José MAURICIO PEIXOTO

"Apuntes de geografía general, astronómica y física", por Teresa G. de Gutiérrez.

La profesora señora Teresa G. de Gutiérrez acaba de publicar en un volumen de texto manuable, lujosamente encuadernado, una valiosa recopilación de apuntes de geografía general, astronómica y física, respondiendo a los nuevos programas de enseñanza secundaria.

La idea de la señora de Gutiérrez, inteligente y prestigiosa didacta, catedrática de la Escuela Normal "Sarmiento" de la Provincia de Buenos Aires, ha sido muy acertada y tanto como ella la obra que comprende estudios detallados, prolijos y claros de la Tierra, sus accidentes, riquezas, climas; una acabada descripción planetaria y comentarios ágiles y hábilmente orientados a su margen; técnica y generalidades muy interesantes.

Para las niñas que estudian en el normal, para los bachilleres y para los pedagogos, resulta un libro de estudio y consulta suficientemente completo.

Roque CEPEDA VERON

"La diosa cazadora"

A nuestra mesa de redacción llega el número correspondiente al año 1927-28, de "La diosa cazadora", revista ilustrada que dirige el doctor R. Magnelli Ferrari.

El volumen que nos ocupa se halla totalmente dedicado a las diferentes familias de la raza canina y ostenta gran cantidad de nítidos grabados, impresos en excelente papel, como complemento de las informaciones que publica sobre la mencionada materia.

Los que cultivan el deporte cinegético, tienen en esta revista un auxiliar ilustrativo, de indudable interés para sus aficiones.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de Clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"
de 2 a 4 1/2
PARAGUAY, 1615
U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.

Consultas: de 16 a 19 horas

CALLAO, 433, 1.º piso
U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PENA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6854, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

Por eso no debe extrañarte — agrega, dirigiéndose al lector — que tus aventuras, trágicas o sentimentales, (que no dudo las has tenido), las veas aquí grotescas y cómicas, y que, a pesar de haberte hecho verter algunas lágrimas, ahora te hagan reír.

Y, en verdad, que es así. Todos estos cuentos, sin excepción, participan de esas condiciones, mirados desde cualquier punto que se coloque el lector. Pues, los temas elegidos, las situaciones creadas a sus protagonistas, como la trama desenvuelta en ellos, proporcionan al espíritu de quien los lee, aspectos cómicos y contrastes sombríos, a medida que se avanza en su lectura.

Claro está, que el mérito principal de estos cuentos, reside en la gracia y la habilidad con que han sido compuestos, y también, porque ellos parecen más reales a fuerza de hacernos vivir sus propias inquietudes, o sus análogas ridículas.

rrigen nuestros defectos, enseñándonos lo grotesco de los otros.

"La locura de Nirvo", por Rodolfo del Plata. — Editor Manuel Gleizer, 1928.

El autor de este libro demuestra poseer un espíritu de crítica social; pues, "La locura de Nirvo", es una obra escrita en forma novelada, donde el protagonista, señor Nirvo Salvadel, es un joven que no se adapta al ambiente que le rodea. A pesar de las comodidades que le brindan los suyos, y el deseo vehemente de sus padres por que su hijo Nirvo obedezca las indicaciones y frecuentes consejos, éste continúa la senda que su mente calenturienta forjara a través de copiosas lecturas. El crée, en la igualdad de los hombres, y en una mejor organización social, como también duda de aquellos seres repletos de prejuicios, que no pueden vivir sin ídolos.

No debemos aislarnos en torre

"ROMANCE FEDERAL" EN EL NACIONAL

La vida de Rosas, como la de todos los grandes hombres, constituye un tema tentador para el comediógrafo, tanto por el personaje en sí como por el ambiente en que le cupo actuar. La mera elección de ese personaje y de ese ambiente, revelan en un autor el propósito encomiable de remontarse sobre los manidos temas del gusto general del grueso y necio público, para escalar posiciones en otro medio artístico superior.

José Antonio Saldías, al emprender su obra, no ha limitado su empeño a la presentación de un cuadro de época, sino que ahondando en la entraña histórica, la filosofía y la psicología de la historia, ha tratado de realizar un ensayo de rehabilitación del tirano ante los ojos de la posteridad.

Con certero criterio de las cosas del teatro, Saldías no ha llevado a la escena largos alegatos ni pesadas disquisiciones que, lejos de convencer al auditorio de un teatro, no logran más que aburrirle, perdiéndose así el efecto convincente del discurso y la emoción estética de las situaciones. El autor de la pieza que nos ocupa ha procedido con todo tino, llevando a la escena un hombre en vez de una monografía. Ese hombre, Juan Manuel de Rosas, es un personaje animado por la mano experta del comediógrafo, vive una vida real, objetiva y es en ese medio en el que trata de demostrar, más con hechos que con palabras, que aparte de su carácter recio o íntegro de gobernante tiene un corazón sensible a las emociones del amor, de la amistad, de la familia, de la contemplados por Saldías en esta abnegación.

Cuatro de estos aspectos son producción y están ligados entre sí con habilidad, de suerte que resulta un conjunto homogéneo, sin que pierda en ningún momento el interés emocional.

Claro está que no convence a nadie, pero logra rodear de una aureola de simpatía al personaje y esto tal vez es más eficaz para su intento que una razón de más o menos fuerza lógica o dialéctica.

La obra está discretamente dialogada y reproduce con fidelidad usos y costumbres, llevando al ánimo del espectador una vigorosa impresión de vida.

La empresa del Nacional ha servido la obra con primor, en decorados, trajes y demás elementos escenográficos.

Solamente elogios merece también la interpretación, en general, muy ajustada y correcta. Natural y sobrio estuvo el actor Yacucci, en el papel de protagonista, con una caracterización fiel y un desempeño en el que fueron debidamente graduados los diferentes matices, sin exageraciones enfáticas ni sentimentalismos declamatorios. Arrieta admirablemente caracterizado en su papel, encarnó la figura del general Lavalle. Muy bien la señorita Paulina Singerman en el prólogo y en el papel de enamorada, mereciendo también un juicio favorable la actuación de la señorita Arneodo y del actor Mutarelli. Todos los demás, acompañaron debidamente con arreglo a sus fuerzas.

TEATROS

EL FAMOSO TENIENTE

La accidentada vida de "El teniente Peñaloza" ha debido tener término durante estos días en las tablas del Smart. No quiere esto decir que haya muerto, sino que al ser estrenada la obra ha pasado a mejor vida, pues la que llevaba en los ensayos, anuncios y postergaciones estaba llena de terribles zozobras. Suponemos que ya será un hecho el estreno y de él nos ocuparemos si hay lugar a deliberar.

"ALEGRÍA" ESTRENOSE EN EL ARGENTINO

La obra literaria de Roberto J. Payró, recientemente caído, es de todo punto respetable. Escritor bien dotado, dejó varios volúmenes que acreditan sus cualidades de observador minucioso y su espíritu de análisis. En el teatro autóctono su nombre se vincula a dos obras como "Marco Severi" y "Sobre las ruinas", que son una importante contribución a la escena nacional.

En "Alegría", su pieza póstuma, el autor se propuso llevar a la luz de las candilejas algunos episodios de "La California Argentina" libro en que aprisionó las observaciones de un viaje por la Patagonia y donde relata con justeza y ágil estilo cuanto vió por las desiertas tierras del sud. Nada fácil resultaba reflejar en el teatro la esencia de ese libro y seguramente Payró luchó con inconvenientes para lograrlo. La pintura del ambiente, perfil sobresaliente en él como escritor, preocupó también al comediógrafo y es así que por cuidarla demasiado se descuidó un poco en lo demás. "Alegría" no es una expresión teatral muy acertada del punto de mira de su acción, demasiado apacible, y del creciente interés dramático que debe tener toda obra escénica. Empero, como todo trabajo del autor, tiene diálogos bien escritos y algunos personajes como el protagonista, "Alegría" y el taimado Beltrán están trazados con mano segura.

En la interpretación, un tanto vacilante la noche del estreno, se destacaron el capocómico Parravicini, Fuentes, Sande y Zurlo, y las señoras Puértolas y Dudán, esta última en un papel excesivo para sus aptitudes.

MUÑO EN LA BUENA

La fortuna del primer actor del Buenos Aires en esta temporada, tiende a marcar un record. Su cartel mantiene "El cabo Rivero", éxito inagotable después de 250 representaciones y la pieza "Sinvergüenza", de Cabral, que también gusta mucho. ¿Cuándo estrenará Muño? Difícil preverlo. Casi seguro que pasarán muchos días con el mismo programa diario, con el que la boletería ingresa muchos patacones, como si la gente la tomara por Banco de depósito...

REPRISES Y ESTRENOS

El cartel del Nuevo está experimentando sucesivas renovaciones para dar a la interesante labor de Casaux campo propicio donde poder desenvolverse. "Trabajar, nun-

ca", obtuvo muy buen éxito y a estas horas ya estará en escena, reducida a un acto, la pieza de Alberto Novión "El vasco de Olavarría", en la que el notable actor hizo centenario en el cartel al simpático protagonista.

Se anuncia como primer estreno, una pieza de Julio F. Escobar titulada "Colón era gallego".

PARA ALTRA VOLTA

Por falta de espacio no nos ocupamos en este número de la obra de José A. Saldías "Provinciano había de ser", estrenada últimamente en el Cómico. Como en esta misma página dedicamos al citado autor un largo comentario a propósito de otra obra suya, creemos que no ha de tomar a mal la demora, si es que no pretende monopolizar con su producción a los cronistas teatrales.

LOS SUSTOS DEL LICEO

No es que se apaguen las luces repentinamente, ni que Pepe Ratti se declare a alguna de sus numerosas admiradoras, ni que el director artístico de esa sala de lectura en escena a los fárragos de propaganda que aparecen en los avisos de los diarios. Los sustos a que aludimos son los ochenta de "La vuelta al mundo", pieza espectacular que sigue desplegando ante espectadores numerosos sus fantásticos cuadros en los que cada comarca de la tierra muestra su rasgo prominente. Los auditorios, siempre un poco infantiles, se complacen en este espectáculo donde la propiedad de las decoraciones, los vistosos trajes y la animación de los diálogos son como para no desperdiciar ni un instante de atención.

Acompaña en el cartel a esta pieza la de Goicoechea y Cordone, titulada "Ahogarse y salvar la ropa", muy divertida también y eficazmente interpretada por los elementos de la compañía Dealessi-Ratti.

"CASATE Y VERAS" GUSTO

Una pieza muy agradable, muy divertida ha reprisado la señora Olona al autor nacional Ernesto Marsili, quien registra más de un éxito largo. En esta producción, escrita con fines puramente de hilaridad, es ponderable la habilidad del comediógrafo para intrínear las situaciones y mantener vivo el interés del público, que sigue con ansiedad regocijante las peripecias del protagonista. Chistes de buena ley, situaciones graciosas y diálogos muy ocurrentes abundan en la obra de Marsili, que el público ríe sin cansarse.

La Sra. Olona y sus compañeros de escena pusieron la pieza después de muchos ensayos, interpretándola con agilidad.

DE ROSAS

Continúan representando en la Comedia "La sombra del pasado", en tanto se ensaya "El espectador", de Martínez Cuitiño, primer estreno a ofrecerse.

NOVEDAD "CHEZ" GOMEZ

La compañía del Ateneo ha

brindado un estreno: la pieza dramática en tres actos titulada "Sandino", de la que es autor el conocido escritor Sr. Máximo Soto Hall. La comentaremos en otra edición.

SANJUAN EN EL MAYO

La compañía española que dirige don Julio Sanjuan y que mueve frecuentemente su cartel, dió a conocer una pieza cómica de Ernesto Nieto que se titula "La conquista del maestro" o "El que no la corre antes..." Obra que parece escrita con el único propósito de hacer reír, lo logra en parte solamente. Se reedita el gastadísimo asunto de la infidelidad conyugal, y, por cierto, sin ofrecer un adarme de novedad en la trama, ni gastar mucho ingenio el autor. Esta pieza, que no gustó en los escenarios españoles, no merecían los honores del estreno en el Mayo, donde la temporada se caracteriza por el tino de los directores al estrenar obras. Esperemos que la próxima novedad los rehabilite...

LOS DEL AVENIDA

Parece consolidarse el éxito de la revista "Las castigadoras", últimamente estrenada, cuyas sucesivas representaciones y cortes en los cuadros, le han dado una agilidad mayor, acrecentando la agradable impresión que hizo al público la noche en que se puso en escena por primera vez.

Es, indudablemente, una buena revista, con números musicales gratos, vistosidad y agradables diálogos. No se repetirá, posiblemente, el éxito que tuvo en la península, pero ha de darse muchas noches aún.

GRAND SPLENDID

La magnífica sala que administra con ponderable acierto el señor Carmelo Carbone, continúa desarrollando su temporada con fortuna. A las hermosas películas ofrecidas en las últimas semanas, hay que agregar "Una nueva y gloriosa nación", la extraordinaria producción Ajuria que tanto ruido viene produciendo. El domingo anterior pudimos observar que esta sala se hallaba de bote en bote, desbordante de un público constituido por las mejores familias de nuestra sociedad, que convierten el Gran Splendid en un "rendez-vous"

CAPITOL

Con nutrida concurrencia viene ofreciendo sus funciones este cine, cuyo cartel incluye buenas producciones del teatro silencioso.

GLORIA

Grandes llenos ha registrado este bello cine de la avenida de Mayo, a cuyo frente se encuentra como administrador el señor Marcos Sánchez, discretísima persona que disfruta de las simpatías de cuantos le conocen. Nuevas películas de grandes marcas se brindarán en la semana que se inicia.

PARC

Las funciones de este salón de Palermo se ven muy pobladas de público selecto y los carteles diarios son siempre atrayentes.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



MODELOS JACQUET. — 1.º Abrigo confeccionado en raso gris, adornado con "skung" trabajado, de color marrón y blanco. —
2.º Abrigo ejecutado en paño zibelina color marrón guarnecido con liebre de tono claro.



El Camel tiene un mundo de amigos...

MERECIDOS, dirá usted. No obstante, el Camel se ufana de contar con más amigos que cualquier otro cigarrillo. Y son los mejores amigos entre los fumadores: distinguidos, meticulosos, leales. Se decidieron por el Camel después de compararlo con otros cigarrillos. Más de un millón de fumadores modernos, de exigente gusto selectivo, prefieren el Camel para toda ocasión.

Eligen el Camel por su calidad: los

tabacos más selectos, y una mezcla que revela en forma gloriosa todas sus exquisiteces. He aquí el cigarrillo fuente de todo el placer del fumar.

No sólo saboreará Vd. el Camel: se deleitará con su suavidad inesperada, y con su sabor y su fragancia famosos. El Camel le conquistará mediante la satisfacción más exquisita que puede hallarse en un cigarrillo.

“¡Fume Vd. un Camel!”

R. J. REYNOLDS TOBACCO COMPANY, WINSTON-SALEM N. C.

Unicos Agentes: MASSALIN & CELASCO - Tacuarí 560 - Buenos Aires